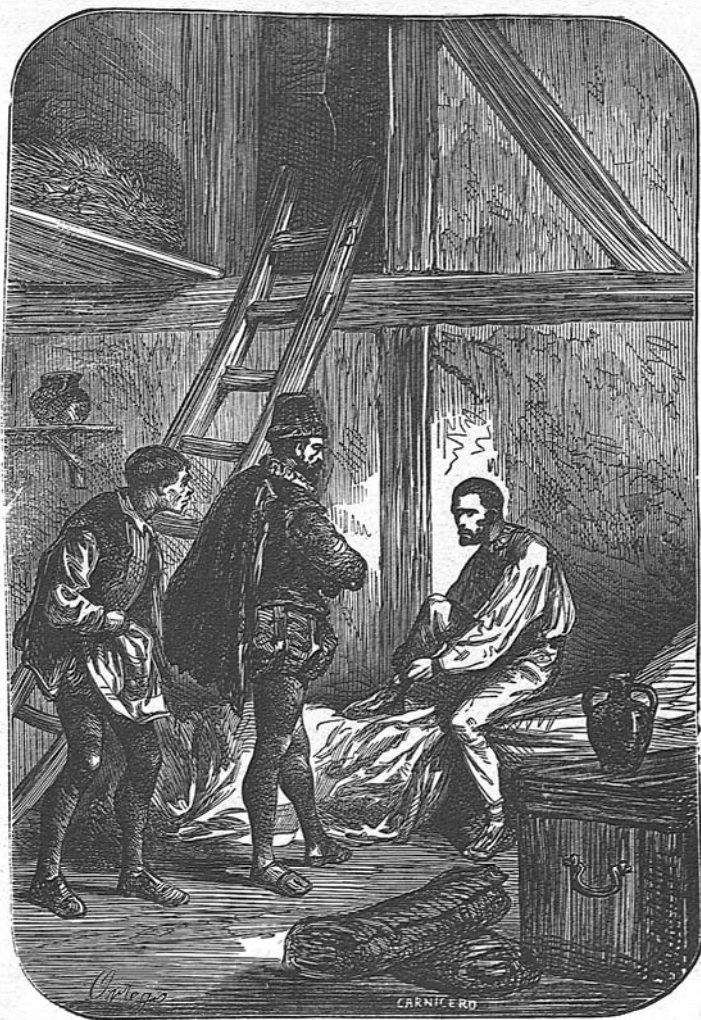




EL PASTELERO DE MADRIGAL



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 341

TOMO QUINTO
35 CÉNTIMOS ==

DC-1-601/5

EL PASTELERO DE MADRIGAL

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens
- 4.—Carmen, Próspero Mérimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguénief.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Melistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Mérimée
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 29.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 30.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganzá, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
- 326 a 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d. Castillo.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul. —El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero).—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz. 46.—La sonata de Kreutzer. 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerra

77. La herencia de los doce millones. —78. El tonel del muerto. —79. El club de los Veinticuatro. —80. La rival de Baccarat. —81. La estocada de los cien luses. —82. El juramento de la gitana. —83. Las dos condesas. —84. El triunfo del mal. —85. Rocambole tiene miedo. —86. El espectro de la guillotina. —87. Los caballeros del Claro de Luna. —88. La sombra de Diana. —89. El pacto de

las tres mujeres. —90. El hombre de las gafas azules. —94. El número ciento diez y siete. —95. La cárcel de mujeres. —96 Los lobos de la nieve. —97. El telegrama falso. —98. Las garras de color de rosa. —99. La taberna de la muerte. —100. El fantasma de las cadenas. —101. Las canteras del crimen. —102.—El cadáver de cera. —103. La viuda de los tres maridos. —104. Las fieras de la selva. —105. El barril de pólvora. —106. Los tres verdugos. —107. El molino sin agua. —108. El plan del hombre gris. —109. El cementerio de los ajusticiados. —110. Una cita de amor. —111. Los dos detectives. —112. El rec de muerte. —113. La cuerda del ahorcado. —114. La niña muda. —115. El secreto de la cartera. —116. La casa de las rosas. —117. Los papeles del asesino. —118. El rapto de una muerta. —119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos. —54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos. —60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos. —64 y 65. Ascanio; 2 tomos. —66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos. —69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos. —71. El Horóscopo. —72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos. —74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos. —91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos. —120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos. —126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos. —148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos. —151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos. —165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos. —178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos. —186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos. —197 a 199. Las lobas de Mahecul; 3 tomos. —2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

130 a 138. El Tribunal de la sangre. —39 a 147. El siglo de las tinieblas —308 a 311. El peluquero del Rey. —312 a 318. Las justicias de Felipe II. 319 a 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 208.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Luzcía Borgia. —La buena madre, 285 a 28. —La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha. 209.—Quevedo, El gran tacaño. —Guevara, El Diablo cojuelo. 241.—Moratin, La comedia nueva. —El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para si.—Las bazarías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra. —Mañana será otro día. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

M. Fernández y González



EL PASTELERO DE MADRIGAL

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficina: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

El Pastelero de Madrigal

CAPITULO VII.

EN EL QUE CONTINÚA EL RELATO DEL ANTERIOR

Alzóse de repente el alcalde de su sillón, y miró espantado á Aben-Shariar:

—¡Madre decís! ¿Tengo yo un hijo?

—Tenéis una hija que cuenta ya diez y nueve años, y os reclama su nombre, y la enorme suma de veinte mil florines que os dió su abuelo, el padre de Gabriela, y que se perdieron en vuestras manos,

—Gabriel Prósperi me dió aquel dinero para hacer una especulación en Nápoles, y aquel dinero me fué robado en el camino, y me ha sido imposible devolverle.

—Yo no dudo de que el dinero os fuera robado; pero esto no consta, y sois deudor por lo mismo de veinte mil florines, á Marieta Prósperi, heredera de su madre, que ha muerto hace poco tiempo. Yo, me había interesado por ella desde el día en que la prendí, porque me convenció de que tenía razones bastantes para mataros, puesto que vos, libre, y deudor de ella de una manera doble, porque la debíais la honra que la habíais quitado y el dinero que os dió su padre, os negásteis á contraer matrimonio con ella, cuando ella permanecía aún joven y hermosa, y vos empezábais á ser viejo, cuando ella os sacrificaba su libertad por su honor; cuando yo quise ser mediador de esto, ya no os encontré; habíais cobrado miedo á los puñales venecianos, y habíais escapado. Preciso fue, pues, que Gabriela tuviese paciencia; pero yo, que soy muy rico; yo, que la vi pobre, la reintegré de lo que vos la debíais, haciendo que ella me transfiriese el derecho de teneros por deudor.

—¡Cómo! —dijo el alcalde verdaderamente contrariado.

—Sí; Gabriela había quedado pobre cuando habló con vos en la hostería de Rialto; apenas tenía dinero para pagar vuestra muerte; ¡vuestra muerte, que la pedía su venganza! Porque vos os habéis olvidado de todo; vos os negábais á todo.

—Yo no sabía que tenía una hija; nada me dijo Gabriela.

—Ella quiso evitar lo más horrible de las ofensas; que dudaríais de que Marieta era vuestra hija; que os negaríais á todo avenimiento, como negabais la deuda de los veinte mil florines.

—Me los robaron en la Calabria—dijo con una impaciencia agresiva don Rodrigo de Santillana—, y yo no puedo deber lo que no pedí.

—Y decidme, don Rodrigo, ¿si os viésteis obligado á sentenciar un pleito?...

—Yo no soy oidor, y por lo tanto, yo no tengo que sentenciar pleitos; yo, como alcalde de casa y corte, sólo tengo que castigar delitos.

—Pues mejor, don Rodrigo; porque de delitos se trata.

—¡De delitos!

—Sí; si una mujer viniera á vos, y os dijera: "Yo soy menor de edad; un hombre de cuarenta años, investido con una alta dignidad, noble por su casa, caballero por sus hechos, me ha dado palabra y fe de esposo, me lo ha asegurado en un papel firmado por él, he sido suya, y he sido engañada, abandonada, burlada; nacedme justicia, porque para eso os paga el rey, y eso os manda Dios;" si eso os dijera una pobre joven, don Rodrigo, vos, el severísimo alcalde de casa y corte, el que encuentra para delitos

muy disculpables, tales como el homicidio en ríña, poco castigo la horca; vos, el que cuando yo llegué queríais hacer pedazos á un pobre diablo de hidalgo, porque defendía su dignidad contra vuestros atropellos, ¿qué hubierais hecho vos, al averiguar que el hombre que había seducido y dado palabra de esposo á aquella infeliz niña deshonrada, era un hombre casado; porque vos lo érais entonces, don Rodrigo, hace veinte años, y lo érais después, hace diez años, cuando Gabriela desesperada os tendió un lazo para vengarse de vos matándoos, porque no encontraba en vos al esposo; porque hasta en la miserable cuestión de intereses os negabais á todo; porque la desventurada, sin honra ya, se veía próxima á una horrible miseria, con su hija, con vuestra hija; si á vos os viniesen, repito, alcalde de casa y corte, con un negocio de este género, ¿qué haríais?

Don Rodrigo se retorció, literalmente hablando, como una sabandija arrojada al fuego, y su semblante, generalmente pálido, se enrojeció de vergüenza.

—¡Responded!—insistió el implacable Aben-Shariar, cuya voz era acusadora y terrible—: ¿qué haríais obrando en justicia?

—¡Fué un olvido de mí mismo, fué una horrible desgracia! ¡Yo estaba loco!—barbotó don Rodrigo.

—Os voy á decir lo que vos hubierais hecho con el miserable, con el infame seductor, con el hombre que perdía por una pasión impura á una joven honrada, inocente, menor de edad, y faltaba á la fe prometida á su esposa; vos hubierais revuelto de arriba á abajo el Fuero Juzgo, las Siete Partidas, el Fuero Real, toda la inmensa balumba de vuestras leyes para encontrar una, con arreglo á la cual hubierais podido enrostrar, ahorcar y descuartizar al culpable. Ahora bien, don Rodrigo de Santillana: ¿creéis que la justicia es igual para todos los tiempos y para todos los países?

—Sí—murmuró completamente aturdido el alcalde.

—¿Creéis que todo hombre investido con la magistratura, sea cualquiera su patria, es idóneo para calificar, si no para sentenciar fuera de su patria un delito?

—Sí—repitió con acento profundo y cavernoso don Rodrigo.

—Ahora bien; ¿creéis que yo, como senador

del Consejo de los Diez, soy un magistrado bastante para poder juzgar respecto á vos?

—Después del rey nuestro señor, no hay en España un magistrado cuya dignidad sea tan alta como la vuestra, monseñor.

—Pues bien; yo no os hablo de lo que hubiera hecho la noche aquella, en que después de haber oído á Gabriela Prósperi en las prisiones de Estado, salté ansioso en busca vuestra, y no os encontré. Entonces estaba en Venecia, en mi casa; con vos no quise hacer nada, aunque os hube á las manos; pero mandé tirar á las lagunas atados de pies y manos á los cuatro condottieros y al criado de Gabriela, y á ella la puse en libertad, porque bien mirado, ella no pretendió hacer con vos otra cosa que lo que hubiera hecho el Consejo de los Diez obrando en justicia; porque el que roba la honra, es un ladrón más criminal que el que roba la hacienda; y el que mata el alma de una criatura, condenándola á una eterna desesperación, es un asesino mil veces más feroz, mil veces más sin corazón que el que mata de una vez y con una sola puñalada el cuerpo de su víctima. ¡Ah, don Rodrigo! Yo os hubiera hecho pedazos por mí mismo y con mi sola autoridad, que allí era bastante, en el calabozo más lóbrego, más frío, más profundo de las cárceles de la inquisición del Estado, sin daros tiempo para más que para poner vuestra alma bien con Dios.

—Me encontráis demasiado culpado, monseñor—dijo trémulo el alcalde—; vos no sabéis...

—Sí, sí—dijo con un inexorable sarcasmo Aben-Shariar—; Gabriela á los quince años debió ser para vos una tentación de esas que vuelven loco al hombre más cuerdo; pero para qué se han hecho las leyes sino para procurar con el terror que los hombres se defiendan de la locura que hace incurrir en el crimen, poniéndoles enfrente la infamia y el cadalso? ¿Pues qué es el oro más que la tentación irresistible, que hace de un hombre un asesino y un ladrón?

—¡Monseñor, yo no reconozco el derecho que os abrogáis para tratarme así!

—Ya os rebeláis—dijo fríamente Aben-Shariar—; me negáis el derecho de juzgaros, y, sin embargo, ese derecho incontestable está escrito en vuestra conciencia; tembláis, os retorcéis, estáis pálido como un muerto; y es que tenéis delante el espectro de vuestro delito que os acusa, que no os perdona; es que veis á Gabriela Prós-

peri, avergonzada, deshonrada, desesperada; es que veis á Pietro Prósperi muriendo abatido por la deshonra y la desgracia de su hija; es que para vos, juez acostumbrado á exagerar el delito de los otros, vuestro delito se agranda, presentándoseos en toda su horrible desnudez; y es, en fin, que no podéis levantar la frente radiante de dignidad, porque vuestra cabeza se inclina bajo el peso del remordimiento.

En efecto, don Rodrigo tenía inclinada su cabeza hasta el punto de que su barba descansaba en su pecho, como sucede con la cabeza de un ahorcado.

—Soy viudo—dijo con acento casi ininteligible el alcalde.

—Y bien, ¿qué?—contestó con acento glacial Aben-Shariar.

—Puedo reparar mi falta, haciendo mi esposa á Gabriela.

—Gabriela ha muerto hace dos meses, maldiciéndolos—dijo Aben-Shariar, cuya voz, cuyo aspecto se hacían de instante en instante más terribles.

El alcalde lanzó un gemido ronco, que parecía arrancado del fondo de su alma, y se cubrió el rostro con las manos.

Aben-Shariar desplomó sobre él una mirada candente y torva como la del tigre sobre su presa, y sacó de debajo de su colete una cartera, y de ella dos papeles doblados que desplegó lentamente; luego se levantó, apartó las manos del alcalde de su rostro, y le puso delante de los ojos aquellos papeles.

El alcalde lloraba.

—Leed—dijo con un incontrastable acento de mando Aben-Shariar.

El alcalde, completamente dominado, leyó lo siguiente con la voz conmovida de una manera que daba miedo, porque en aquella conmoción se veía el estado de su alma:

“Juro á Dios y á la Santa Virgen María contraer matrimonio con Gabriela Prósperi, hija del patricio veneciano Pietro Prósperi, cuando por la dicha Gabriela me fuere demandado; y si á ello me negare, que me castiguen los hombres en la tierra y Dios en el cielo.”

Aben-Shariar quitó aquel papel de sobre el otro, y repitió con voz opaca:

—Leed.

—El alcalde obedeció temblando.

“Hoy, día de la fecha, el patricio veneciano

Pietro Prósperi, me ha entregado veinte mil florines de oro para emplearlos por su cuenta en especulaciones en el reino de Nápoles, y así lo declaro y lo firmo para su resguardo. Venecia 15 de Agosto de 1558.—Don Rodrigo de Santillana, del Consejo de Estado del virrey de Nápoles.”

—Leed el respaldo—dijo Aben-Shariar volviendo el papel.

Don Rodrigo leyó:

“Como heredera de mi difunto padre el señor Pietro Prósperi, transmito esta deuda para que pueda legítimamente cobrarla, á monseñor Pietro Mastta, senador de Venecia y del Consejo de los Diez, que ha tenido compasión de mí, y me ha entregado los veinte mil florines de que se confiesa deudor de mi padre, don Rodrigo de Santillana, que fué en los años pasados de 1558 del Consejo del virrey de Nápoles. Venecia, 30 de Octubre de 1568.—Gabriela Prósperi.”

Más abajo se leía con una letra en que se dejaba conocer una mano débil y temblorosa:

“Confirmo lo anteriormente firmado por mí hace diez años, ahora que estoy próxima á aparecer ante el Tribunal de Dios, y la tutela de mi hija Marieta de Santillana, que encargo á monseñor Pietro Mastta, senador del supremo Consejo de los Diez del Estado de Venecia. En esta ciudad, á las tres de la mañana del día ro de Junio de 1578.—Gabriela Prósperi.”

—¡Mi hijal! ¡Vos sois el tutor de mi hijal—exclamó anhelante don Rodrigo.

—Sí; pero vuestra hija no sabe que sois su padre—dijo Aben-Shariar guardando los papeles—, ni lo sabrá nunca, á menos que vos merezcáis con vuestra conducta posterior, que una criatura tan hermosa, tan cándida, tan noble como Marieta Prósperi, os llame su padre y os sonría.

—La sonrisa de mi hija sería para mí el perdón de su madre—exclamó con voz suplicante don Rodrigo.

—Mereced ese perdón.

—¿Y qué he de hacer yo? ¿Qué puedo hacer yo?—dijo desesperado don Rodrigo.—¡Yo, por mi desdicha, no puedo levantar de su tumba á Gabriela, y la amo, monseñor, la amo! ¡La recuerdo incesantemente, y la veo por todas partes!

—Sin embargo, hace seis años que habeis envidado, y no habeis corrido á buscarla, á reparar vuestro crimen.

—La he buscado y no la he encontrado.

—¿Que la habeis buscado!

—Sí; he escrito al embajador de España en Venecia, éste se ha valido de la inquisición del Estado, y no se la ha encontrado; os lo puedo probar con cartas del embajador y con una certificación legalizada de la inquisición de Venecia, que tengo entre mis papeles en mi casa de Valladolid.

—¿Y cuándo mandásteis hacer esas pesquisas?

—Hace cinco años; apenas cumplido el luto por mi mujer.

—Es verdad—dijo sobriamente meditabundo Aben-Shariar, y como hablando consigo mismo—; hace cinco años estaba yo en la mar; Gabriela hacía más de tres que estaba escondida en el monasterio de las Ursulinas, ocultando su vergüenza bajo un nombre supuesto, protegido por mí el misterio de su existencia. ¡Oh! ¡La desgracia! ¡Lo que no puede prevérse!

—Si yo pude, enloquecido por su hermosura, olvidarme de todo y cometer un delito, no lo niego; apenas me he visto libre, he hecho lo que mi corazón y mi honra me aconsejaban á un tiempo; la he buscado, y he sufrido la desgracia de no encontrarla; el terror de ignorar lo que había sido de ella; yo ignoraba también, ella no me lo había dicho, que teníamos una hija; pero vos me lo habeis revelado, y yo quiero mi hija, es mía, dádme la, que yo pueda hacerla tan feliz como he hecho desgraciada á su madre.

—Mereced á Marieta.

—¿No he hecho lo bastante buscando á su madre?

—¡Ah, sí, es verdad!—dijo de una manera dura y fría Aben-Shariar—; vuestras heladas canas buscaban la ardiente hermosura que recordaban vuestros sentidos.

—¡Ah, no, no! ¡Gabriela hubiera sido mi hija más que mi esposa; el amor que yo sentía y aún siento por ella, no es el ardoroso é impuro amor de la juventud, es el amor del alma!

—¡Ah! ¡Y qué hermosa estaba con sus treinta y nueve años, aun en los momentos en que moría!—dijo de una manera cruel Aben-Shariar, que nunca había sido tan corsario como entonces.

—¿Qué os he hecho yo?—dijo con una energía desesperada don Rodrigo—, para que así me despedacéis el corazón?

—Todo lo que hemos hablado—dijo cambiando de tono Aben-Shariar, ha venido por sí mismo, y como consecuencia del asunto que me ha traído á España. Este asunto se reduce al pago de los veinte mil florines que me debeis.

Este brusco cambio de situación de Aben-Shariar lastimó más que todo lo anterior á don Rodrigo.

Le aconteció lo que á un caballo de raza, al que un jinete inexperto ó loco refrena de repente pretendiendo pararle en lo más violento de su carrera.

Don Rodrigo, que se había levantado, cayó de nuevo sobre su sillón, como si le hubiera sentado en él el rudo efecto de la extraña salida de Aben-Shariar.

—¡Los veinte mil florines!—exclamó con asombro—; ¡y me los pedís en el momento en que me veis desesperado por la muerte de Gabriela! ¡En el momento en que os pido mi hija!

—Esto es muy natural; en medio de todo, yo soy genovés, y como genovés, comerciante antes que nada; vos me debéis, porque como alcalde sabeis muy bien, que si roban á un hombre un depósito, está obligado á responder de él al poseedor del depósito; no entráis con los veinte mil florines en la Calabria, que es un país muy poco seguro, en que vuestro rey de España no puede acabar con los bandidos, y no os hubieran robado, ni hubiera yo tenido necesidad de tener ocho años veinte mil florines sin ganar un sólo maravedí; para cobrarlos he venido yo mismo; porque como habeis visto, no podía entregarse el documento que os hace deudor mío, porque en ese documento vuestra hija Marieta no tiene el apellido de los Prósperi, sino el vuestro, el que le corresponde, porque sois su padre; este es asunto que sólo puede tratarse entre nosotros dos, y como por el estado de mis negocios me hacen falta de una manera imperiosa esos veinte mil florines, he pedido licencia al Consejo de los Diez, y he venido á España, os he buscado en Valladolid, y por último en Madrigal, donde me han dicho os encontrábais. Ahora bien, don Rodrigo; ¿estáis dispuesto á pagarme esa cantidad?

—Venderé mi hacienda.

—¿Y cuánto vale vuestra hacienda?

—Ni mil florines.

—Pues bien, don Rodrigo, vended vuestra vara.

—No me darán por ella mil ducados.

—No, no me habéis entendido; vuestra vara no significa sólo el oficio de alcalde que habéis comprado ó que os ha dado el rey; representa también la justicia.

—¡Y habéis querido decirme que venda yo la justicia!—exclamó olvidándose de todo, sobreponiéndose á todo en el lleno de su severa dignidad de don Rodrigo.

—Dicen que de España todo se compra y se vende—dijo con un frío desdén Aben-Shariar.

—¡Mienten! Esa es una infame calumnia de las que se cuentan de España fuera de ella, porque todo el mundo teme ó envidia á España—exclamó don Rodrigo pálido de cólera.

—¿Y cómo diablos me vais á pagar entonces los veinte mil florines?

—No os lo pagaré; yo he obrado de buena fé, no me he apoderado de ellos, no me los he comido; me los han robado, y en nuestra España, monseñor, al que no tiene el rey le hace libre.

—Si os demando, nadie creerá que os han robado ese dinero; yo lo creo, don Rodrigo, pero no podéis probarlo, y todo el mundo supondrá que os habeis quedado con ellos, y perderéis la honra y el oficio de alcalde, y os veréis obligado á huir, si es que no os prenden á petición mía como estafador.

—¡Vive Dios, que no sé en qué me tengo que no os mató!—dijo ebrio de cólera don Rodrigo.

—Estáis atado de pies y manos; os tengo en mi poder, y haré de vos lo que quiera.

—Pues ved lo que hacéis, porque os pudiera pesar.

—Ved vos cómo cumplís conmigo, porque de lo contrario, Santillana, sois hombre muerto.

—Mirad vos, no sea yo quien os mate.

—Con la espada no podéis, ni con las leyes tampoco.

—Lo veremos; entretanto os pido formalmente mi hija.

—Yo os declaro que no la tendréis, sino cuando me hayais pagado los veinte mil florines.

—La buscaré; me ampararé de la serenísima República de Venecia, que me hará justicia.

—¿Y cómo probaréis que Marieta Prósperi es vuestra hija?

—Su madre ha escrito mi apellido después de su nombre; su madre la ha llamado momentos antes de morir Marieta de Santillana.

—Sí; pero esa declaración implícita de que Marieta es vuestra hija, hecha por Gabriela me-

ribunda, está en un documento en que yo aparezco acreedor vuestro por veinte mil florines; ya comprenderéis, Santillana, que sin entregarme vos esa cantidad, no podéis poseer el documento en que se prueba que Marieta es vuestra hija—dijo Aben Shariar dejando ver en su boca una sonrisa de triunfo.

—Yo os haré ¡vive Dios! que presentéis ese documento; no para que me lo entreguéis, sino para que conste que yo soy padre de Marieta.

—Torpe andáis para alcalde, Santillana—dijo Aben-Shariar—; ¡pues, qué, no sabeis que poseo un documento que me hace inviolable? Sois tan necio que creéis que el rey de España arrostrará por vuestros asuntos una guerra con Venecia?

Santillana rugió porque se sintió impotente contra Aben-Shariar.

Este tomó su sombrero de sobre la mesa.

—¡Os vais!—dijo con ansia don Rodrigo.

—Pues no; ¡hemos de estar hablando eternamente de esto! Ya es bien por la tarde, mi querido Santillana; me vuelvo á Valladolid, y quiero llegar temprano; que no están muy seguros en España los caminos, y no es prudente andar por ellos de noche; medita lo que os conviene hacer en las circunstancias en que os encontrais, y pongamos punto redondo á nuestra conversación. Si dentro de algunos días queréis verme, buscadme en Valladolid ó en Madrid.

—Nos veremos, monseñor.

—Pues bien, hasta la vista. Adiós.

—Esperad; voy á mostraros el camino.

El alcalde acompañó hasta la puerta á Aben-Shariar, y este montó en su caballo, que le tenía un criado.

Aben-Shariar y don Rodrigo se despidieron afable y cortésmente, como si nada hubiera pasado entre ellos, y el primero partió.

El alcalde permaneció en la puerta hasta que Aben-Shariar se perdió por una de las bocacales de la plaza, y luego se metió para dentro murmurando:

—Estoy completamente atado por monseñor Pietro Mastta, y yo no creo, no puedo creer que le muevan á hacer lo que hace los veinte mil florines; ¡qué será esto, Dios mío, qué será!

CAPITULO VII

DE CÓMO GABRIEL DE ESPINOSA PUDO CREER QUE
ESTABA SEGURO EN MADRIGAL

Pasaron algunos días sin que aconteciese nada notable.

Los alborotadores de la madrugada del 15 de Agosto continuaban en la cárcel presos por el alcalde Santillana, y éste preso en su casa por doña Ana de Austria.

La resolución del rey tardaba, porque Felipe II cuidaba demasiado de los negocios, y tardaba mucho en sus resoluciones.

Fray Miguel de los Santos y Gabriel de Espinosa jamás se veían de una manera pública; pero se veían mucho en la casa de doña Ana de Austria, y decimos en la casa, porque doña Ana tenía más bien casa que celda.

Los amores de la ex monja con Gabriel de Espinosa, habían crecido hasta tal punto que la más interesada porque los negocios que se trataban entre manos se concluyesen, era doña Ana.

Se había hecho de Gabriel de Espinosa en su imaginación un fantasma soñado, embellecido con cuantas cualidades deseaba el hombre de su amor doña Ana.

Gabriel de Espinosa vacilaba entre la sublime abnegación de Sayda Mirian y el apasionado amor de doña Ana.

Sayda Mirian había llegado hasta el punto de consentir en ir á ver con su hija, y pasando por su nodriza, á doña Ana de Austria.

Gabriel de Espinosa, que temía que aquellas dos mujeres se viesén, había apurado los pretextos para evitarlo; pero cuando vió que doña Ana empezaba á dudar, se vió precisado á ceder, y cuando volvió á su casa se encerró con Sayda Mirian, y la dijo:

—¿Habría algo en el mundo que tú no sacrificaras por mí, María?

—¡Ah, no, Gabriell!—dijo Sayda Mirian; por ti todo: el corazón, la paz de mi alma, la vida, que es todo lo que me queda.

—Tú no debiste venir á Madrigal.

—Yo no podía separarme de ti; yo no podía vivir en la terrible ansiedad de lo que aconteciese.

—Yhaye, que vive de incógnito en Castilla, que ha estado hace quince días en el pueblo, que ha aterrorizado á don Rodrigo de Santillana, que ha

hablado conmigo en medio de un camino, sin que nadie haya podido verlo, nos hubiera servido de intermediario y te hubiera tenido al corriente de lo que me hubiera sucedido.

—No; yo necesito tenerte á mi lado, verte todos los días, partir contigo el peligro; de otro modo, yo hubiera vivido muriendo.

—No te se ha podido ocultar de tal manera que no se sepa que estás aquí; ha sido necesario que te dejes ver alguna vez, para no excitar con tu retraimiento sospechas; y ha sucedido lo que yo esperaba: tu hermosura ha llamado de tal manera la atención, que la pastelería está más concurrida que nunca, y ya ha habido por ti murmuraciones y riñas entre los estudiantes.

—Yo no puedo evitarlo, ni creo que por eso puedas tú tener recelo alguno.

—Yo no puedo recelar de ti; pero estas cosas han llamado más y más la atención de doña Ana de Austria.

—Me pesa esa mujer en el alma—dijo Sayda Mirian.

—Mis propósitos me obligan á engañarla, María.

—Dicen que es muy hermosa.

—¿Y qué importa? Ni es tan hermosa como tú, ni vale para mí lo que tú vales; tú me amas, ya me creas rey, ya me creas aventurero; para ti es igual que yo sea Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastián; tú me amas á mí, no á lo que yo soy.

—¡Oh, sí! Yo te amaría del mismo modo, aunque mañana supiese que eras hijo de un verdugo.

—Pues bien; si mañana llegase á convencerse doña Ana de que yo era Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal, se avergonzaría aun de haber hablado conmigo; es orgullosa con el insupportable orgullo de los de la casa de Austria, que pretenden descender directamente de Dios, no como los demás hombres por medio de Adán, sino de una manera privilegiada, y hasta conquese la contradiga, para que aunque no tenga razón se irrite; pero tú vas á verla y juzgarás mejor de ella por lo que en ella veas, que por todo lo que yo te diga.

—¡Que voy yo á verla!—dijo palideciendo densamente Sayda Mirian.

—Es necesario; me he excusado ya tanto, que el continuar excusándome, sería causar sospechas que deben evitarse de todo punto, porque

una sospecha podría causarnos desgracias incalculables; ve ahí por qué te he dicho que ha sido una imprudencia tu venida á Madrigal.

—Iré á ver á esa mujer—dijo con acento de triste resignación la sultana.—¿Y cuándo?

—En el momento, María; como que he venido contando conque comprenderías la necesidad de ceder á los caprichos de doña Ana y me seguirías.

Sayda Mirian se levantó, tomó una toquilla, se la puso con suma gracia sobre los magníficos cabellos, tomó en sus brazos á su hija, la acarició, y dijo á Gabriel:

—Estoy pronta.

Gabriel sintió una sensación amarga en el alma, al comprender hasta dónde llegaba la abnegación del amor de Mirian, y salió de la estancia en silencio, seguido por ella.

Era ya por la tarde; á aquella hora solía salir Mirian con su hija á pasear por el campo.

Los estudiantes lo sabían, y á aquella hora, con la esperanza de verla, llenaban la pastelería.

Gil López estaba de enhorabuena, porque á causa de Mirian, á quien él como todos creía simplemente nodriza de la hija de Gabriel y de una gran señora, hacía una gran venta de pasteles.

Cuando Sayda Mirian cruzó esbelta, gentil, hermosísima, el despacho de la pastelería, los estudiantes todos, como gente que nada teme y que nada respeta, á pesar de que iba con Gabriel, la saludaron ruidosamente, y se cruzaron de todas partes las galanterías y los requiebros.

Gabriel pasó serio y grave, y Sayda Mirian modesta é indiferente.

Cuando llegaron al Convento, Gabriel se hizo anunciar á doña Ana, é inmediatamente fué recibido.

Mirian se vió obligada á pasar por una nueva humillación; porque cumpliendo con la etiqueta, se quedó esperando en la antecámara.

Pero apenas Gabriel dijo á doña Ana que allí estaba su hija con su nodriza, doña Ana, que por instintos tenía celos de Sayda Mirian y ansiaba conocerla, sirviéndola de pretexto la hija de Gabriel, hizo entrar á Sayda Mirian.

Sayda Mirian estaba prevenida; tenía un gran dominio sobre sí misma, y aunque su alma se conmovió de terror y de celos á la vista de la hermosura y de la altivez de doña Ana, y del ri-

quísimo traje que vestía, su semblante permaneció sereno y tranquilo sin dejar conocer la más leve conmoción.

Doña Ana, por el contrario, se inmutó; nunca había visto una hermosura tan resplandeciente, tan magnífica, tan rica, tan pura, tan embriagadora como la de Sayda Mirian; nunca unos ojos tan grandes, tan negros, tan hermosos, tan dulces, tan llenos de vida, que parecía consagrada sólo al amor, como los de Sayda Mirian.

Nunca una actitud tan noble, tan bella, tan fácil, tan encantadora; el traje de la sultana era pobre, sencillo, como el de una aldeana de Castilla; pero sobre Sayda Mirian adquiría aquel traje una belleza y una elegancia infinitas, que hacían que no se notase la falta de la riqueza.

Sayda Mirian, además, había conservado, por un privilegio de su maravillosa hermosura, tal fuerza de juventud que, á pesar de que ya contaba treinta y cuatro años, parecía una joven de veinticuatro; una de esas jóvenes reflexivas y pensadoras que por su expresión triste y melancólica parecen hermosas cuando no son más que bellas, y se hacen irresistibles cuando, como Sayda Mirian, son verdaderamente hermosas.

Doña Ana de Austria se sintió humillada como mujer, delante de Sayda Mirian.

Las dos hermanas, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, causaban en gran parte el despecho de doña Ana, porque miraban de una manera franca, con el asombro de la envidia, á Sayda Mirian.

Esta se había detenido á alguna distancia de doña Ana con su hija en los brazos, y había saludado profundamente y en silencio á doña Ana, que la miraba sin ocultar su asombro, y dejando ver una expresión de celoso despecho que duró un solo momento, pero que se dejó conocer de todos, esto es, de Gabriel de Espinosa, del padre fray Miguel de los Santos y de las dos hermanas doña Luisa y doña María, que eran las únicas personas que estaban allí presentes.

Gabriel había temido esto, y por esto había procurado evitar en cuanto le había sido posible el que Sayda Mirian y doña Ana de Austria se viesen.

Pero no había creído nunca, ni que doña Ana sufriese una impresión tan terrible al ver á Sayda Mirian, ni que Sayda Mirian resistiese con tanta naturalidad y de una manera tan impasible la vista de doña Ana.

Para Gabriel de Espinosa, aquel momento fué decisivo en favor de Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa no podía olvidarse de lo que Sayda Mirian había sido, de lo que era, de los sacrificios que por él había arrostrado, del inmenso amor que reducía á Sayda Mirian á la triste y dolorosa situación en que en aquel momento se encontraba.

Gabriel de Espinosa sabía cuánto le amaba Sayda Mirian; pero nunca hubiera creído que aquel amor hubiese resistido á tal prueba.

Sayda Mirian estaba allí, como si nada absolutamente le hubiera importado que Gabriel de Espinosa amase ó no á otra mujer, como si sólo hubiera sido la nodriza.

Y de tal manera, con tal fuerza de voluntad sostuvo Sayda Mirian esta ficción, que doña Ana dejó de sufrir, porque dejó de estar celosa, y se acercó sonriendo á Sayda Mirian, y la tomó de los brazos la pequeña Gabriela.

Afortunadamente, la niña se parecía de una manera completa á Gabriel de Espinosa, y sólo tenía de Sayda Mirian la pureza de las formas y lo fuerte de la hermosura.

Pareció como que Gabriela comprendió por instinto la situación y, rechazando á doña Ana, se volvió á Sayda Mirian y ocultó su pequeño semblante en el seno de su madre, lo que contrarió fuertemente la irreflexiva altivez austriaca de doña Ana, Sayda Mirian sintió en su alma una alegría infinita, que no salió, sin embargo, á su semblante.

—Perdonad, señora—dijo Sayda Mirian—; pero los niños no saben lo que hacen; no os conoce, y por lo mismo os extraña; cuando os vea algunas veces más, será completamente distinto; porque mi Gabriela es excesivamente cariñosa.

Sayda Mirian pronunció aquel *mi Gabriela* de una manera ardiente, lo que nada tenía de extraño, porque hay nodrizas que aman á los niños que crían como si fueran sus madres.

Pero el movimiento natural de la pequeña Gabriela, ofendió de una manera grave la exagerada altivez de doña Ana, que prescindió desde aquel momento de la niña, la tomó una especie de odio, y para disimular dirigió la palabra á Sayda Mirian:

—Vos no sois española—la dijo, notando el acento visiblemente extranjero de Sayda Mirian.

—No, señora—contestó ésta—; no soy española.

—¿Y de dónde sois?—preguntó doña Ana, á quien empezaba á mortificar de una manera grave Sayda Mirian.

Sayda Mirian, que estaba ya prevenida, contestó:

—Soy de la isla de Malta.

—¿Y de buena familia?

—¡Oh! Sí, señora; de la mejor familia de la isla.

—Y sin embargo, sois nodriza.

—La madre de esta criatura es tal, que bien puede ser una reina nodriza de su hija.

Dijo Sayda Mirian estas palabras con tal altivez, que doña Ana de Austria tuvo que hacer un violento esfuerzo para ocultar su irritación.

—No os pregunto ni vuestro nombre, ni el de la madre de esa niña, porque según creo son un misterio.

—Que puede aclarar si quiere el señor Gabriel de Espinosa—dijo Sayda Mirian sin dar la menor intención á estas palabras, y con gran naturalidad.

—Señor Gabriel de Espinosa—dijo doña Ana de Austria—; os doy las gracias porque me habeis dejado conocer vuestra hermosa hija y su hermosísima nodriza.

—¿Sois casada?—dijo doña Ana dirigiendo la palabra á Sayda Mirian.

—¡Oh! Sí, señora—dijo la sultana poniéndose vivamente encendida—; si yo no fuera casada, no criaría á Gabriela; esto sería de todo punto imposible.

—¿Y vuestro marido es persona principal?

—Tan bueno como el mejor entre los mejores.

—¿Y consiente vuestro marido que esteis en Madrigal?

—Yo, señora, no hago nada, no me atrevería á hacer nada sin su consentimiento.

—¿Sabeis á qué ha venido á Madrigal el señor Gabriel de Espinosa?

Mirian miró naturalmente á Gabriel, porque no sabía qué contestar. Gabriel dijo:

—Lo sabe; sabe como lo sabeis vos, señora, que yo soy el rey de Portugal.

—Por eso sin duda, la madre de vuestra hija, que debe tener una gran confianza en esta dama, ha querido que ella os acompañe, para que sea testigo de vuestras acciones; porque sin duda que vos, primo, cumpliendo con vuestro deber, os casareis con la madre de vuestra hija.

—Eso no puede ser, señora—dijo Sayda Mirian—; porque hace mucho tiempo, ha más de diez y seis años, que la madre de Gabriela es la esposa de un rey.

—¡Ah! La madre de Gabriela es una reina.

—Nieta de reyes y descendiente de uno de los más grandes conquistadores y legisladores del mundo; por eso, pues, nada tiene de extraño que yo críe á Gabriela, y que acompañe al rey don Sebastián con un nombre supuesto; por eso, señora, no es posible que su majestad el rey don Sebastián se case con quien hace ya muchos años es esposa de un gran rey.

Doña Ana se tranquilizó. Sus recelos habían desaparecido.

Dada la situación de Gabriel de Espinosa, á quien ella creía el rey don Sebastián, todo aquello era verosímil. Doña Ana, pues, se desarmó; logróse que Gabriela se dejase tomar en brazos por doña Ana, la hizo ésta algunos regalillos, y Sayda Mirian, Gabriela y Gabriel de Espinosa se volvieron á la pastelería.

Apenas estuvieron solos, Sayda Mirian rompió á llorar.

—¡Oh! ¡Cuánto he sufrído! ¡Cuánto!—exclamó.

Yo en cambio he gozado, he sido feliz—dijo Gabriel de Espinosa—; yo no sabía cuánto me amabas, cuánto era capaz tu amor de hacer por mí. ¡Oh! Tienes razón, María, la madre de Gabriela no puede casarse, porque está ya casada, y casada con un rey.

—Sí; pero ese rey la ha repudiado, el Papa ha disuelto su matrimonio con él.

Gabriel de Espinosa fué á un arca, la abrió, buscó entre algunos papeles uno, y vino con él junto á Sayda Mirian.

—Mira—la dijo—, este es el Breve pontificio, por el cual Clemente VIII ha disuelto nuestro matrimonio; míralo, léelo.

—¿Y para qué?

—En el momento en que lo hayas leído, voy á romperle.

Mirian tomó el papel, y á pesar de que estaba escrito en latín, comprendió claramente por algunas frases y por su nombre y por el de Gabriel, que constaban en aquel escrito, que aquel escrito era el Breve de anulación de su matrimonio.

Luego le entregó á Gabriel, y éste le rompió en pedacitos.

Mirian se arrojó delirante en los brazos de Gabriel.

Gabriel de Espinosa se sentía mejor.

Obraba con arreglo á su conciencia, y esto hacía su vida más fácil.

Es verdad que engañaba á doña Ana de Austria, que, gracias al talento y al valor de Sayda Mirian, había perdido todo el recelo y se dormía confiada en los amores de su rey don Sebastián.

Pero Gabriel decía cuanto pensaba en esto:

—Si llego al trono de Portugal, porque al fin la fortuna me sonríe, porque sólo falta la venida del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa, que verán en mí de seguro á su rey y que irán á decir al reino que don Sebastián no ha muerto y á sublevarlo en su nombre, nada habrá perdido doña Ana de Austria; me la llevaré conmigo, se encontrará libre, la declararé infanta de Portugal y se conformará con esto y con casarse con algún príncipe ó rey, que no faltará ninguno, que siendo ella quien es y tan hermosa, quiera tomarla por mujer; y yo, haciendo reina de Portugal á mi María, habré cumplido con Dios, con el mundo y con mi conciencia.

CAPITULO VIII

DE CÓMO DOÑA ANA ACABÓ DE PERDER TODO RECELO POR LA VENIDA DE TRES HOMBRES Á MADRIGAL Y LA MARCHA DE OTRO Á VALLADOLID.

Habían llegado los primeros días de Septiembre y en Madrigal se encontraba todo en el mismo estado.

Los alborotadores del 15 de Agosto continuaban en la cárcel sin que se les tomase declaración ni supiesen lo que se iba á hacer de ellos, y el alcalde don Rodrigo de Santillana continuaba cambián preso en su casa y en un estado de preocupación y de ansiedad á causa de sus asuntos particulares, porque después de su grave conversación con Aben-Shariar, no había vuelto á saber de él, y fuertemente preocupado también como alcalde, porque tardaba demasiado la resolución del rey don Felipe acerca de la queja que doña Ana había dado al rey contra don Rodrigo, para que éste, que conocía demasiado á Felipe II, no temiese por lo que tardaba en resolver algún suceso grave.

La verdad es que la conciencia del alcalde le decía que había andado excesivamente rígido y tremendo con los de Madrigal y que el rey podía no encontrar muy de su gusto el que se apretase tanto á sus leales vasallos.

Una de las cosas más terribles del rey don Felipe era que ni sus secretarios, ni sus oidores, ni sus alcaldes, ni ninguno, en fin, de los que le servían, sabían á qué atenerse para que el rey estuviese contento de ellos; porque Felipe II, como todos los déspotas, era muy difícil de satisfacer y vacilaba demasiado en sus resoluciones, para que los que estaban pendientes de ellas no esperasen con ansiedad la determinación del rey.

De la misma manera á doña Ana de Austria le inquietaba esta tardanza, porque ella creía haber dicho lo bastante al rey acerca de la importancia y de la violencia de don Rodrigo de Santillana, en cuya queja le habían sostenido el superior de los agustinos y el Ayuntamiento de Madrigal, para que el rey, sin más información, hubiese quitado de la villa al alcalde y enviado otro que, por malo que fuese, no podía ser tan formidable como don Rodrigo de Santillana.

Entretanto, doña Ana y Gabriel de Espinosa se veían, ya en altas horas de la noche, ya en la casa de campo que doña Ana tenía fuera de Madrigal, acompañados siempre de fray Miguel de los Santos y ocupándose siempre de los medios de apresurar la ida de Gabriel de Espinosa á Lisboa.

Se habían recibido algunas cartas de Portugal que los habían alentado en extremo; todo Portugal sabía ya que el rey don Sebastián no había muerto; se conspiraba en secreto y el espíritu público, siempre hostil á los españoles, siempre ansiando romper el yugo, no podía ser mejor ni inspirar otra cosa que la casi certeza del triunfo.

Doña Ana se volvía más loca cada día.

De una parte la enloquecía el amor y de otra la ambición.

Gabriel de Espinosa había llegado á ser para ella ese hombre á quien una mujer se consagra en cuerpo y en alma, y su cabeza ardía por ceñir la corona de Portugal.

Sayda Mirian, entretanto, sufría y lloraba, á pesar de las protestas de amor de Gabriel de Espinosa; le veía profundamente preocupado y dudaba; temía que al cabo aquella mujer que

representaba su ambición le enloqueciese, le hiciese olvidarse de ella y romper con su conciencia y con sus deberes.

Sayda Mirian no había podido olvidar que doña Ana de Austria era hermosa, que amaba á Gabriel, que era sobrina del rey y el único medio por el cual podía Gabriel llegar al logro de sus proyectos.

Así las cosas, llegó el día 4 de Septiembre de 1578.

Aquel día por la tarde entró en el pueblo una verdadera cabalgata, de esas que acompañan en sus viajes á los grandes señores.

Una nube de criados, de mozos de espuela y de acémilas, y tres grandes coches, dos de los cuales iban vacíos, porque en el uno de ellos, por ir acompañados, iban los dueños de los tres.

Estos tres señores eran portugueses, y muy ricos, á juzgar por el número y la calidad de los criados.

Era el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa, diputados que la nobleza de Portugal enviaba para reconocer á Gabriel de Espinosa.

El duque de Coimbra era un señor viejo, alivo y finchado como buen portugués; bien que en esta parte en nada le cedía el marqués de Almeida y el conde de Novoa.

Todo cuanto se diga acerca de un señor portugués de aquellos tiempos, es insuficiente para dar á conocer lo que aquellos señores eran, ni comprendemos tampoco cómo aquellos señores podían sufrir rey, ni reconocer superior sobre la tierra, ni otra superioridad que la de Dios, y aun así, estándose Dios en el cielo; porque de otro modo, bajando Dios á la tierra, aquellos señores estaban muy expuestos á incurrir en la soberbia de creerse tanto como Dios.

Conocíase esto en su gravedad, en la majestuosa compostura de su mirada, en lo pausado y grave de sus palabras, á pesar de que iban solos en el carruaje, y los tres eran iguales entre sí.

Por lo demás, cuando llamaban á alguno de sus servidores, en la manera de hablarle se comprendía que no consideraban hombre á aquel hombre, sino un ser de distinta raza, una especie de cosa que se pagaba para que sirviese lo mejor que pudiera, y que debía tratarse completamente de alto á bajo, y con una poca más de consideración que á un animal.

Pero lo que no podía comprenderse, era que

con tanta soberbia aquellos nobilísimos señores no hubieran muerto todos reventando de soberbia al verse mandados por el duque de Alba, que, como ya hemos dicho, era siete veces más insoportable que un rey.

Una hora antes, habían entrado en la villa tres mayordomos y algunos lacayos, criados de aquellos tres señores, que habían recorrido todas las casas de posada de Madrigal, alborotando la villa, por la cual corrió muy pronto la noticia de que llegaban tres grandes señores portugueses, con más de sesenta criados.

Este alboroto no consistía en que la venida de aquella nobilísima gente fuese una cosa nueva y extraña para Madrigal, porque como ya hemos dicho, á causa de doña Ana de Austria y de la influencia que ésta tenía con su tío el rey don Felipe, la estancia de grandes personajes en Madrigal, era cosa á la que los de la villa estaban muy acostumbrados.

Por lo que alborotaba la venida de los portugueses, no era porque se supiese el objeto de la ida de aquellos señores á Madrigal, porque esto era un secreto político perfectamente guardado, sino porque soberbios en todo, nadie gastaba tanto como los portugueses, y daban tanto á ganar á las gentes de tráfico, que venían á ser el mayor número de los habitantes de la villa.

Abrieron éstos los ojos de á palmo para ver mejor y servir mejor á los portugueses, y las bolsas para recibir el dinero que los portugueses debían soltar á manos llenas.

Al mismo tiempo, un jinete, con trazas de soldado, sobre un cuátrago enorme, llevando la dirección de Medina del Campo á Madrigal, pasó á buen andar junto á la especie de convoy de los portugueses, los adelantó, entró en la villa, se dirigió sin detenerse en ninguna parte al convento de monjas de Nuestra Señora de Gracia la Real, entregó un pliego para doña Ana de Austria de parte del rey, pidió el recibo, se lo dieron, volvió á montar á caballo, se fué en derechura á la plaza, echó pie á tierra en el soportal de la casa de don Rodrigo de Santillana, y se hizo anunciar de orden del rey al alcalde.

Inmediatamente fué introducido.

—Ya era tiempo de que alguien viniese de allá—dijo don Rodrigo de Santillana—: ¿quién os envía, hidalgo?

—El cardenal Granvela; yo soy, para servi-

ros, secretario de su señoría y me llamo Baltasar de Alvarado.

—Buen apellido tenéis.

—Vengo de buena casa.

—Páreceme que tenéis más de soldado que de secretario.

—He andado mucho tiempo en las guerras del rey nuestro señor, y he sido y soy capitán de infantería; pero canséme de la mala vida de campaña y de las malas pagas, quitando el peligro, porque en esto no se para el buen soldado, y acomodéme con el cardenal Granvela, que es un excelente señor, y con el cual estoy á pedir de boca.

—¿Y qué encargo os ha dado su excelencia?—dijo Santillana que estaba impaciente, aunque por sostener su tesa gravedad lo disimulaba.

—El cardenal mi señor—dijo Alvarado—, que sin duda tiene á vuestra señoría en mucho por lo que de vuestra señoría me ha dicho, os besa las manos y os entrega por mi medio estos dos pliegos para traer los cuales y otro del rey nuestro señor, que acabo de dejar á la excelentísima señora doña Ana de Austria, he venido inmediatamente á Madrigal.

Baltasar Alvarado miró el sobrescrito de tres pliegos que había sacado del interior de su colete, y dió dos de ellos á Santillana.

—¿Y para quién es ese otro pliego que os guardáis, señor Alvarado?—dijo Santillana, que no pudo contener su deseo de saber á quién iba dirigido el otro pliego.

—Del rey nuestro señor, para el presidente de su real Chancillería de Valladolid.

Inquietó esto al alcalde, porque vió que el asunto se presentaba serio, como no podía menos, siendo un asunto en que tomaba parte el rey don Felipe; pero disimulando la impresión desagradable que aquello le había causado, abrió el pliego, sobre cuya nena se veía el sello de las armas del cardenal Granvela, como si hubiera temido abrir antes el pliego del rey, en el cual no sabía estaba guardada para él una desgracia.

A la cabeza de aquel pliego, se veía la cifra de Jesús, María y José. Por bajo se leía:

“Señor don Rodrigo de Santillana: Mi muy estimado amigo: yo no sé qué enemigos tenga vuestra merced, ó qué cosas haya hecho vuestra merced en deservicio del rey nuestro señor, que su majestad, en lo poco que habla, me ha dejado conocer que está contra vuestra merced, no tan

enojado que tenga yo que advertirle que se encuentra en peligro, pero sí lo bastante para que viva avisado y mire lo que hace, no sea que su majestad le encuentre tan buen servidor que pueda avenirle por ello á vuestra merced algún trabajo. Su majestad es tan recto y quiere las cosas tan en balanza, que es necesario estudiar mucho para ponerse en el gusto de su majestad; bien lo sé yo esto, como quien teniendo sobre sí los gravísimos cuidados de esta gran república, vive hace algunos años al lado del señor rey don Felipe, que es tan gran rey, que no parece sino que Dios le da fuerzas para sobrellevar tanto peso, y le ayuda con su divina sabiduría para salir adelante de tanto y tanto gravísimo negocio como le rodea. Y viniendo ahora á las pocas palabras que de acerca de vuestra merced he oído al rey, allá van, para que vuestra merced las estudie y las dé vueltas y las digiera, y sepa á qué atenerse; porque yo, ni sé que piense, ni qué diga á vuestra merced; porque cuando el rey me dió la minuta del decreto que recibirá vuestra merced con esta carta—dijo como para sí y como quien no cree que le escuchan:—Alcaldes son éstos que valen tanto, que es cosa de no saber cómo pagarles.”

Despegósele la carne de los huesos á Santillana al leer las anteriores palabras, y se le nublaron los ojos hasta el punto de serle necesario hacer un violento esfuerzo para seguir leyendo; por fin sus ojos vieron, y continuó:

“Ya se le alcanza á vuestra merced, que es hombre de experiencia, que las palabras que yo oí al rey son tales, que quien conozca algo á su majestad, no sabría decir si son un favor ó un desfavor; porque una de las cosas más difíciles que yo encuentro para los que en cualquier oficio andan al lado de su majestad, es saber cuándo está contento ó enojado, y acertar con el enigma de sus palabras; y como vuestra merced verá cuando lea el decreto del rey nuestro señor que nada dice que se pueda tomar ni en favor ni en daño de vuestra merced, he aquí que yo, que aprecio mucho á vuestra merced, porque sé cuánto vale, le aviso por lo que pueda convenirle, y porque sé que vuestra merced es un buen caballero, y que cuando hubiere leído esta carta la quemará y echará las cenizas al aire; porque vuestra merced sabe que al rey nuestro señor le parecen traiciones estas confidencias, y sólo por el afecto que tengo á vuestra merced, y porque

le conozco, y sé que no me pondría en ningún compromiso, y porque tengo una gran confianza en la persona que ha de poner esta carta en mano de vuestra merced, y que antes se la comerá que ojos humanos fuera de vuestra merced la vean, he podido atreverme á tanto; y basta ya, porque el despacho es tanto y tan celoso el rey porque ningún asunto se demore más de lo justo, que no tengo tiempo para nada, y quisiera que los días se volviesen años.—Guarde Dios á vuestra merced, y le dé salud y buenos sucesos. De Madrid á 2 de Septiembre de 1578.—*El cardenal Granvela.*”

Guardó cuidadosamente el alcalde esta carta en un bolsillo de su loba, y se limpió con el pañuelo el sudor que le había causado la carta del cardenal Granvela, lo que probaba hasta qué punto respetaban sus vasallos al señor rey don Felipe II.

Después abrió el otro pliego, sobre cuya nema estaba el sello de las armas reales.

“El rey.—Luego que recibiereis este nuestro real decreto, sin dilación alguna saldréis de la villa de Madrigal, y os trasladareis á vuestra sala de alcaldes de casa y corte de nuestra real Chancillería de Valladolid, por convenir así á nuestro real servicio.—Dado en nuestro alcázar de Madrid, á dos días del mes de Septiembre de 1578.—*Yo el rey.*—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid.”

Dejó el alcalde el decreto sobre la mesa, y se volvió á limpiar el sudor que de nuevo había cubierto su semblante.

—Besad las manos de mi parte al señor cardenal Granvela—dijo Santillana—, y si habéis de descansar, quedáos en casa, donde se os prepará aposento.

—Mil mercedes, señor don Rodrigo—; pero en cuanto me deis el recibo del pliego del rey nuestro señor, que os he entregado, monto á caballo, y parto á Valladolid á entregar este otro pliego al señor presidente de la Chancillería.

Escribió don Rodrigo el recibo, diósele á Alvarado, salió éste, montó á caballo, y partió.

Con el pliego que llevaba para el presidente de la Chancillería, se llevaba el alma de don Rodrigo de Santillana.

Antes de proseguir en lo de Madrigal, sigamos á Alvarado y hagamos con él el camino hasta Valladolid.

Tanto picó el buen hidalgo, que aunque había salido de Madrigal á las cinco de la tarde y tenía el caballo cansado, y cansado estaba él mismo, llegó á las seis á la puerta del palacio de la Chancillería de Valladolid, y se hizo anunciar al presidente en nombre del rey.

Intútil es decir que inmediatamente fué recibido por aquel alto personaje.

Alvarado le entregó el pliego, le exigió el recibo, se lo dieron, salió y se fué á descansar.

He aquí lo que el presidente leyó en el pliego que le había entregado Alvarado:

“El rey.—Por cuanto conviene á vuestro real servicio que el alcalde de casa y corte de esta nuestra real Chancillería, don Rodrigo de Santillana actúe sin distraerse en otros negocios de nuestro real servicio en su sala de alcalde de esa real Chancillería, os mandamos que para sustanciar y terminar los procesos que hubiere en la villa de Madrigal, nombreis de nuestra real orden á persona docta y competente, para que se traslade sin pérdida de tiempo á aquella villa, y entienda en comisión de justicia á los procesos que en ella hubiere pendientes hasta su terminación.—Dado en nuestra alcázar de Madrid, á dos días del mes de Septiembre de 1578.—Yo el rey.—Al presidente de la real Chancillería de Valladolid.”

Inmediatamente fué llamado don Luis Portocarrero, alcalde asimismo de aquella Chancillería, y enviado á Madrigal con su escribano adjunto y su correspondiente ronda de seis alguaciles, todos los cuales, quién á mula, quién á burro, se pusieron inmediatamente en camino, sin más prevención quedinero y camisas limpias, al que pudo.

Esta sección de justicia se encontro á mitad del camino entre Madrigal y Valladolid, con la otra sección de justicia, compuesta de don Rodrigo de Santillana, del escribano Ruy Pérez y de seis corchetes, entre los cuales iba el aporreado Lamprea, que todavía no podía enderezarse bien, á consecuencia de la paliza del pundonoroso hidalgo Cacabelos.

Saludáronse cordialmente Santillana y Portocarrero, y el primero dijo al segundo:

—Paciencia os mando para lidiar con los frailes, las monjas, los escolares y los vecinos de Madrigal, que no parece sino que el diablo se ha apoderado de una villa que era antes tan pacífica, y que tan poco daba que hacer; allá os

encontrareis la mitad de los habitantes de la villa metidos en la cárcel, y tan vírgenes de proceso, como á muy pocos se les ha tomado declaración; componeos vos allá como podais; que en cuanto á mí, si no fuera por lo que me sé y lo que Dios sabe, sería un día de contento éste, en que meo libre de Madrigal.

—Allá nos compondremos como podamos, señor don Rodrigo; y en último caso, con ahorcar á la mitad de la villa y enviar á la otra mitad á galeras, yo os juro, que se queda Madrigal más tranquilo que un cementerio.

—Os aconsejo que antes de todo pidais consejo para hacer justicia á la señora doña Ana de Austria; porque de no, tendreis mucha razón, pero vuestra razón os valdrá lo que me ha valido á mí la mía, y os enviarán como á mí á vuestra sala, sin deciros el por qué.

—Pues en haciendo lo que vos habeis hecho, esto es, manteniendo sin doblar nuestra vara, habremos cumplido con Dios, con el rey y con nuestra conciencia.

—Así lo creo; conqué adiós, señor don Luis Portocarrero, que ya es bien de noche y nos queda á entrambos mucho camino.

Estrecháronse las manos los dos alcaldes, y siguieron, Santillana para Valladolid, Llanos para Madrigal.

Veamos el pliego del rey que había recibido doña Ana de Austria:

“El rey.—Mi muy amada hija: he recibido con sorpresa vuestra queja contra don Rodrigo de Santillana, y pésame que este alcalde haya entrado con vos en contestaciones, que yo hubiera querido se evitasen de todo punto.

“Vos sois una persona que por su recogimiento y por su piedad está alejada del mundo, y no conoce á estas gentes de justicia, cuya gran severidad es necesario tolerar y aun aplaudir, primero, porque mandan en nuestro nombre y saben hacer que se respete, y segundo, porque con su rigurosa severidad tienen escarmentada y temerosa á la mala gente, evitan muchos delitos, y por la salud común, vale más que sean rigurosos que si fuesen blandos; porque la blandura no se entiende por los malos como misericordia, sino como debilidad y abusan de ella acreciendo los delitos y perjudicando gravemente á los de buena y honrada vida.

“Don Rodrigo de Santillana es tal vez más severo de lo que acaso conviene; pero esto consis-

te en el cielo con que nos sirve y nos ha servido toda su vida. En lo tocante á desecato, si hubiere sido tal que resulte en menoscabo de nuestra dignidad, por ser vos tan próxima parienta nuestra, como que sois hija de nuestro queridísimo hermano don Juan de Austria, esperando estoy vuestra queja para castigar á sangre á don Rodrigo si hubiere razón para ello.

“Pero si el desecato consiste más en lo que hayais visto que en lo que ello en realidad hubiere sido, si no os hubiere faltado al respeto de una manera que no fuera posible disimularlo, de príncipes es no dar á entender ni siquiera que es posible que un vasallo le falte al respeto, porque peor es moverlo que dejarlo, cuando al moverlo no hubiese de encontrarse causa bastante para entregar al cuchillo al que ha sido bastante audaz para incurrir en el desecato.

“Disgustado me tiene, aunque de ello no os hago cargo, el que vuestro rosario de la Virgen de las Azucenas haya dado ocasión al escándalo de Madrigal, en que ha sido desconocida nuestra autoridad y el respeto que se debe á las sagradas imágenes y á las cosas santas; yo ereo, mi muy querida hija, que teneis el corazón demasiado blando, y habeis oído más á las lágrimas y á las súplicas de las familias de los presos, que al esplendor de la justicia y á lo inviolable de nuestra dignidad real.

“Lamentable es que por las malas costumbres que cunden entre la gente, sucedan alborotos como el de Madrigal; pero lo que es necesario reprimir de todo punto, es la soberbia de los que al mandar la justicia en nuestro nombre desobedecen y nos ofenden, y ofendiéndonos, dan en el feo delito de traición.

“Vos decís que aquello fué inevitable; que fué un acaso, que si no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, fué porque con el tumulto no lo oyeron; que gran parte de la villa se puso al lado de la justicia; que duró poco el alboroto, y que por milagro no resultaron personas muertas ni mutiladas.

„Decís que los que están presos son los más honrados, los más cristianos y los más laboriosos de Madrigal; lo mismo me dicen el prior de los Agustinos y el corregidor de la villa; y como esto es ya una información bastante acerca de esos desagradables sucesos, vos, por persona real, y el prior de los Agustinos por persona calificada, y el corregidor por su oficio, bastais para produ-

cir una prueba completa, vengo en indultar de las penas á que se hayan hecho acreedores todos los que tomaron parte en el alboroto de la madrugada del 15 de Agosto pasado, y que se sobresean los procesos, salvo que se aperciba á los presos, antes de ponerlos en libertad, que si reincidieren en el mismo delito, no les servirá el indulto que hoy les otorgo, y les será cargado lo que antes hicieron con lo que después hicieron para la pena. Con esta mi carta particular para vos va mi real carta de gracia á petición vuestra para los delincuentes, y os encargo que con esa nuestra real carta de gracia contestéis á las exposiciones de los frailes Agustinos y del ayuntamiento de esa villa. Los dos recomendados que me enviasteis para que se hiciese al uno corregidor en Indias y al otro abastecedor de nuestros ejércitos de Flandes, están ya favorablemente despachados; pero os rogamos, nuestra muy querida hija, que no seáis tan blanda de entrañas para los pretendientes, porque, ó nos comerán por el pie, ó tendré yo el disgusto de no atender como quisiera á todas vuestras recomendaciones. Sé que van á veros á Madrigal, á fin de que les sirváis de intercesora para conmigo en los asuntos de aquel reino, el duque de Coimbra y otros dos grandes señores de Portugal que han estado algunos días en la corte y han dicho á todo el mundo que no me pedirán audiencia sino cuando se me presenten con cartas de recomendación vuestras para mí.

„Este asunto es muy grave, y quiero que andéis con mucha prudencia y os toméis tiempo y me aviséis de todo secretamente, para lo cual he mandado poner postas en el camino, y á fin de que vuestras cartas puedan llegar á mí en veinticuatro horas.

„Recibidlos un día, oidlos, comunicadme en seguida lo que os dijeren, y no volváis á recibirlos bajo pretexto de enfermedad ó con otra excusa hábil, hasta que yo os haya escrito aconsejándoos lo que debéis decirles; porque en estos negocios de Portugal es necesario andar muy alerta, y vos podréis descubrir más que yo si los viera, porque con vos no estarán tan sobre aviso.

„Guárdeos Dios muchos años, mi muy querida hija, y no os olvidéis en vuestras oraciones de rogar á Dios por vuestro tío, *El rey don Felipe*.

„A la señora doña Ana de Austria.“

Esta carta estaba escrita de la cruz á la fecha por el rey, y dejaba conocer en la manera de su escritura que había sido escrita muy despacio.

A doña Ana, que no era tan cándida como su real tío creía, se la alegró el alma al leerla.

El rey no desconfiaba de ella.

La quitaba de encima á don Rodrigo de Santillana, indultaba á los de la villa, expresando que lo hacía por su recomendación, lo que debía doblar el afecto de los de Madrigal hacia ella, y, lo que era infinitamente mejor, nada sospechaba de la ida á Madrigal del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa.

Era más de lo que podía desearse.

Como eran las seis de la tarde y aún quedaban dos horas para la noche, doña Ana mandó llamar inmediatamente á don Rodrigo de Santillana con la no benévola intención de quemarle la sangre haciéndole dar cumplimiento por sí mismo á la real carta de gracia.

Pero cuando Cacabelos llegó á casa del alcalde, encontró que éste había ya levantado el campo y desaparecido sin haberle dicho á nadie adónde iba; porque si bien es cierto que Santillana era tremendo para hacerse obedecer, era de la misma manera exagerado en la obediencia, y, sin tomarse tiempo más que para quemar la carta del cardenal Granvela y para que le hiciesen la maleta, se puso en camino con Ruy Pérez y su ronda, y llevaba ya cerca de una hora de camino cuando Cacabelos fué á buscarle.

Sintiólo mucho doña Ana, porque perdía la ocasión de mortificar á don Rodrigo, y hubo de contentarse con la mortificación que ya don Rodrigo tenía en el cuerpo; pero para no dilatar la ejecución del indulto del rey, envió la carta de gracia al corregidor de la villa, que, como sabemos, estaba preso en su casa por don Rodrigo, y que se encontró legítimamente libre por la carta de gracia del rey, y en el mismo punto se fué á la cárcel á darla cumplimiento poniendo en libertad á los presos.

Después, y con toda la solemnidad de pregon real, la carta de gracia fué publicada en la plaza y en los demás lugares de costumbre de la villa, en medio de una multitud frenética de alegría, que vitoreaba al rey y á doña Ana de Austria.

Cuando el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa entraron en Ma-

drigal, era de noche, y lo que vieron les causó una indecible satisfacción portuguesa.

No había casa, por pobre que fuese, en Madrigal, en que no hubiese como iluminación al menos un pobre candil, y las campanas de la villa repicaban, y los vecinos viejos, mozos, mujeres y niños andaban de acá para allá ebrios de alegría.

Como los buenos señores portugueses habían enviado delante sus mayordomos para que les buscasen hospedaje, el diablo se les metió en el cuerpo, les removió la vanidad y creyeron no menos que, sabedores los de la villa por sus mayordomos de que tres tan altos personajes iban á honrarla, no habían podido menos de iluminar sus casas y echar á vuelo las campanas para recibirlos.

El duque de Coimbra mandó hacer alto, llamó á su secretario, y del mismo modo llamaron á los suyos los otros dos señores y les mandaron que descargasen de las acémilas las maletas en que iba el dinero, y fuesen algunos criados arrojando monedas á las gentes para corresponder de este modo al digno recibimiento que les hacía Madrigal.

Hízose así, y los de la villa que veían aquello, no acertaban por qué los criados que iban á caballo delante de los coches arrojaban á derecha é izquierda dinero; pero lo recogían con algazara, y la gente acudía y se aumentaba en derredor de los criados que, serios y graves como buenos portugueses, arrojaban de cuando en cuando puñados de monedas de plata.

A cada momento, los tres señores, engafiados por aquella algazara, se pavoneaban más, cuando he aquí que un pobre clérigo que acertó á pasar y vió aquello, dijo á los criados:

—¿Por qué tiráis dinero, como si se tratara de bautizo de príncipe ó boda de rey?

—Mándanlo así sus excelencias el ilustrísimo señor duque de Coimbra, y el ilustrísimo señor marqués de Almeida, y el ilustrísimo señor conde de Novoa—dijo en portugués, reventando de hinchazón, uno de los criados.

—¿Y por qué manzan eso vuestros amos?—dijo admirado el clérigo.

—Para corresponder como nobles portugueses al recibimiento que les hace la ilustre villa de Madrigal.

Soltaron la carcajada, no sólo el clérigo, sino también la multitud que rodeaba á los criados,

que se pusieron pálidos de cólera al ver que se burlaban de ellos.

—¿Y por qué os reís? ¡Cuerpo de Cristol—gritó fuera de sí echando mano á la espada y mirando fosco en torno suyo.

—¿Por qué nos hemos de reír, sino porque estáis locos?—dijo un estudiante de los que acababan de ser puestos en libertad.

—¡Ah, castellano ruin! Pues ya verás si estamos locos ó no—dijo el portugués tirando de la espada y echándole el caballo encima al estudiante, que se hizo atrás y soltó el trapo á reír al mismo tiempo que caía una tempestad de silbidos sobre los portugueses.

El acometedor dejó caer el brazo y se quedó mudo y helado.

Aquellos silbidos habían herido de muerte su vanidad, y como criado portugués de un gran señor, muerta su vanidad, era hombre muerto.

Oyóse entonces, partiendo de uno de los coches, una voz que gritaba:

—Sebastián, Sebastián, ¿qué es eso?

Sebastián no contestó por la sencilla razón de que se había quedado convertido en una estatua y no oía.

—Esto es, señor—dijo el eclesiástico que había hablado antes, acercándose al coche—, que vuestra excelencia se ha engañado.

—¿Y por qué me he engañado yo?—dijo con énfasis el duque de Coimbra.

—Porque vuestra excelencia ha creído que las luminarias que se ven en la calle y el repique de las campanas es por la venida de vuestra excelencia á Madrigal—dijo mesuradamente el clérigo.

—¿Y por qué son si no?—dijo con doble énfasis el duque de Coimbra.

—¡Ah, señor! Por un magnánimo rasgo de clemencia del rey nuestro señor. Sabed, que sin la real carta de gracia que esta tarde se ha pregonado, dentro de poco hubieran sido ahorcados muchos infelices y echados á galeras infinitos hombres; hoy, por la clemencia de nuestro amado rey, todos esos desgraciados están libres; sus familias los han visto volver perdonados, y sin que nadie se lo mande, el vecindario ha encendido luminarias y se han echado á vuelo las campanas; todos andan locos de alegría, porque hubiera sido horrible ver tanta muerte, tanta desdicha, tanta familia desesperada. Dios bendiga al rey nuestro señor y le proteja; oíd.

En aquel momento una turba que entraba en la calle gritaba con frenesí:

—¡Viva nuestro señor el rey don Felipe! ¡Viva la señora doña Ana de Austria!

Y los vivos se repetían sin cesar.

—Ya lo veis, señor—dijo el clérigo—; en Castilla no se encienden luminarias ni se echan las campanas á vuelo más que por Dios y por el rey; y si siempre fuera por esta causal ¡Si los reyes supieran que vale más y á más obliga la clemencia que el castigo!

Quedóse el duque de Coimbra tan sin voz y tan hecho estatua como se había quedado antes su mayordomo; pero recobrándose, dijo:

—Y bien, no importa; personas somos las que aquí venimos que bien merecemos las luminarias y los repiques.

Y luego gritó asomándose más por la portezuela:

—¡Sebastián!, sigue arrojando dinero por el duque de Coimbra en albricias de la clemencia del rey, nuestro señor; ¡viva el rey!

El nombre del duque de Coimbra, unido á aquel rasgo de generosidad y á aquel *viva* al rey, cambió como por encanto la disposición de ánimo de los buenos y expansivos castellanos, que siguieron adelante hacia la plaza rodeando los coches, recogiendo el dinero que arrojaban los criados y gritando con un creciente entusiasmo:

—¡Viva el rey, nuestro señor! ¡Viva doña Ana de Austria! ¡Viva España!

Y de tiempo en tiempo se oía:

—¡Vivan los nobles portugueses!

La vanidad del duque de Coimbra y de sus dos ilustres compañeros, y la de todos los portugueses que allí iban, se sintió satisfecha.

Así llegaron á la pastelería de Gabriel de Espinosa, que era la mejor posada que habían encontrado en el pueblo los mayordomos, ó por mejor decir, el lugar fijado para la estancia, aunque, por disimular, se habían visitado algunas otras posadas.

Duraron las luminarias, los repiques y la algazara hasta la oración de las ánimas, en que el corregidor, que rondaba para evitar otro alboroto que fuese peor que el pasado, fué mandando á los que andaban por las calles se recogiesen á sus casas. Callaron las campanas, se apagaron las luces, y Madrigal quedó desierto, envuelto entre la sombra y el silencio.

CAPÍTULO IX

¿ERA REY Ó IMPOSTOR?

Los tres magnates portugueses ocupaban una gran sala en el piso superior de la pastelería.

En aquel piso sólo habitaban ellos entonces, y al otro extremo de un corredor, Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian con su hija.

Gil Pérez, los mozos y las criadas de la pastelería, dormían en el piso bajo.

Los tres mayordomos de los tres señores habían sido aposentados también en el piso bajo.

Los demás criados estaban en otras posadas.

El duque de Coimbra sabía, porque así se lo había escrito fray Miguel de los Santos, que la noche que pasase en Madrigal, al dar las doce, abriese la puerta de su aposento, y viese si frente a ella, al otro extremo de un corredor, se veía otra puerta abierta, y tras aquella puerta el reflejo de una luz.

En ese caso los tres señores debían abrir silenciosamente su puerta, atravesar sin hacer ruido el corredor, procurando que no se sintiesen sus pisadas, pasar de aquella puerta abierta cerrarla y llamar recatadamente á otra puerta que encontrarían cerrada en aquel mismo aposento.

El duque de Coimbra, para cumplir con más exactitud lo que se le había prevenido, cuando llegó la media noche volvió á leer y leyó á sus compañeros la carta en que aquello se le prevenía.

Luego, y como la hora era llegada, los tres grandes llegaron á las puertas de su aposento con el corazón palpitante y la abrieron.

Al fondo de un espacio oscuro, se veía una puerta abierta á causa del reflejo de una luz.

Ninguno de los tres personajes dió un paso; los tres se miraron pálidos y conmovidos.

Era aquella una situación solemne.

—Si no se nos ha engañado—dijo el duque de Coimbra—dentro de poco vamos á ver á nuestro noble y desgraciado rey don Sebastián. ¿Os acordáis vosotros bien de él, Almeida? ¿Y vos, Novoa?

—¡Oh, sí—dijo Almeida—le he tratado mucho; y luego, yo estaba á su lado aquel funesto día en Alcázar-Kivir; el rey había perdido el yelmo, peleaba con la cabeza descubierta, recibió una herida en la cabeza, vaciló, pero no cayó, y siguió arremetiendo.

—Poco después recibió una herida en la mano

izquierda—dijo el conde de Novoa—y sin embargo no perdió las bridas.

—Yo había caído antes de que el rey perdiese el yelmo—dijo el duque de Coimbra—yo caí al caer el estandarte real, después de haber visto al rey herido en la cabeza.

—Yo fui hecho cautivo algún tiempo después—dijo el conde de Novoa—y ya no vi al rey, que se había revuelto con los jinetes moros.

—Yo le conocería en el juicio final entre todos los muertos—dijo el duque de Coimbra—; yo estoy seguro de reconocerle si está vivo, como reconocí su retrato cuando hace algunos años nos le presentó en Lisboa aquel enviado de la República de Venecia.

—Como le conocimos todos—dijo Novoa.

—Pero un retrato no es un hombre; ¿estáis seguros, amigos, de que reconoceréis sin equivocaros al rey don Sebastián?

—¡Sí, por mi honor!—dijo Almeida.

—¡Sí, por mi honor y por la salvación de mi alma!—añadió Novoa.

—Tened presente, caballeros—dijo creciendo en solemnidad el anciano duque de Coimbra, bajando la voz que se hacía á cada momento más conmovida, atrayéndolos á sí asidos por las manos—; tened muy en memoria, que si cuando nosotros volvamos á Portugal decimos en voz muy baja, pero que sin embargo resonará en el corazón de todos los portugueses, que nuestro rey vive, que está en Castilla, que le hemos hablado (y el duque de Coimbra agitaba cada vez con más fuerza los brazos de sus amigos), Portugal entero se preparará en silencio al combate, y cuando una noche digamos con la voz de una campana: ¡Alzáos, portugueses, vuestro rey pisa ya las playas de Lisboa! ¡A combatir, á perder la vida por don Sebastián y por Portugal! no habrá un solo brazo portugués en Lisboa que no esté armado, no habrá un solo brazo armado que no hiera, no habrá un solo corazón que tiemble; pero para triunfar necesitamos de la ayuda de Dios, y no podemos tenerla si no tenemos de nuestra parte la razón y el derecho; si el hombre á quien vamos á ver es el rey don Sebastián, para saber lo cual hemos venido, la razón y el derecho son nuestros; porque el rey don Sebastián es el rey legítimo de Portugal, si vive. Pero si es un impostor, si nos engañamos, por desgracia, el rey legítimo de Portugal, doloroso es decirlo, pero es cierto,

Ved, pues, cuánto importa que no nos engañemos; ved, pues, cuánto es necesario que no nos dejemos alucinar por las apariencias y por el deseo.

—Estoy seguro de no engañarme: si la persona que vamos á ver dentro de un momento no es el rey don Sebastián, si es un impostor, le mato como un perro—dijo enérgicamente Almeida.

—Y yo—dijo Novoa.

—Y yo también—añadió el duque de Coimbra—; ahora bien, amigos míos, vamos á salir de dudas.

Los tres salieron, se encaminaron silenciosamente á la puerta que se veía al otro extremo del corredor, pasaron por ella, y llamaron con recato á otra puerta que había dentro del aposento.

Abrióse aquella puerta, y el duque de Coimbra y los otros dos señores retrocedieron.

Quien había abierto la puerta era Sayda Mirian.

Pero no Sayda Mirian con el humilde traje de campesina castellana, sino Sayda Mirian con un magnífico traje de dama veneciana, con los cabellos bellamente peinados, pero sin una sola joya de precio. Sayda Mirian no las tenía ya.

Estaba tan hermosa con su traje de terciopelo negro, severo y sencillo, rebosaban de ella tal majestad y tal dominio, resplandecía tanto su hermosura, que los tres nobles portugueses, que no esperaban encontrar una dama tal como Sayda Mirian, se asombraron, se sintieron dominados.

—¿Sois, caballeros, el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa, diputados del reino de Portugal?—dijo con acento grave y sereno Sayda Mirian.

—Sí, señora, nosotros somos.

—¿Traéis con vos, señor duque de Coimbra, una señal por la cual se os pueda reconocer?

—Sí, señora—dijo el duque de Coimbra, sacando de debajo del justillo un objeto envuelto en sedas que desenvolvió y entregó á Sayda Mirian.

Este objeto era un retrato de Gabriel de Espinosa, el mismo que se había hecho en Venecia y que el Consejo de los Diez había enviado á Lisboa por medio del esbirro Nicolino Razzi.

Sayda Mirian miró aquel retrato, le conservó en su poder, y dijo á los portugueses:

—Pasad, señores; la persona que buscáis os espera.

Y volviéndose, se encaminó lenta, magnífica, majestuosa, á una habitación inmediata.

Los tres nobles siguieron tras ella.

—Indudablemente—decía para sí el viejo duque de Coimbra, mientras seguía á Sayda Mirian—, esta dama es una persona real; sin duda es la sobrina del rey don Felipe, doña Ana de Austria; pero esta señora es monja; ¿cómo está á estas horas fuera del convento?

Entraron al fin en la habitación que ya conocemos: en la habitación que ocupaba en la pastelería Sayda Mirian.

Sentado junto á la mesa, en que había dos candeleros de cobre con velas de cera, con un traje negro de patricio veneciano, puesto el birrete y con espada y puñal á la cintura, estaba Gabriel de Espinosa.

La espada que llevaba ceñida, con rica empuñadura de oro, con corona real en el pomo, era la misma con que había combatido el rey don Sebastián en la batalla de Alcázar-Kivir, y que, como sabemos, había recogido del campo de batalla Sidy-Juzef-Al-Hhayzari, padre de Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa permaneció un momento mirando fijamente á los tres magnates portugueses que, por su parte, estaban mudos de asombro y de alegría.

Habían visto ó creído ver, que nosotros no lo sabemos, al rey don Sebastián.

La verdad es que, si Gabriel de Espinosa no era el rey don Sebastián, su actitud, su mirada, la expresión de su semblante, eran las de un rey.

Sayda Mirian completaba la fascinación de su grande y majestuosa hermosura, apoyada en el respaldo del sillón donde estaba sentado Gabriel de Espinosa, y fijando en los enviados portugueses una mirada grave y tranquila.

Gabriel de Espinosa permaneció por un momento sentado é inmóvil, y luego se puso lentamente de pie.

Sayda Mirian dejó de apoyarse en el respaldo del sillón, y Gabriel de Espinosa, que la tenía á su izquierda, la asió de la mano.

Los tres nobles, cuya fascinación, cuya turbación, cuya alegría aumentaban de momento en momento, cayeron de rodillas.

—¿Por qué te arrodillas tú delante de mí, ilustre duque de Coimbra, y vosotros, noble marqués de Almeida, valiente conde de Novoa, que no dobláis la rodilla sino ante Dios ó el rey?

El viejo duque de Coimbra miraba anhelante á Gabriel de Espinosa.

Estaba pálido, tembloroso, quería hablar y no podía; la conmoción embargaba su voz.

Otro tanto acontecía á Almeida y á Novoa.

Pero el semblante de los tres rebosaba la alegría y el orgullo.

Veían ó creían ver delante de sí á su querido, á su llorado, á su anhelado rey don Sebastián.

Sayda Mirian observaba con ansiedad mortal aquel reconocimiento mudo, pero indudable, de los tres nobles portugueses.

La mano de Mirian apretaba febril y temblorosa la mano de Gabriel, que miraba conmovido la turbación de los tres nobles y leales portugueses.

—¡Señor, señor!—dijo el duque de Coimbra, que al fin pudo hablar, con acento supremo y solemne—. ¡Conque no habéis muerto! ¡Conque Portugal puede al fin entregarse á la alegría y arrojar la vaina de la espada para combatir al lado de vuestra majestad, y ó con vuestra majestad morir, ó con vuestra majestad ser libre!

—Alzad, caballeros—dijo con voz serena Gabriel de Espinosa, y como quien está acostumbrado á recibir el homenaje de sus vasallos.

Los tres nobles se pusieron de pie.

Gabriel de Espinosa permaneció también de pie como un rey en audiencia, teniendo á Mirian asida de la mano.

—¡Estáis seguros, señores—dijo Gabriel de Espinosa sin perder ni un solo momento su serenidad y su facilidad en las maneras de rey—, estáis seguros de que yo soy don Sebastián de Portugal y no un impostor?

—Sí, sí, vuestra majestad es nuestro rey don Sebastián de Portugal—exclamaron los tres nobles.

—Ved lo que decís—dijo severamente Gabriel de Espinosa—, no sea que si soy vencido me neguéis después.

—Si sois vencido, señor—dijo el duque de Coimbra—, no podremos negaros, porque habremos muerto combatiendo á vuestro lado.

—Por última vez, señores, ¿estáis seguros de que yo soy el rey don Sebastián?

—Sí, sí, señor—contestaron los tres.

—Pues bien—dijo Gabriel de Espinosa presentándoles á Sayda Mirian—: he aquí á mi esposa; he aquí á vuestra reina, doña María de

Souza, que ha partido su destierro en Africa conmigo.

—¡Qué! ¿Su majestad la reina vuestra esposa—dijo el anciano duque de Coimbra—, es la noble doncella africana á quien vuestra majestad debe la vida, á quien Portugal debe su rey? ¡Ah, señoral Permitame vuestra majestad besar su mano en nombre de Portugal agradecido.

Sayda Mirian se quitó la mano de sobre los ojos adonde la había llevado para ocultar su conmoción, y la tendió al duque de Coimbra, que la besó de rodillas, y sucesivamente Almeida y Novoa, que á seguida besaron la mano de Gabriel.

Sayda Mirian lloraba de alegría, de felicidad.

Gabriel la amaba, no podía dudar de ello.

Doña Ana de Austria no era para él más que un medio.

Sayda Mirian se separó de repente de Gabriel, fué á la cuna, tomó á la pequeña Gabriela en brazos, y la presentó á los tres nobles:

—He aquí nuestra hija Gabriela de Portugal—dijo Sayda Mirian con un acento tal, que se comprendía claramente que no dudaba, que creía, como los tres nobles, que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián.

Sayda Mirian estaba engrandecida, más hermosa, más noble, más regia, por decirlo así, que nunca.

Se la habían quitado del alma dos pesos enormes.

El uno, la duda de si Gabriel la amaba ó no; el otro, la duda de si Gabriel de Espinosa era ó no el rey don Sebastián.

Aquellas dos terribles dudas la habían agobiado durante diez y ocho años, y al verse libre de ellas era completamente feliz.

Los tres portugueses estaban transportados de alegría, de entusiasmo.

Habían ido á buscar á don Sebastián, y no sólo le habían encontrado, sino que habían encontrado una familia real.

Además de eso, aquella mujer, tan noble y tan hermosa, les hablaba como Gabriel, con el lenguaje patrio, esto es, en el más correcto y puro portugués.

El duque de Coimbra y los otros dos señores besaron también la mano de la pequeña Gabriela.

A más de eso, Sayda Mirian, como no podía encubrirse, como estaba erguida, dejaba conocer

á las claras su avanzado estado interesante, como hoy se dice, lo que notaban con alegría los portugueses, porque podía muy bien suceder que la criatura que llevaba aún en su seno Sayda Mirian, fuese un varón en vez de una hembra, ó lo que para ellos era lo mismo, un príncipe real en vez de una infanta.

—Por las palabras que has pronunciado, primo duque de Coimbra—dijo Sayda Mirian que estaba aleccionada por Gabriel de Espinosa acerca de cómo debía de hablar y tratar á los portugueses—, por lo que te he oído, conoces mi historia.

—Nos la ha referido Guillén de Souza, arrancándonos lágrimas de entusiasmo por vuestra majestad, y de despecho porque no podíamos expresar á vuestra majestad nuestro amor y nuestro agradecimiento; Guillén de Souza, señora, nos ha dicho cuanto ha hecho vuestra majestad por su esposo el rey nuestro señor; sabemos que sin vuestra majestad, nuestro rey hubiera perecido abandonado entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir, donde todos los caímos el terrible día 4 de Agosto de 1574; todos sabemos que vuestra majestad veló junto al lecho de nuestro rey, disputándole á la muerte, y Portugal, que ha sabido esto con enternecimiento, ama á vuestra majestad, señora, y enloquecerá de alegría al verla sobre su trono, enriquecida con todas las dotes que el Altísimo puede dar á una dama: virtud, valor, grandeza y hermosura.

—¡Ah! No más, caballero, no más; ¡yo me siento morir de felicidad!—dijo Sayda Mirian dejándose caer con su hija en los brazos sobre un sillón.—¡Yo no sabía lo que era ser feliz!

Y rompió á llorar; peso con un llanto de alegría, de placer, sonriendo al mismo tiempo, con una sonrisa que iluminaba su hermosura, con algo de divino, y besando á su hija con un amor inmenso.

Sayda Mirian era un poema que exhalaba de sí una fragancia deliciosa, y envueltos en la atmósfera mágica que rodeaba á Sayda Mirian los tres nobles portugueses reventaban, por decirlo así, de orgullo y de entusiasmo.

—La conocéis y la admiráis—dijo Gabriel de Espinosa señalando á Sayda Mirian—; comprendéis con cuánta razón la amo, con cuánta razón he puesto sobre su cabeza la corona que de derecho me pertenece, y que podrá convertirse en

la corona del martirio; pero sin dejar jamás de ser la corona de mis padres y de mis abuelos: la corona de Portugal. La conocéis, conocéis á mi hija, sabéis que en las entrañas de mi esposa, porque harto claro se deja ver su estado, hay otro hijo mío, que verá pronto la luz, y que ó me engañan las señales que tengo, ó será príncipe. ues bien, caballeros, puesto que sois diputados de mi reino de Portugal, puesto que mi reino os ha dado amplios poderes para todo, jurad sobre la espada de vuestro rey, por vuestro honor y por vuestra alma, en nombre de mi reino de Portugal, lo que vuestro rey os va á decir.

Y Gabriel de Espinosa desnudó la indudable espada del rey don Sebastián, y presentó su brillante y ancha hoja á los tres nobles, que cruzaron sobre la espada real sus tres espadas desnudas.

—¿Reconocéis y juráis por reina vuestra á mi esposa doña María de Souza?—dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí; la reconocemos y la juramos por nuestra reina, ante Dios, ante la Santa Virgen María, ante San Dionisio, nuestro patrón, y en nombre del reino de Portugal, por nuestro honor y sobre nuestras armas—dijo el duque de Coimbra, cuyas palabras iban repitiendo inmediatamente los otros dos nobles.

—¿Reconocéis y juráis del mismo modo por vuestros príncipes á mis dos hijos, sus altezas la princesa doña Gabriela y el infante que ha de nacer, mediante Dios?

Los tres nobles juraron solemnemente.

—¿Juráis—añadió Gabriel de Espinosa, cuya voz se hacía á cada momento más solemne—si yo muero antes de llegar á Portugal ó en la demanda de mi trono, sostener con las armas hasta morir, los derechos de la reina mi viuda y los de los dos príncipes mis hijos?

Los tres magnates otorgaron con entusiasmo aquel juramento.

—Miradlo bien—repitió Gabriel de Espinosa acreciendo en solemnidad—; mirad que una desgracia cualquiera puede hacer que yo muera ahorcado como un impostor á manos de mi tío el rey don Felipe.

—Vengaremos á vuestra majestad, y podremos en el trono á aquel de vuestros hijos á quien el trono corresponda, ó Portugal quedará reducido á sangrientos escombros.

—Que Dios premie vuestra lealtad si así lo

hacéis; y si no lo hiciéreis, que Dios os maldiga por vuestra cobardía y por vuestra traición.

—Amén—dijeron los tres nobles—dando á aquel amén la fuerza de un solemnisimo juramento.

Gabriel de Espinosa retiró su espada y la envainó.

Lo mismo hicieron los tres nobles.

—Escuchad ahora—dijo Gabriel de Espinosa—: nadie nos oye; nadie sabe que vosotros conocéis al pastelero de Madrigal; vivís en su casa, como por casualidad, como huéspedes que pagan su posada; cuando me encontráis con mi humilde, pero necesario disfraz de hombre común y villano, miradme como miraríais á vuestro huésped el pastelero: ni más ni menos; tratadme con altivez; yo daré ocasión á que delante de todo el mundo me tratéis con desprecio; es necesario engañar á mi tío el rey de España, que tiene ojos y oídos en todas partes. Del mismo modo, cuando encontráis á la reina disfrazada con el humilde traje de labriega castellana, con la princesa doña Gabriela humildemente vestida en los brazos, guardaos de rendirla la más leve demostración de respeto; ni aun siquiera llevéis las manos á vuestros capacetes; obrad como obraríais si sólo supiéseis que era la hermosa nodriza de la hija de un pastelero, tal vez la manceba de un pastelero. Es necesario pasar ese triste camino; es necesario mentir; es necesario que el rey crea que sólo habéis venido para tomar por intercesora con él á mi prima doña Ana de Austria; os dirá que está destinada á ser mi esposa; guardaos de hacerla comprender que yo la engaño, como por necesidad lo hago. Lo que sucede es inevitable: así lo ha querido Dios; me he visto abandonado por Venecia y por Francia; se me han cerrado las puertas de Inglaterra; no he podido esperar en un reino amigo á que Portugal se prepare para el combate, y ha sido una fortuna que fray Miguel de los Santos haya podido seducir, engañar, á doña Ana de Austria, á fin de que sin el que el rey de España pueda sospechar, pudiérais venir á recogerme para volver á testificar á los portugueses que su rey vive y está dispuesto á morir, no sólo por recobrar su corona, sino también por volver á su patria su perdida libertad; que lo que ha sucedido aquí quede guardado profundamente en vuestra conciencia; que nadie lo sepa hasta que volváis á Portugal; toma mi espada y guar-

dala, duque de Coimbra; en mi poder la espada de los reyes de Portugal es un peligro; guárdala tú, noble descendiente de los heroicos duques de Coimbra; guárdala para entregarla á tu rey, desnuda y pronta á herir cuando tu rey pise armada la querida, la suspirada playa de Lisboa.

—¡Ah, señor!—dijo el duque de Coimbra con las lágrimas en los ojos tomando la espada y besándola en la cruz, donde estaban esmaltadas las armas de Portugal—; Dios quiera que no tarde el día en que yo devuelva á vuestra majestad esta arma sagrada, para que en las manos de vuestra majestad sea la espada terrible como el vaye de la patria esclava, que rompe sus cadenas y se levanta para combatir.

—Guárdala, y sé prudente; como desaparece esa espada en tus manos, los trajes que vestimos desaparecerán también; nada nos quedará, sino lo que buenamente puede pertenecer á un villano.

—Por lo mismo, mis buenos amigos—dijo Sayda Mirian levantándose y dejando en la cuna á la pequeña Gabriela que se había dormido— para en el caso de que sobrevenga un registro fortuito, la reina va á daros algunas alhajas que valen muy poco para lo que somos; pero que causarían sospechas encontradas en poder de unos pobres villanos.

Y Sayda Mirian se acercó á una arca de pino, la abrió, sacó un cofrecito de oro labrado con arabescos esmaltados, y le llevó sobre la mesa y le abrió.

—Aquí están, amigos míos, las ajorcas y las arracadas que yo tenía sobre mí cuando encontré casi cadáver en Alcázar-Kivir al rey, mi señor; aquí están también la gargantilla, la cruz de oro, las arracadas y los brazaletes que yo llevaba puestos el día en que me desposé en Africa con vuestro rey; aquí está la cruz que pendía del cuello de mi primer hijo muerto; aquí la cruz de mi hija doña Gabriela; toma tú, duque de Coimbra, esta es la cruz mía; toma tú, marqués de Almeida, la cruz de mi pobre hijo don Sebastián, que si viviera sería ya mozo y capaz de combatir al lado de su padre; toma tú, conde de Novoa, la cruz de mi hija doña Gabriela; ponedlas pendientes de vuestro cuello sobre vuestro corazón, y que ellas os alienten, recordándoos que yo os las doy para servir lealmente hasta morir á vuestro rey.

Necesario es conocer el carácter especial, el

orgullo y el entusiasmo de los portugueses para comprender el efecto que causó en los tres magnates este tierno y hermoso rasgo de Sayda Mirian.

Toda su alma, toda su sangre eran de Gabriel de Espinosa y de su familia.

La bravura ardía en sus nobles semblantes; las lágrimas asomaban á sus ojos; estaban transportados; besaron las cruces que Sayda Mirian les había dado y las guardaron en su pecho sobre su corazón.

—Toma estas pobres alhajas, Coimbra—dijo Sayda Mirian—, y guárdalas; no te las regalo, porque son testigos de dos horas de felicidad inmensa de vuestra reina; las unas estaban sobre mí en el momento en que volví á la vida vuestro rey; las otras me recuerdan el momento más venturoso de mi vida: aquel en que, enamorada, loca, fui su esposa en cuerpo y en alma. Por eso no te las doy; por eso no las he vendido, aunque bien sabe Dios cuán pobres y cuán necesitados estamos.

—Vuestras majestades, señora—dijo el duque de Coimbra poniendo bajo su brazo, junto á la espada real que antes le había entregado Gabriel, el cofrecillo que Sayda Mirian le había dado—, vuestras majestades no son pobres desde el momento en que el reino de Portugal, representado por nosotros, grandes del reino, elegidos por todos los grandes, hemos reconocido á vuestras majestades y les hemos rendido pleito homenaje, como nuestros señores naturales, en nombre de Portugal. Yo venía prevenido de algún dinero que se ha recogido voluntariamente, y, por lo pronto, voy á entregar á vuestras majestades dos mil doblas de oro que me han sido entregadas.

—No me las entreguéis—dijo Gabriel de Espinosa—; dadlas á fray Miguel de los Santos, que en su poder no nos traerán un quebranto; no quiero tener en mi casa nada que cause sospechas.

—Mañana mismo recibirá fray Miguel de los Santos esa cantidad—dijo el duque de Coimbra.

—Yo—dijo Gabriel de Espinosa—, por mi voluntad no me separaría de vosotros; teniendo á mi lado, me parece que me rodea todo mi reino de Portugal. Esta humilde estancia me parece la cámara real de mi palacio de Lisboa; este humilde suelo, la grada más alta de mi trono; pero es necesario ser prudentes, es neces-

rio abreviar. Tomad una carta que he escrito antes de que viniérais para que la guardéis y la mostréis en Portugal, cuando volváis, á mis grandes y á todos mis leales portugueses que estuvieren en el secreto y se acercaren á vosotros.

Y sacando de su ropilla una carta doblada, pero sin cerrar, la entregó al duque de Coimbra, que instintivamente desdobló la carta, se acercó á una luz y la examinó.

—¡Ah, señor!—dijo—, los altos dignatarios de Portugal, que conocen vuestra escritura, no podrán ni aun dudar de lo que les diremos, cuando vean esta carta de vuestra majestad.

—Por eso la he escrito—dijo Gabriel—; bueno es que, á más de vuestro dicho, que vale cuanto puede valer, porque nadie puede dudar de vuestro honor y de vuestra lealtad, llevéis con vosotros una prueba indudable. Ahora volvéos á vuestro aposento; olvidaos, mientras estéis en España, de que me habéis visto, de que me habéis hablado esta noche; pero recordadlo todo sin perder lo más mínimo cuando volviéreis á Lisboa, que será pronto, porque el rey don Felipe, por la intervención de doña Ana de Austria, tardará menos de lo que acostumbra en despachar los asuntos aparentes que habéis tomado por pretexto para venir á Castilla. Aconsejaos con fray Miguel de los Santos acerca de lo que debéis hacer cuando habléis con doña Ana de Austria, y adiós.

Los tres magnates besaron las manos á Gabriel de Espinosa y se volvieron silenciosamente á su habitación.

Nadie podía saber que en la pastelería de Gabriel de Espinosa había sido reconocido en la noche del 4 de Septiembre de 1578 el rey don Sebastián de Portugal, en la persona de Gabriel de Espinosa, por una diputación de la alta nobleza del reino de Portugal.

—¡Oh!—exclamó Sayda Mirian, arrojándose delirante de alegría en los brazos de Gabriel de Espinosa, resplandecientes la mirada y el semblante, apenas salieron los tres magnates—; ya no puedes mantenerme en la horrible incertidumbre de si eras Gabriel de Espinosa ó don Sebastián de Portugal, rey mío; ya no tiemblo; ya no dudo por tu amor; ya no me estremezco por el porvenir de mis hijos; ¡qué feliz soy!

Y en los ojos de Sayda Mirian lució un ardiente relámpago de pasión, y su boca, contra-

da por el amor, estampó un hambriento beso en la boca de Gabriel.

—Yo también soy feliz—dijo Gabriel de Espinosa—porque al fin he vencido mi locura; porque he cumplido con mi amor y con mi deber partiendo mi trono con mi ángel salvador, con mi alma, con la madre de mis hijos.

—Has dicho mi trono—dijo Sayda Mirian, siempre con los brazos echados al cuello de Gabriel, sonriéndole y mirándole con la embriaguez de la locura de la mujer de alma poética y de gran corazón, enamorada y feliz.

—Sí—dijo Gabriel gravemente—; he dicho mi trono, no porque el trono de Portugal haya sido mío, que eso Dios y yo lo sabemos, sino porque he hecho mi última prueba y ya le tengo por mío.

Ocultóse bajo una nube de tristeza la radiante alegría de Sayda Mirian.

—Esos nobles—dijo—han palidecido al verte; sus miradas se han extraviado, ha pasado por ellos algo terrible y han caído de rodillas á tus pies; yo los observaba, los observaba con ansia, quería saber lo que pasaba por ellos; y ni un solo momento han vacilado, ni un solo momento han dudado, y es que no podían dudar, es que tú eres el rey don Sebastián.

—Si yo no hubiera sabido que la duda era imposible, que necesariamente debían creerme su señor el rey don Sebastián, yo no me hubiera expuesto á la vergüenza ni al peligro de que me reconociesen impostor.

—¿Pero por qué tenías esa seguridad, sino porque eres don Sebastián?—dijo anhelante Sayda Mirian.

—Porque desde el momento en que volví á la vida, tú me trataste como rey; porque tú me dijiste que sobre el campo se habían encontrado dos cadáveres exactamente iguales y heridos por casualidad en las mismas partes del cuerpo; tú me dijiste que la herida de la mano del otro era transversal, mientras que la mía es recta; hoy sólo se acuerdan de una mano herida, de una cabeza y de un pecho heridos; el rey don Sebastián tenía dos lunares de sangre sobre el hombro derecho, y yo tengo la cicatriz de una bala en el mismo lugar donde tenía los dos lunares el rey don Sebastián. Además de eso, don Sebastián, siendo infante, recibió en una aventura amorosa una larga herida en la parte anterior del brazo derecho.

—Tú también tienes la cicatriz de esa herida—dijo Sayda Mirian.

—Yo sabía la aventura del príncipe don Sebastián por la misma dama por quien don Sebastián riñó, matando á un hidalgo imprudente, que enamorado de la dama había provocado á don Sebastián. Desde que vi en Africa que los cautivos portugueses que habían conocido al rey don Sebastián me tomaban por él, me preparé para el día en que me fuese posible presentarme como su rey á los portugueses. Entonces, yo mismo me hice esa herida cuya cicatriz tengo en el hombro.

—No, no; desde que estás á mi lado no has estado nunca herido.

—Yo me hice esa herida durante una de mis expediciones marítimas, y no volví á Túnez sino cuando la herida estuvo cicatrizada.

—Yo te he visto siempre esa cicatriz—dijo Sayda Mirian.

—Tú no puedes jurarlo—dijo severamente Gabriel.

Sayda Mirian vaciló.

—Además, antes de ir á Africa, sabía yo que me parecía completamente al rey don Sebastián, y el rey don Sebastián lo sabía también: lo sabía todo el que nos conocía á los dos; sólo nos diferenciábamos en la voz y en que él era rey y yo soldado.

—Pero si eso es cierto—dijo Sayda Mirian—tú eres un impostor, y yo no quiero que seas impostor; te quiero mejor pobre pastelero que rey infame. Pero esto no es verdad, no; tú eres el rey don Sebastián; á más del reconocimiento de tus vasallos, á más de las señales que tienes sobre tu cuerpo, en tu mirada, en tu semblante, en tus palabras, en todo lo que haces, en todo lo que dices, aparece la majestad de un rey.

—¿Y qué un soldado español no vale tanto como un rey?

—No, no y cien veces no; no puedes engañarme, dí lo que quisieres; pero tú eres indudablemente para mí el rey don Sebastián.

—No lo he dicho yo sino á los que ha sido necesario decirselo; ellos lo han oído, nadie más lo oirá; te lo repito, María, Dios y yo sabemos solamente quién yo soy.

—Y yo también—dijo Sayda Mirian.

—Si así lo crees, inútil será que yo me esfuerce en probarte lo contrario.

—¿Pero y esa carta que has entregado al du-

que de Coimbra, y en la cual ha reconocido la escritura del rey don Sebastián?

—Tú no me has visto escribir esa carta; esa carta, pues, puede haber sido falsificada.

—Quiera Dios que estemos pronto sobre el trono de Portugal.

—Entonces, como ahora, sólo Dios y yo sabremos si soy ó no don Sebastián de Portugal, el impostor ó el rey.

Y después de esto, la conversación fué terminando, porque Gabriel de Espinosa se recogió al lecho, y á poco se durmió.

Sayda Mirian se quitó su traje de dama, tomó el de caballero que se había quitado Gabriel de Espinosa, y se puso á cortar aquellos dos trajes en pequeños pedazos con unas tijeras.

Antes del amanecer, Gabriel de Espinosa se levantó, tomó aquellos pedazos que estaban envueltos en un paño, bajó al huerto, puso piedras en el paño, ató sus puntas y arrojó el envoltorio al pozo de la noria.

Nada quedaba ya que en un registro pudiera hacer sospechoso al pastelero de Madrigal.

CAPÍTULO X

EN QUE EL ALCALDE DE CASA Y CORTE DON LUIS PORTOCARRERO, SE ENCUENTRA CON QUE NADA TENIA QUE HACER POR LO PRONTO EN LA VILLA DE MADRIGAL, CON OTROS SUCESOS QUE SE RELATARÁN.

Aquella misma noche llegó á Madrigal el alcalde don Luis Portocarrero con su adjunto escribano Cosme Pedralva y su reata de seis alguaciles pendencieros, cada uno de los cuales llevaba colgada del costado una tizona más grande que él, y que pudiera hacerle decir á un chusco, que el alcalde no llevaba seis alguaciles con espada, sino seis espadas con alguaciles.

Cuando el alcalde Portocarrero entró en el pueblo, estaba obscuro como boca de lobo, y se vió obligado á aporrear la puerta de la casa de Ayuntamiento, hasta que después de un largo aporreo apareció un alguacil lego, esto es, un alguacil de la villa, que asomando su cabeza por un ventanillo puesto allá junto al tejado, dijo con la voz más grosera y más insolente del mundo:

—¿Qué se les ocurre á estas horas? Si vienen á que se les haga justicia, espérense á que Dios

haya amanecido, se haya levantado el alcalde, y se les hará toda la justicia que fuere menester.

—Baje enhoramala, don Perdido—dijo despreciativamente el escribano Cosme Pedralva—, si no quiere que mañana por la mañana le arriremos un trato de cuerda á las ancas que ponga el grito en el cielo y salte la sangre á los tejados.

—Me alegraría yo de saber quién es capaz de azotarme á mí en la villa—dijo el alguacil urbano, ó más bien villano, porque Madrigal era villa y no ciudad.

—Pues dad por recibido medio ciento de los buenos—dijo con la voz fuera de tono el alcalde Portocarrero, porque le había sacado de quicio la insolencia del alguacil municipal.

Siempre ha existido una gran antipatía, no sabemos por qué, entre el municipio y la justicia ordinaria.

En aquellos tiempos, un alcalde pedáneo de un villorrio incógnito se creía no menos que un rey y no podía sufrir al alcalde realengo ó de casa y corte que creía llevar asido al rey por los cabezones.

Así es que, nada tenía de particular la insolencia del alguacil madrigaleño, que se creía no menos que el rey en persona; ni tampoco tenía nada de particular el disgusto de aquella sección de la justicia ordinaria, que se componía del alcalde Luis Portocarrero, del escribano Cosme Pedralva y de seis alguaciles apaleadores de rompe y rasga.

—¿Y quién es—dijo desde el ventanillo el de Madrigal—, el que le va á aplicar medio ciento de azotes en las ancas al ministro Anguila?—dijo el alguacil villano con su insolente voz nasal llevada al colmo de la insolencia.

—¿Quién ha de ser—dijo con voz estentórea y terrible el escribano Cosme Pedralva—, sino su señoría el señor alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid, alcalde don Luis Portocarrero?

Nada se oyó en contestación á estas palabras.

El alguacil Anguila había enmudecido como hubiera enmudecido un griego antiguo á la vista de la cabeza de Medusa. Pero lo cierto es que, apenas acabadas de pronunciar por Pedralva sus feroces palabras, feroces por la manera con que las había dicho, y habiendo transcurrido cuando más seis segundos, se abrió de golpe la puerta

de la casa de ayuntamiento y apareció en ella un hombreillo en paños menores, descalzo, liao en una tabardina y con un candil en la mano.

—¿Quién sois vos?—dijo el alcalde Portocarrero, soltando la carcajada al ver aquella ridícula figura.

—¿Pues no he dicho ya—dijo con voz humilde y compungida el del candil—, que yo soy Periquete Anguila?

—¿Y cómo diablos estais ahí, cuando hace un momento estabais junto al tejado?

—Señor, á mí me llaman Anguila porque me escurro y me deslizo, y en un abrir y cerrar de ojos, quien me vió aquí me encuentra allá.

—Pues que os llamen anguila ó relámpago, y dadle gracias á Dios de lo pobre diablo y de lo divertido que sois, y de que yo lo tomo á risa y me olvido de lo de los cincuenta azotes.

—Pues mire vuestra señoría—dijo Anguila—, que si quien llama y á quien yo respondo es el señor don Rodrigo de Santillana, me manda su merced tratar de manera que no me queda hueso sano.

—¿Y quién os manda á vos—dijo benévola-mente Portocarrero, que era un buen sujeto, y echando pie á tierra de su mula—, insolentaros con quien no sabéis quién es ni lo que puede?

Y el alcalde, acompañado de su escribano y de sus alguaciles, que habían echado pie á tierra, se entró en el zaguán de la casa ayuntamiento.

—Es, señor, que estamos llagados de estudiantes—dijo meticulosamente el corchete municipal—; no hay noche en que no me despierten diez veces: —“Anguila, échate acá, que ya traemos el aceite hirviendo y te cenaremos; Anguila, pregúntale á las siete cabrillas qué hora es; Anguila, mira por dónde anda la hija del tío Carcamales, que se ha perdido y dice su padre que anda en las costuras del manteo de un estudiante; Anguila, hijo, échate acá abajo para que yo me limpie las narices contigo, porque me he dejado el pañuelo en el Seminario.” —Y eso, cuando no me sueltan una pedrada diciéndome: —“Allá va eso, hermano Anguila, para que calientes el estómago si, como es muy probable, te has acostado sin cenar.” —¿Qué sabía yo, si en vez de ser un respetabilísimo alcalde de casa y corte el que llamaba á la casa de ayuntamiento, eran los endiablados de los estudiantes que venían á darme matracá?

Riéronse todos, no ya sólo por lo que había dicho Anguila, sino también por la ridícula caricatura que representaba su persona, y el alcalde le dijo:

—Os perdono de vuestras impertinencias por las razones que me habéis expuesto; pero ven-gamos á lo que importa: es ya la media noche y necesito aposentarme yo y que se aposente esta honrada gente de justicia que viene conmigo.

Apenas oyó esto el alguacil Anguila, fijó el candil por su extrmsmo en una grieta de la pared, y se escurrió, perdiéndose de vista y volviendo á aparecer instantáneamente con algunas llaves puestas en una correa.

—Venga vuestra señoría tras mí, que en un cerrar y abrir de ojos va á estar vuestra señoría aposentado.

Y apretó á correr hacia fuera.

—¡Ehl! ¡Ministrol!—dijo el alcalde Portocarre-ro—, ¿á dónde diablos vais descalzo?

—¿Eso qué le hace? Voy allá al frente de la plaza.

Y desapareció.

—Alguacil divertido tenemos—dijo el alcalde Portocarrero adelantando hacia la salida.

—¡Ehl! ¡Aquí, señor alcalde! ¡A los soportales de enfrente!—gritó desde el otro extremo de la plaza la voz del alguacil Anguila.

—Ese hombre debe tener familiar—dijo rien-do el alcalde Portocarrero y andando en la di-rección que le había marcado la voz de Anguila.

Decir que un hombre tenía familiar era, en el lenguaje de aquellos tiempos, lo mismo que decir que un hombre tenía el diablo en el cuerpo, ó lo que es igual, que había hecho pacto con el diablo. A esto daba con razón lugar la increíble é inaudita ligereza de Anguila.

Antes de llegar á la mitad de la plaza, sirvie-ron de guía al alcalde y á su gente dos luces que Anguila tenía levantadas en las manos.

Cuando llegaron, vieron que aquellas dos luces provenían de dos velas de cera puestas en candeleros de metal.

—¿Quién vive en esta casa?—preguntó el doc-tor Portocarrero al alguacil Anguila.

—Nadie, señor; esta casa es del Ayuntamien-to de la villa, estaba desalquilada desde hace algún tiempo, y en ella ha vivido desde que vino á Madrigal hasta que esta tarde se ha marchado, el señor alcalde de casa y corte don Rodrigo de Santillana.

—¡Ah! ¿Aquí ha vivido don Rodrigo?

—Sí, señor; y como se ha ido esta tarde, no se han sacado todavía ni las camas ni los muebles, por lo que vuestra señoría no tiene que ir á una posada, porque ya está preparado su aposentamiento.

En esto ya habían entrado en la sala baja donde hemos asistido anteriormente á la entrevista entre Aben-Shariar y don Rodrigo de Santillana.

Todo estaba en el mismo estado en que lo vimos entonces. Sólo había la diferencia de que la mesa estaba completamente limpia de papeles, pero quedaban media docena de plumas en el gran tintero de mármol.

—Que se acomoden como puedan los alguaciles—dijo el alcalde Portocarrero á Pedralva—; que suelten las bestias en el patio, y vos—añadió dirigiéndose á Anguila—, ved si hay dos lechos para el señor Cosme Pedralva y para mí.

—Voy á hacer á vuestra señoría la cama que está allí en aquel rincón—dijo Anguila dejando los candeleros sobre la mesa, y deslizándose con una velocidad increíble hacia el otro extremo de la sala.

—Para correo valeis de oro diez veces más de lo que pesais—dijo el alcalde Portocarrero, á quien había puesto de buen humor el rarísimo alguacil Anguila.

—Sébase vuestra señoría—dijo Anguila volviendo y golpeando los colchones de la cama—que más de una vez he llevado yo pliegos del señor don Rodrigo de Santillana al señor presidente de la Chancillería de Valladolid, sin echar en el camino más de media hora, y me he vuelto en otra media, sin descansar más tiempo que lo que han tardado en darme la contestación y un momento para echar un cuartillo en la taberna que he encontrado al paso.

—Hacedme la merced de decirme—dijo Pedralva, que era el tunante más socarrón del mundo—si os disparan con arcabuz desde Madrigal cuando vais á Valladolid, y os vuelven á disparar desde Valladolid cuando volveis á Madrigal.

—Yo no lo sé—dijo Anguila—; pero la verdad es, que en cuanto yo echo á andar, me entra un tal movimiento de piernas, que aunque yo quisiera andar despacio no podría; pero ya está hecha la cama del señor alcalde, y tan bien hecha, que apostaría cualquier cosa á que su

señoría no ha dormido en cama tan bien Mullida como en la que va á dormir esta noche.

—Pues aunque me pidan lo que me pidieren—dijo el alcalde Portocarrero—, os tomo desde ahora por mi criado, solamente por el gusto de tener á mi servicio una ardilla.

—Pues advierto á vuestra señoría que va á tener un pleito enrevesado con el corregidor y los veinticuatro de la villa, que no me sueltan á tres tirones. ¡Bah, bahl Como Madrigal ha sido muchas veces dotes de reinas, tiene el privilegio de villa, de voto en corte, en mancomunidad con Medina del Campo y Arévalo; Madrigal es una muy noble é ilustre villa, señor alcalde, tiene alcázar, y en el vivió mucho tiempo la señora reina doña Isabel, de gloriosa memoria, cuando era infanta. Madrigal la crió, y la cercana villa de Medina del Campo la vió morir en su castillo, y el guión y la monguilla y los clérigos y los regidores y toda la gente de Madrigal, fueron á la hora á acompañar el entierro de la reina; si no, ahí están el tío Perote y el tío Rodajas, que el uno tiene noventa y cinco años, y el otro ciento, que llevaron cirios en el entierro, y que cuentan maravillas de la riqueza y de la pompa con que asistió la villa de Madrigal al entierro de la reina Isabel.

—Gran reina, gloria y orgullo de España—dijo el alcalde Portocarrero.

—El tío Perote y el tío Rodajas lloran cuando hablan de ella—dijo Anguila—, y dicen que en los tiempos de los señores Reyes Católicos, nadie maltrataba como ahora á los pueblos, y que cuanto más pobre era y más desdichado el que iba á pedir justicia á la reina doña Isabel, con tanto mayor gusto y más paciencia, y como una madre le oía su alteza.

—En cambio—dijo el doctor Portocarrero poniéndose serio—, los pueblos no estaban tan díscolos como ahora, ni era menester comisionar especialmente un alcalde de casa y corte para poner en temor de Dios y del rey á una villa de mil vecinos como Madrigal.

—Los estudiantes y los frailes y las monjas tienen la culpa—saltó Anguila—, que si los padres agustinos no dieran alas á los estudiantes, y la señora doña Ana de Austria no quisiera que las imágenes de su convento y las de los frailes tuvieran más privilegios que las de la parroquia y las de las capillas y oratorios de la villa, no se hubiera armado la zalagarda que se

armó el 15 de Agosto último entre los estudiantes y los tejedores, sobre si había de esperar Nuestra Señora de la Soledad á que pasase Nuestra Señora de las Azucenas, ó que se esperase ésta. Por cierto que todavía me está á mí deliando un hombro del descomunal cintarazo que me apretó en aquella zalagarda el bachillero Corchuelos, y que si algo siento en este mundo y sentiré mientras viva, es que no hayan ahorcado ó echado por lo menos á galeras, que bien lo merece, al tal diablo de bachiller, que es el estudiantón más malo del seminario.

—Pues descuidad, maese Anguila, que ya os saldreis con vuestro gusto, si yo encuentro méritos en lo que el señor Corchuelos hubiere hecho para ahorcarle ó enviarle á galeras, ó adonde fuere menester.

—Pues tendrá vuestra señoría que esperarse á que se arme otra baraúnda, porque en lo tocante á lo del 15 de Agosto, ya no hay nada que decir.

—¿Cómo es eso? ¿Pues á qué vengo yo á Madrigal sino á terminar con eficacia los procesos que haya dejado pendientes en la villa mi compañero don Rodrigo de Sanlillana?

—Es que en la villa no queda, por desgracia, ningún proceso pendiente, ni hay un solo preso en la cárcel, y vuestra señoría tendrá que estarse con las manos cruzadas hasta que caiga qué hacer, que no tardará mucho; porque los benditos de los estudiantes son la piel del diablo, traen locas á las mozas, y están picados con los del pueblo, y los del pueblo con ellos.

—¿Cómo es eso?—dijo el alcalde Portocarrero.

—Como que el rey nuestro señor ha indultado por una real carta de gracia y por la intercesión de su sobrina la señora Ana de Austria, á todos los que fueron presos por el alboroto del 15 de Agosto.

—Pues ya que el rey nuestro señor ha sido misericordioso con ellos, el primero que caiga paga por todos—dijo el alcalde Portocarrero—; idos con el señor Cosme Pedralva, y acomodadle bien. Buenas noches, y hasta otro día.

—Dios dé á vuestra señoría muy buenas noches—dijo Anguila—, y salió con el escribano, y con una de las luces que tomó de sobre la mesa, dejando solo al alcalde, de quien se despidió Pedralva de una manera familiar, aunque respetuosa, como se despiden dos antiguos conocidos.

Como el alcalde había trasnochado, se levantó un poco tarde, es decir, á las siete de la mañana estaba entre sábanas, y no eran menos de las nueve cuando lavado y vestido tomó su vara, y acompañado de Pedralva y de dos alguaciles, se dispuso á salir para presentarse en el pueblo y dar á conocer con su presencia que no por haberse ido de Madrigal don Rodrigo de Sanlillana, dejaba de haber alcalde de casa y corte en el pueblo.

Apenas el alcalde Portocarrero había salido de su alojamiento, cuando vió venir como un rehilete, con su traje y su varilla negra de alguacil al inolvidable Anguila.

—Señor alcalde—dijo llegando junto á él y quitándose su gorrilla—; ya tiene vuestra señoría ocasión de sentar la costura á su placer al bachillerón Corchuelos; ¿ve vuestra señoría lo levantado que tengo este carrillo, y lo colorado que debe estar, porque me echa fuego?

—Sí, hombre, sí; ¿qué os ha sucedido?

—Nada, señor alcalde—dijo Anguila creciendo en la indignación con que había empezado á hablar—; esto no es más que una bofetada de las de á diez quintales, que me ha disparado el susodicho bachiller en esta cara, que es la cara de vuestra señoría, porque vuestra señoría representa aquí al rey, y yo también le represento, aunque en grado mínimo, como mínimo ministro de justicia.

—Pues ahí me las den todas—dijo riendo el alcalde Portocarrero al soltar esta frase, que ha venido á ser un adagio vulgar.

—Pues yo pido un escarmiento, ó no habrá justicia en la tierra, y nos maltratarán á todos los oficiales de justicia que servimos lealmente al rey nuestro señor.

—¿Pero qué ha sucedido?—dijo ya seriamente el alcalde Portocarrero.

—Lo que sucede es que allí en la pastelería se van á matar; porque por la María Juana, que en mal hora vino al pueblo, el bachiller Corchuelos y Gabriel de Espinosa el pastelero, están espada en mano, y están revueltos en la broma sin lograr que los respeten tres señores principales, tres príncipes ó duques que han venido de Portugal, y van acudiendo estudiantes y pelaires, y se va á armar una, que como vuestra señoría no lo corte á tiempo, el suceso va á ser tal, que se va á quedar en mantillas lo del 15 de Agosto.

Y como obedeciendo á un impulso superior á

sus fuerzas, Anguila se volvió y apretó á correr hacia la pastelería con un trotecillo menudo y ridículo, pero con una velocidad inaudita.

—Uno, al momento, que vaya á avisar á los otros cuatro que vengan—dijo el alcalde Portocarrero—, y dió á correr también acompañado de Pedralva y del otro alguacil, y contento porque le había caído que hacer, hacia la pastelería, á la cual, en efecto, iban llegando algunos estudiantes y algunos menestrales, y dentro de la cual se oían voces acaloradas.

Veamos por qué causa había recibido aquella descomunal bofetada el corchete municipal Periquete Anguila.

Era aquel día día de Santa Obdulia, y había en una capilla de la iglesia parroquial una imagen de esta Virgen y mártir, á la que se tenía por milagrosísima en la villa, y en cuyo altar se decía una misa, que por devoción y por costumbre de los de Madrigal, era tenida como segunda misa de precepto.

Sayda Mirian, de una parte por devoción, y de otra porque Gabriel de Espinosa no quería dar lugar á murmuraciones, porque de todo se murmura en los pueblos, respetando la costumbre, había bajado para ir á la misa de Santa Obdulia á la iglesia parroquial.

Al atravesar la sala de despacho de la pastelería, un estudiante, que no era otro que el bachiller Corchuelos, que estaba dando cuenta de una empanada y había consumido ya dos cuartillos, la vió más hermosa que nunca, porque el reconocimiento de Gabriel de Espinosa y de ella misma como reyes de Portugal por los tres magnates portugueses, la había causado una alegría que la hacía aparecer radiante de juventud y de hermosura, y como parecía ir sola, porque Gabriel de Espinosa, que venía detrás, estaba todavía en lo alto de las escaleras, Corchuelos abandonó su almuerzo, y antes de que Sayda Mirian llegase á la puerta, se le puso delante con una audacia procaz y una sonrisa repugnante, y la dijo:

—Antes de dejar ir sola á una perla como tú, perdería yo todos mis grados y el ala izquierda del corazón, lucero; ya sabes tú que yo me desvivo por ti, y que te he dado músicas y te he seguido como á la sombra, y lo que es de hoy no pasa, sin que logren premio mis fatigas.

Sayda Mirian, que había escuchado muda de indignación al estudiante, se retiró dos pasos al

ver que Corchuelos llevaba su audacia hasta extender la mano hacia ella, y exclamó trémula de ira:

—¡Quitáos de delante, miserable, ú os pesa!

—¿Y quién ha de hacer que me pese?—exclamó con insolencia Corchuelos viendo al viejo Gil López que acudía—; ¿ese vejete que no tiene fuerza para mantenerse en pie? Vamos, déjate querer, paloma; vente conmigo y hablaremos, que hablando se entienden las gentes, y no te ha de pesar.

—¡Apartad enhoramala!—gritó Sayda Mirian, retrocediendo, porque Corchuelos se acercaba más y más á ella.

—¡Aquí muchachos con las estacas!—dijo Gil López, llamando á los mozos de la pastelería.

En aquel momento se sintió bajar violentamente por las escaleras, y apareció Gabriel de Espinosa, que livido de cólera, se lanzó sobre el estudiante, que al verle se hizo atrás tomando rápidamente distancia, y tiró de su espada.

Gil López y Sayda Mirian se arrojaron sobre Gabriel de Espinosa y le contuvieron, al mismo tiempo que los dos mozos de la pastelería acudían con garrotes.

—¿Qué vas á hacer, Gabriel?—dijo Sayda Mirian—; no te pierdas, ni pierdas tu casa por un estudiante borracho.

—¿Cómo te llamas, miserable?—dijo Gabriel de Espinosa sacando su cabeza livida de coraje por entre Sayda Mirian y Gil López, de los cuales no podía desasirse—; dímelos y vete, porque no me dejan llegar á ti y acude gente, y yo necesito buscarte para matarte.

—Lo mismo me buscarás tú—dijo soltando una insolente carcajada Corchuelos—, que yo busco á mi abuela; tú eres un cobarde, y no mereces tener á esa real moza.

Gabriel rugió, llevó delante de sí á Sayda Mirian y á Gil López, mientras los mozos no se atrevían á llegar al estudiante, porque tenía fama de valiente, y algunas personas se paraban delante de la pastelería.

A este tiempo, habiendo oído la voz de Gabriel de Espinosa, el duque de Coimbra y los otros dos nobles, ó lo que para ellos era lo mismo, la voz del rey don Sebastián, acudieron con sus ayudas de cámara.

—¡Ténganse todos!—exclamó hablando mal en castellano el duque de Coimbra, á tiempo que Gabriel, desasiéndose por un violentísimo

sacudimiento de Sayda Mirian y de Gil López, desnudaba una larga daga que llevaba por única arma á la cintura, y se iba sobre el estudiante, que se puso en guardia.

—¡Atrás ante el duque de Coimbra, pastelero villano!—gritó el duque, poniéndose entre los dos contendientes, mientras Sayda Mirian y Gil López pugnaban en vano por asir de nuevo á Gabriel.

—¡Quitate tú de enmedio, Coimbra!—exclamó Gabriel de Espinosa, que estaba fuera de sí de furor.

Entretanto, Corchuelos enviaba enhoramala á Almeida y á Novoa, que le habían intimado se retirase con su insoportable altivez portuguesa.

Nadie se entendía, todos gritaban, los tres nobles estaban puestos en medio de Gabriel de Espinosa y del estudiante, y los tres ayudas de cámara habían subido á coger tres espadas para hacer que Corchuelos se fuese más que á paso, cuando sobrevino todo rapidez y todo celo Periquete Anguila, sin otras armas que su varilla negra de corchete, y se puso verde, lívido y amojamado al ver á Corchuelos, contra el cual había contraído un odio de muerte desde que Corchuelos le había metido el cintarazo y le había hecho andar de medio lado durante quince días.

Anguila se enderezó, se estiró creciendo lo menos cuatro dedos, y dijo echando fuego por los ojos y tocando con su varilla en el hombro á Corchuelos:

—¡Dese preso el bachillerón bergante, al rey nuestro señor!

Pero sentirse tocado Corchuelos con la varilla de Anguila, levantar el brazo izquierdo, darle aire, sacudir como única contestación una horrible bofetada de revés á Anguila, que de resultas dió tres vueltas sobre sí mismo, fué todo obra de un momento, y obra de otro momento fué el volver en sí Anguila, comprender su impotencia y tomar á escape el camino de la casa del alcalde don Luis Portocarrero para pedirle venganza.

Ya hemos visto, que apenas dado parte de suceso al alcalde de casa y corte, Anguila, más alentado ya, se volvió con una rapidez casi eléctrica á la pastelería, esto es, al lugar de la pendencia.

Fuera, cinco ó seis estudiantes que habían acudido empezaron á insolentarse, puestos de parte de Corchuelos, con otros seis trabajadores

y menestrales que se ponían de parte del pastelero.

Dentro, Gabriel de Espinosa rugía como un león y llenaba de improperios á todos los que le contenían, incluso los tres grandes.

Los ayudas de cámara no podían llegar á Corchuelos, porque sus señores, Sayda Mirian, Gabriel de Espinosa y Gil López, revueltos todos, les obstruían el paso, y las mozas de la pastelería, y los mozos con sus inútiles garrotes en las manos, miraban estúpidamente aquello.

—Ahora veremos si se puede pegar impunemente á un ministro del alcalde mayor—decía Anguila llegando y deteniéndose á una respetuosa distancia, por temor á un segundo bofetón, y con la mano puesta sobre el carrillo dolorido por el primero; ahora veremos si se aporrea á los alguaciles de la Chancillería de Valladolid, que son hombres de pelo en pecho, como se me aporrea á mí, que soy un hombre de bien.

Los estudiantes que habían sobrevenido se escurrieron prudentemente al ver venir al alcalde, al escribano y á los seis alguaciles de la ronda, que venían á todo correr, y solo Corchuelos, que estaba distraído cruzando sus improperios con los de Gabriel de Espinosa, no los vió.

De repente, la ronda del alcalde, que estaba efectivamente compuesta de hombres de pelo en pecho, como había dicho muy bien Anguila, cayeron sobre el bachiller, le sacudieron, le quitaron la espada, le amarraron codo con codo, con una destreza y una serenidad admirables, y le tiraron á puntapiés y bofetadas dentro de la pastelería.

Aquella gente brava no sabía prender de una manera más suave.

Eran verdaderos perros de presa.

Gabriel de Espinosa dejó de luchar y de gritar, cuando vió caer á sus pies al estudiante, que se levantó ayudado por los alguaciles, que de otra manera no hubiera podido, por tener atados los brazos, y dijo al alcalde Portocarrero:

—Perdonad, señor alcalde, si me encontráis demudado y colérico; ese hombre (y señalaba al estudiante) se ha atrevido á insultar dentro de mi casa á una honrada mujer de mi familia. al ama de cría de mi hija; no he podido tenerme, y no sé qué hubiera hecho si no me hubieran sujetado; perdonad también, mis señores—dijo más sereno—, si he podido ofenderos irritado; tenía delante á ese hombre que me provo-

caba—añadió dirigiéndose á los tres nobles portugueses.

El alcalde Portocarrero callaba y escuchaba revestido de toda la severa majestad de su cargo.

El duque de Coimbra dijo:

—Perdonado estáis por nosotros, seor pastelero, porque estábais poseído por una justa cólera; que de otro modo, os costaría muy caro el haber faltado de tal modo al respeto á tres grandes de Portugal.

—¿Grandes de Portugal son vuestras excelencias?—dijo el alcalde Portocarrero.

—El duque de Coimbra soy yo.

—Yo el marqués de Almeida.

—Yo el conde de Novoa—dijeron uno tras otro los tres señores.

—¿Y son criados de vuestras excelencias esos tres que tienen aún las espadas en las manos?

—Son nuestros ayudas de cámara, á quienes llamamos para evitar una desgracia; idos.

Los tres criados envainaron sus espadas y desaparecieron.

—Permítanme vuestras excelencias les pregunte por qué están aquí—dijo el alcalde de Portocarrero.

—Hemos venido á visitar á la señora doña Ana de Austria, sobrina del rey nuestro señor—dijo con énfasis Coimbra—; llegamos anoche, hemos tomado aposento en esta pastelería, y al oír hace poco una acalorada disputa en que parecía que dos hombres iban á matarse, hemos bajado por evitar una desgracia, á interponer nuestra indudable autoridad, como grandes de uno de los reinos del rey nuestro señor.

—Y en nombre del rey nuestro señor yo doy las gracias y aplaudo á vuestras excelencias por lo que han hecho, como alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid, enviado á esta villa para mantener en ella el saludable temor á las leyes. Yo soy el alcalde don Luis Portocarrero, que os besa las manos, y se pone en lo que fuere posible á las órdenes de vuestras excelencias.

—Nosotros celebramos el haber conocido á vuestra señoría—dijo tomando la palabra el duque de Coimbra—, aunque bien quisiéramos que no hubiese sido por ocasión tan desagradable.

—¿Qué es ello?—dijo reposadamente el alcalde Portocarrero, que no era ni por asomo vio-

lento en las maneras como don Rodrigo de Santillana.—¿Saben vuestras excelencias la causa de lo que ha sucedido aquí?

—Hemos oído voces, hemos bajado, hemos visto aquel hombre que allí está preso, provocando insolente al dueño de esta casa, insultando con palabras soeces á esa mujer, y el pastelero, poseído de una justa cólera, pretendiendo vengar las injurias que aquel hombre le hacía.

—De modo que quien provocaba era el bachiller—dijo tranquilamente el doctor Portocarrero sin dejar de mirar á Sayda Mirian, cuya hermosura le maravillaba y que estaba roja de vergüenza, y á Gabriel de Espinosa, cuya actitud y cuya dignidad no le maravillaban menos.

—Por lo que hemos visto, y obedeciendo á nuestro honor, debemos decir—contestó Coimbra—que aquel hombre injuriaba y que el pastelero quería reprimirle.

—Muy bien, señor duque—dijo el alcalde Portocarrero, Y vos, seor pastelero, ¿qué tenéis que decirme?

—Que al bajar por las escaleras para ir con el ama de mi hija á la misa de Santa Obedulia, vi que este hombre la insultaba.

—¿No sabéis, pues, lo que ha pasado desde el principio?

—No, señor.

—Pero debéis saberlo vos—dijo el alcalde Portocarrero, á quien la hermosura, la dignidad y ese no sé qué característico que emana de las personas nacidas y sostenidas en una esfera superior, que veía en Sayda Mirian, maravillaba más y más.

—Yo no sé deciros, caballero, sino que yo iba delante de señor Gabriel, cuando al ir á salir á la calle, ese hombre se acercó á mí, me miró y me requetó de un modo grosero, y se me atrevió de una manera más grosera aún: yo grité, y entonces sobrevinieron el señor Gil López y el señor Gabriel de Espinosa: he aquí todo lo que puedo decirle á vuestra señoría.

Y Sayda Mirian, que había hecho un violento esfuerzo para decir estas palabras, calló avergonzada.

—Esto es cosa concluida—dijo Portocarrero—; vuestras excelencias pueden retirarse y dejarme mandado, si gustan, lo que quisieren.

Los tres nobles saludaron ceremoniosamente al alcalde, y se volvieron á su aposento sin de-

cir una palabra ni mirar siquiera á Gabriel de Espinosa y á Sayda Mirian.

—Vosotros—dijo á éstos el alcalde—quedáis libres como lo estabais.

—No esperaba yo menos de la rectitud, de la justicia de vuestra señoría, y yo me pongo á su servicio en lo poco que puedo y valgo.

—Habré de tomaros declaración, Gabriel de Espinosa, y tal vez no tarde.

—Cuando guste vuestra señoría.

—Id al mediodía á mi casa con el ama de vuestra hija y con vuestro pariente Gil López.

—Iremos, señor—dijo Gabriel de Espinosa sin dar la más ligera muestra de turbación.

—Pues hasta la vista, señor pastelero.

—Hasta la vista, señor alcalde.

Y Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian subieron por las escaleras.

El alcalde Portocarrero se volvió entonces con la fría y tremenda impassibilidad de la justicia al bachiller Corchuelos que estaba sujeto por dos alguaciles de los de la ronda del alcalde, y le dijo:

—Yo lo siento mucho, señor bachiller; pero me parece que si no os ahorco, que será lo más probable, doy con vos en galeras, sin que os valgan los grados y las licencias, á fin de que los demás escarmienten y no se tomen las licencias que vos os habéis tomado, ni insulten á mujeres honradas, ni pongan junto á un precipicio á los parientes de estas mujeres, ni desobedezcan á ilustres príncipes, ni zurren temerariamente á los ministros de la justicia del rey nuestro señor; mucha disculpa será menester que encontréis para que yo no os cuelgue; ¡éal á la cárcel con él, y vamos á tomarle declaración.

El estudiante, cuyo valor había desaparecido completamente, miró de una manera vaga al alcalde Portocarrero, y salió entre los dos alguaciles, ó más bien, los dos alguaciles le sacaron.

El alcalde Portocarrero y Pedralva se fueron detrás.

Algunos curiosos y algunos estudiantes que estaban junto á la puerta, así que pasó el alcalde, dijeron entre sí:

—En malas angosturas está metido el insigne Corchuelos.

—Como ya no estaba en el pueblo el alcalde Santillana...

—Pues no, pardiez, este alcalde nuevo, sin dar voces, sin ponerse azul y sin apretar palos

como el alcalde Santillana, me parece capaz de ahorcar á un cristiano más pronto y por menos que el otro.

—Como si hubiera un alcalde de casa y corte que no fuera aficionado á ahorcar.

—Pues abrir el ojo, muchachos, que hay alcalde á la vista.

—Pues no, como ahorquen á Corchuelos, yo vengo á verle; á ver si da bien las zapatetas.

—Mejor si le ahorcan; así nos quitamos á un temerón de encima.

Y los estudiantes y los curiosos se fueron á la larga tras el alcalde y el escribano á ver lo que oían.

Entretanto el alcalde iba murmurando para sus adentros:

—En mi vida he visto un pastelero que menos lo parezca, y un ama de cría tan señora; menester será averiguar algo acerca de ellos.

Y dando vueltas á estos pensamientos, se entró en la cárcel, donde permaneció dos horas sargas, después de las cuales salió, y al ver á algunos estudiantes que aún estaban allí, les dijo:

—Amigos míos, yo he sido también estudiante como vosotros, y soy bachiller, y licenciado, y doctor, como veis le he tomado tal cariño al bonete, que no me le quito de encima; me acuerdo de que en Salamanca éramos la piel del diablo; pero sin ofender nunca á la moral, ni á la religión, ni al rey; aquellos eran otros estudiantes, y sobre todo, sabían más que vosotros; esto es una vergüenza; he preguntado en griego al bachiller Corchuelos, y me he convencido de que no conoce el *alfa*; le he preguntado en latín, y me he convencido de que no sabe el *musa*, *musæ*, ni el *templum*, *templi*; no merece, pues, que se le tenga consideración por estudiante, y he visto que es un bigardón que debe ser ahorcado; id, pues, componiendo su oración fúnebre, porque me parece que ya están torciendo la cuerda, que le falta muy poco para estar concluida; no hay que asustarse por esto, que yo no mando ahorcar más que á quien lo merece. Quedaos con Dios, hijos, y procurad que yo no ande en casos de justicia con los estudiantes.

El alcalde se marchó con Pedralva.

—Diablo—dijo otro bachillerato tallado—; Este alcalde habla y es comunicativo y dice que tiene cariño á los estudiantes, pero los ahorca.

—Será necesario hacerse cartujos.

—Y callar mucho.

—Pues callemos.

Y los estudiantes se desperdigaron y se fueron cada cual por su lado.

Indudablemente, el alcalde Portocarrero, con su semblante afable y su palabra reposada y tranquila, se había hecho temer más en una hora, que el alcalde Santillana con todo su terrible carácter en un año.

Esto consistía en que el alcalde Portocarrero hacía justicia sin exasperar y de la manera más suave posible.

Seguidamente, y como ya era hora de ser recibido en audiencia, el alcalde Portocarrero fue á rendir el homenaje de sus respetos como se debía á una sobrina del rey, á doña Ana de Austria; y después de la audiencia, que apenas duró un cuarto de hora, se volvió á su casa.

CAPITULO XI

DE CÓMO EL ALCALDE PORTOCARRERO SE LLENÓ MÁS Y MÁS DE CONFUSIONES Y ENCONTRÓ MOTIVO PARA APROVECHAR LA LIGEREZA DE ANGUILA

Era ya mediodía cuando Portocarrero llegó á su casa y se puso á comer tranquilamente la vianda que le habían llevado de la pastelería de Gabriel de Espinosa.

—Podéis decir á vuestro amo—dijo el alcalde Portocarrero, cuando hubo acabado de comer, al mozo que le había llevado la comida—que puede venir cuando quiera.

El mozo recogió en una cesta los platos y el servicio, y se marchó.

Poco después un alguacil dijo al alcalde que el pastelero Gabriel de Espinosa venía á ponerse á sus órdenes.

El alcalde Portocarrero le hizo entrar.

Gabriel de Espinosa entró acompañado de Sayda Mirian y de Gil Pérez.

—Bien venidos, amigos míos—les dijo el alcalde Portocarrero—; sentaos, porque tenemos que hablar largamente.

—Permaneceremos muy bien de pie, como debemos, por respeto á vuestra señoría—dijo Gabriel de Espinosa.

—Nada menos que eso, que no pretendo cansaros, y creo que esa señora no podría estar mucho tiempo de pie.

Sayda Mirian se ruborizó, porque el alcalde,

que la había mirado fijamente de alto á bajo, aludía á su avanzado estado de maternidad, que no podía completamente disimular.

A una tercera indicación del alcalde se sentaron, y Gabriel de Espinosa vió con grande ansiedad, aunque la disimuló, que el alcalde, como si le diera calor el bonete, se lo quitó y lo puso sobre la mesa.

¿Era esto una señal de respeto, un lazo que le tendía, ó una casualidad? ¿Sabría algo la Chancillería de Valladolid? ¿Había dado instrucciones al alcalde Portocarrero?

Gabriel de Espinosa se puso muy sobre aviso, pero no dió señal alguna del más leve recelo.

—Ante todo—dijo el alcalde—debo daros las gracias por la comida que me habéis enviado.

—En mi casa se sirve bien de muy antiguos y, sobre todo, á personas tan calificadas como vuestra señoría—dijo Gabriel de Espinosa.

—La olla podrida estaba exquisita—dijo el alcalde.

—Como que es la misma que se ha preparado para esos tres grandes señores de Portugal—dijo Gil López.

—Sí, sí: verdadera olla podrida de rey; particularmente la empanada de ánade era un verdadero *bocato di cardinale*. ¿La habéis hecho vos, señor Gabriel de Espinosa?

—¡Ah! No, no, señor—dijo Gabriel de Espinosa sonriendo—; yo no sé hacer pasteles, ni aun me gusta.

—¡Y, sin embargo, sois pastelero! ¡Cosa extraña! Esto es lo mismo que si yo fuese alcalde sin saber leyes.

—Pues va á ver vuestra señoría que nada tiene esto de extraño. Me llaman el pastelero de Madrigal porque mis padres fueron pasteleros y porque soy dueño de la pastelería que me han dejado en herencia, y con la que continúo, porque no tengo otra cosa con qué vivir, y porque la gobierna mi tío Gil López, vuestro servidor que está delante, y que es un gran pastelero, como vuestra señoría ha podido ver por la empanada que ha comido.

—Ya decía yo; tenéis las manos muy finas para que pudiese creerse que andaban en la masa.

—De todo aquello con que trabajan las manos de un hombre, sólo hay una cosa que ni las embastece ni las encallece, señor alcalde, y esta cosa es la espada.

—Tenéis mucha razón, hidalgo.

—Lo habéis dicho á bulto, pero habéislo acertado, señor alcalde: hidalgo soy, y más que hidalgo, á pesar de lo pastelero, hidalgos fueron mis padres, é hidalgos mis abuelos, y de los más antiguos y solariegos; como que somos de los Monteros de Espinosa, y ya sabéis cuan nobles son los que vienen de Espinosa de los Monteros.

Gabriel había dicho estas palabras de una manera fácil y sencilla, y sin permitirse la más leve entonación que hubiera podido ofender al alcalde.

—Grande lástima es—dijo el alcalde—que un tan noble apellido haya venido á dar en una pastelería; porque, sin que os ofendáis, señor Gabriel de Espinosa, vos conocéis muy bien que un pastelero no puede ni debe ser un hombre noble.

—¿Y qué quiere vuestra señoría? Las familias vienen á menos, y más vale que un hombre noble y pobre se gane la vida en un oficio honrado, que no el que dé en hechos malos y reprehensibles.

—Indudablemente, señor Gabriel, indudablemente.

—Y no es esto que yo no piense como vuestra señoría en lo de que no se une bien lo noble á lo pastelero; y tanto es así, que, muy joven aún, como que apenas tenía diez y ocho años, me salí de casa de mis padres, y, con un dinerejo que me dieron y un rocín, tomé bandera; porque lo noble sienta muy bien junto á lo soldado; ¿no es verdad?

—Créolo así. ¿Conque soldado habéis sido?

—Hasta hace muy poco tiempo; y me he hallado en más de una campal batalla, que guardará siempre la historia.

—Verdad es que tenéis bien herida una mano.

—Y herida la cabeza, y herido todo el cuerpo; porque yo he sido de los soldados á quienes gusta acercarse al enemigo hasta poder asirle por los bigotes.

—Debéis de haber sido muy gran soldado, porque tenéis muestras de grande aliento, y ya no extraño que os sacara tan de quicio el perdido de esta mañana; pero estad tranquilo, porque me parece, me va pareciendo que le ahorco.

—Indulgente quisiera á vuestra señoría con él en lo que fuere compatible con la justicia; por-

que si bien yo esta mañana, ciego de cólera, le hubiera hecho pedazos, á no ser porque me lo impidieron, ya vuelto á la razón, conozco que los estudiantes son gente mal acostumbrada y procaz, y que si hubieran de llevarse á cuerda tirante sus demasías, habríanse de cerrar las aulas por lo insolentes que son, y por lo á que dan lugar por lo mal criados.

—De modo que vos, á no haberos ensoberbecido su insolencia, por lo que tan de cerca os tocaba, no le hubiérais muerto.

—No, señor alcalde; á no haberme irritado sus insultos, me hubiera satisfecho con darle una tal vuelta de cintarazos, que le hubiera puesto un mes en la cama entre si se va ó se viene; y como la justicia viene de Dios, y es como Dios divina, y como Dios, ni puede ni quiere encolerizarse, y como no ha habido sangre ni afrenta irremediable, ni más que insolencia provocativa, sin que sea visto que yo me entremeta á dar consejos á vuestra señoría, ni á interpretar las leyes, paréceme que con sacarle en un asno y darle una vuelta de azotes á pregon y ponerle á la vergüenza, y esto por lo de la bofetada al alguacil Anguila que, por lo de su atrevimiento á María Juana y por sus insolencias á mí, nosotros le perdonamos, habría bastante para que el bachiller le pesase de lo hecho y para que los otros escarmentasen.

—¿Sabéis que parecéis también letrado?—dijo el alcalde Portocarrero.

—Ley que no pueda explicarse por la luz natural del entendimiento común, sería una mala ley, que causaría más daño que beneficio.

—Acabáis de sentar una gran máxima de derecho; y en verdad, un mismo delito puede ser más ó menos grave, según las circunstancias; no es justo castigar del mismo modo al que se insolenta con la justicia que al que hace armas contra ella; no es lo mismo dar una bofetada que una herida, y hay que tener en cuenta lo más ó menos respetable del ministro de justicia que ha sido abofeteado; aunque la justicia lo mismo está representada por un mezquino alguacil que por un gran príncipe; sin embargo, y ya que vos perdonáis lo del insulto y la provocación, veremos si el señor Anguila perdona la bofetada, y buscaremos una callejuela á la ley, para que el dogal se convierta en pena, y en vergüenza la sepultura; porque os afirmo también que, aunque yo me lavo las manos como Pilatos que aun-

que la sentencia de muerte que yo firmo no proviene de mí, sino del delito del sentenciado, se me hace muy duro, no habiendo estado nunca en Madrigal, entrar en él ahorcando al día siguiente de un indulto otorgado por su majestad á delitos mayores.

—Acompañada de la clemencia, resplandece más la justicia—dijo Gabriel de Espinosa con un acento y una expresión tal, que el alcalde Portocarrero se puso más en respeto de lo que lo estaba por el pastelero.

—Vos no sois hombre común—dijo.

—Venimos á lo del señor don Rodrigo de Santillana, que pensaba lo mismo que piensa vuestra señoría; voy á contestar á vuestra señoría lo mismo que contesté al señor alcalde de Santillana; soy soldado desde mi juventud, he tratado con muy grandes señores, y se me ha pegado algo de ellos; me he acostumbrado á las bizarrías de soldado, y parezco más de lo que soy.

—Todo en vos, señor Espinosa, maravilla y suspende—dijo el alcalde Portocarrero—; os llamáis pastelero, y lo sois sin duda, y parecéis un gran señor; la nodriza de vuestra hija viste humildes paños, se llama lisamente María Juana, y parece una gran señora disfrazada.

—Y esto, que parece una conversación, señor alcalde—dijo Gabriel de Espinosa—, no es más ni menos que un interrogatorio.

—Eso viene á ser—dijo benévolaemente el alcalde Portocarrero—, y creo que vos comprenderéis bien que en esto cumplo con mi obligación, y que me informo de vos por vos mismo, de una manera cortés y sin mala prevención.

—¡Oh! Indudablemente—señor alcalde—; y esto me obliga á informaros por completo; vais á ver lo que ya ha visto el señor alcalde Santillana.

Gabriel de Espinosa sacó la misma cartera que en otra ocasión, y entregó al alcalde Portocarrero, para que los examinase, los mismos papeles que había hecho ver á don Rodrigo de Santillana, y cuyo contenido conocen ya nuestros lectores.

—Puesto que estáis indultado de una muerte que hicisteis—dijo el alcalde Portocarrero devolviendo los papeles á Gabriel—, que tenéis las pruebas de haber servido lealmente á su majestad en sus guerras, de que el Papa os conoce y os aprecia, de que valéis mucho, puesto que una gran dama se ha prendado de vos, y otra dama

os acompaña encubierta para criar á vuestra hija, ó que tal vez, perdonadme la malicia, señor Espinosa, esa misma gran señora está delante de mí, encubierta bajo un humilde traje, yo os aprecio también, y os juro mi secreto; no hay por qué os ruboricéis, señora—añadió el alcalde Portocarrero viendo el encendido color que había cubierto las mejillas de Sayda Mirian—; vuestra turbación me prueba que no me he engañado, que vos sois la gran dama con cuyo amor está favorecido el señor Espinosa; si esto nada tiene de extraño, porque el amor es el señor tiránico que hace doblar la cerviz á los más soberbios, y vos, señora, seáis quien fuéreis, valéis tanto, que no hay disfraz, por humilde que sea, que pueda encubrir vuestra valía.

—Pues bien, señor alcalde, vos me parecéis, y creo no engañarme, un gran caballero—dijo Gabriel de Espinosa—, y como tal os demando la promesa de guardar un profundo secreto acerca de lo que voy á deciros, puesto que nada encontráis en mí que sea en ofensa y servicio de Dios ó del rey nuestro señor.

—Per mi honor, como noble y como caballero; por mi fe, como cristiano; por mi rectitud como alcalde, yo os juro olvidar lo que me dijéreis para no decirlo á nadie, ni aun á mi confesor.

—Pues bien, señor alcalde; yo soy lo que os he dicho: Gabriel, hijo de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Pérez; dicen algunos que éstos no fueron mis padres, sino que, morando en Toledo, me encontraron en el cajón de los expósitos de la iglesia mayor de Santa María; y aunque parece probar esto el que mi partida de bautismo no se encuentra, ni como expósito, ni como hijo legítimo de los antedichos, ellos por su hijo me tuvieron, su hijo me confesaron, y herencia me dejaron como á hijo; Gabriel de Espinosa me he llamado siempre, y noble soy, ya sea legítimamente expósito, porque bien sabéis que los expósitos los adopta el rey, y los tiene por hijos y los cría.

—Decís bien, señor Espinosa—contestó el alcalde Portocarrero—; pero continuad, porque vuestra relación me interesa.

—Vivían mis padres en Toledo cuando empecé á ser mozo, y como aunque nobles eran pobres, y no podían enviarme á Salamanca, me pusieron á oficio, y fui tejedor de terciopelos; pero el telar y la lanzadera me enfadaban, que

no había yo nacido para oficios mecánicos, y habiéndose trasladado mis padres a Madrigal, dos años después de su nuevo avestamiento, al cumplir mis diez y ocho, como pasase por la villa un capitán de reclutas, tomé bandera con licencia de mis padres, y fuíme á Italia, donde peleé cuatro años con los franceses, en la compañía de hombres de armas del capitán Avellaneda; volví con licencia al pueblo, y por aquel tiempo fué la riña en que maté á un hombre frente á frente, y con peligro y con razón, como mucha gente que aún vive en el pueblo lo sabe; y huyendo del rigor de las pragmáticas, que castigan á sangre los desafíos, escapé con buena fortuna, y pasando á los Países Bajos, tomé bandera en la compañía de infantes del señor don Hugo de Moncada, en la cual, por mis buenos servicios, alcancé indulto del homicidio, por los buenos oficios de mi capitán y por la clemencia del rey nuestro señor, que Dios guarde, y ya libre de pena, seguí mis aventuras de soldado. No extrañéis ni toméis á mal que desde este punto os oculte por donde anduve, porque si os lo dijese vendríaís á sacar en limpio de qué familia es mi esposa, y su familia es tal y tan alta, que bien merece se guarde oculto su honor en el misterio, porque aunque mi esposa es, deshonra causa á su familia su casamiento con un soldado, siendo ella tan gran princesa.

—¡Princesa esa dama!—dijo el alcalde Portocarrero poniéndose de pie.

—Sentáos, caballero—dijo Gabriel de Espinosa, con el mismo acento que hubiera usado un rey, al pronunciar aquella palabra.

El alcalde Portocarrero se sentó dominado por Gabriel de Espinosa, cuya figura se engrandecía para él de momento en momento.

Sayda Mirian callaba, y estaba confusa.

Gil López abría desmesuradamente los ojos, y le parecía imprudente lo que Gabriel decía.

El alcalde Portocarrero, sin embargo, se mostraba de momento en momento más afable, más cortés y más interesado por Gabriel de Espinosa.

Este continuó:

—Un día, en una recia batalla, no os diré dónde, así tan herido, que sin mi esposa hubiera muerto.

—¡En la batalla estuvo esta dama!—dijo suavemente el alcalde Portocarrero.

—No por cierto, señor alcalde; pero la batalla

se dió cerca del lugar donde mi esposa vivía; por muerto me tuvieron, y esta herida de mi cabeza, y las que están señaladas en mi pecho, y esta de mi mano, prueban que hubo razón bastante para que por muerto se me tuviese; yo mismo creo que estuve difunto, y que si volví á la vida, fué porque me resucitaron las oraciones y el amor de mi esposa.

—Vuestra historia es tal, que maravilla—dijo el alcalde Portocarrero.

—Un día—continuó Gabriel—, abrí los ojos, y vi junto á mí á María. Desde entonces la amo, señor. Cuidó de mí en secreto, con la paciencia y el amor de un ángel, y cuando mis heridas se cerraron por completo, cuando recobré las fuerzas, ya era imposible que nos separásemos: Dios nos había hecho esposos; éramos un alma sola, partida entre un hombre y una mujer, y un sacerdote bendijo aquella unión que Dios había hecho; huimos, porque era forzoso huir; mi esposa me lo sacrificó todo: su familia, su orgullo, sus riquezas; encubierta ha seguido mi suerte de soldado, y encubierta ha venido á Madrigal, adonde nos ha arrojado la pobreza, para vivir humildemente de lo poco que se gana en la pastelería. Esto, caballero, á nadie lo he dicho más que á vos y á mi buen pariente Gil Pérez; espero, pues, guardaréis el secreto.

—Tenedlo por cierto; contad conque nada me habéis dicho, y honradme valiéndoos de mí en todo aquello que necesitéis, y en que yo os pueda servir.

—Al tanto me ofrezco, señor alcalde, en lo poco que valgo y puedo.

—Y vos, señora—dijo el alcalde Portocarrero—, no estéis confusa; habéis elegido esposo con vuestra libre voluntad, y se lo habéis sacrificado todo.

—¿Y qué sacrificio hay—dijo Sayda Mirian, que pueda sentirse, si por él se ha alcanzado un buen esposo?

—Tenéis razón, señora, y yo os deseo largos años de felicidad.

El alcalde se puso de pie, y Gabriel, María y Gil López se levantaron.

—Ved ahora, que después de conoceros—dijo el alcalde Portocarrero dando la mano á Gabriel de Espinosa—, no sólo no me extraña, sino que creo muy justa vuestra cólera contra el diablo de estudiante que tenemos en la cárcel; le daremos cien azotes, le pondremos á la vergüenza duran-

te ocho días, dos horas por la tarde, y le echaremos de Madrigal, contando con el perdón del alguacil abofeteado; porque si éste no perdona, lo sentiré mucho, pero ahorco al bachiller.

—Deseo que esto no suceda. Ahora bien; ¿tenéis algo que mandarme, señor alcalde?

—Nada, sino que me tengáis por muy vuestro amigo; y vos, señora, por muy vuestro servidor.

—Gracias, caballero—dijo Sayda Mirian—; si un día vuelvo á ser lo que he sido, os mostraré en cuánta estima os tengo. Hacedme ahora la merced de decirme vuestro nombre.

—El doctor don Luis de Portocarrero, alcalde de casa y corte.

La despedida se prolongó aún, en un tiroteo de palabras corteses, y al fin, Gabriel, María y Gil Pérez salieron acompañados hasta la puerta por el alcalde.

Allí hubo otro nuevo combate de cumplimientos.

Cuando el doctor Portocarrero los vió alejarse, se metió para dentro murmurando:

—Mucho hombre me parece éste para pastelero; princesa es ella sin duda, que á la legua se la conoce que ha sido nacida en cuna altísima; y aunque él prueba lo de soldado y lo de pastelero, hay momentos, vive Dios, en que parece rey, y pone en temor con sus ojos y sus palabras; papeles falsos se hacen para encubrir secretos, y cosa es esta para poner en confusión al más avisado, y no saber qué haga para cumplir con su obligación como debe.

El alcalde, que había entrado en la sala baja, se sentó en su sillón, y se quedó profundamente meditabundo.

Entretanto, atravesando la plaza, decía Sayda Mirian á Gabriel de Espinosa:

—Me parece muy imprudente el aspecto que has tomado delante de ese hombre.

—Ese alcalde, con su semblante afable y sus buenas palabras—respondió Gabriel de Espinosa—, es mucho más peligroso que don Rodrigo de Santillana con su carácter violento y descortés, y sus palabras duras. En la ocasión en que nos encontramos, es necesaria de todo punto la audacia, á fin de maravillar á ese terrible alcalde. Ganemos unos días, que después, nada hay que temer.

El alcalde Portocarrero estaba dando vueltas á una cuestión teológica, para encontrar un so-

fisma que le sacare de la situación en que se encontraba.

He aquí la proposición que aquel juez se hacía á sí mismo:

“¿Es lícito faltar al juramento y al sigilo prometido, en servicio de Dios y del rey?”

La cuestión era ardua; porque tirase el alcalde por arriba, tirase por abajo, se encontraba siempre con que faltar al secreto que había jurado á Gabriel de Espinosa, era incurrir en traición.

Pero aquí de la argucia:

¿Si por no cometer una traición en daño de un solo individuo, se incurre en traición contra Dios, contra el rey y contra la República, se peca?

¿Si la traición menor evita la traición mayor, si la traición menor causa menos perjuicios que la traición mayor, debiendo evitarse con un perjuicio menor un mayor perjuicio, la traición menor no sólo es lícita, sino que también justa y necesaria?

La traición menor causa un menor perjuicio, y la traición mayor perjuicios mayores; debe evitarse el perjuicio mayor, aun á costa de un perjuicio menor; *ergo* la traición menor es lícita, la traición menor es justa, la traición menor es necesaria, la traición menor es obligatoria.

El alcalde Portocarrero no hacía otra cosa que sumar y restar.

Sin embargo, su *ergo*, no era la conclusión de un silogismo, sino la conclusión de un sofisma; porque los términos de la proposición eran precisos.

“Si el que jura el sigilo le quebranta, peca y debe evitarse el pecado; el que ha jurado el sigilo debe guardarlo, porque no debe incurrir en el pecado; el pecado no es lícito; quebrantar el sigilo es pecado; *ergo* no es lícito quebrantar el sigilo prometido.”

En aquellos tiempos, la argumentación entraba en todo, y para todo se echaba mano de ella, porque el escolasticismo era hasta tal punto el espíritu de los siglos XVI y XVII en España, que hasta en las comedias de nuestro teatro antiguo se encuentra infiltrada la argumentación escolástica.

El amor en aquellas comedias, toma la doble forma del pleito y de la argumentación, y la proposición y el *ergo* asoman por todas partes, y lo que á muchos parece hoy gala del ingenio,



no es otra cosa que el alambicamiento de la argucia y del sofisma.

El alcalde Portocarrero se quedó tan repleto y tan satisfecho con la solución de su argumento, que sin vacilar tomó un pliego del áspero y moreno papel que en aquellos tiempos se usaba, puso á su cabeza una cruz muy semejante á una t, y escribió por bajo lo siguiente:

“Señor presidente de la real Chancillería de Valladolid.—Muy señor mío y amigo: en esta villa he tropezado, con ocasión de una riña, con un pastelero tal, y con una tal ama de cría, que me han puesto en gran confusión y cuidado. Tiene el cara y palabras tan poco verosímiles en un pastelero y hombre bajo, y tan propias de hombre principalísimo y aun de príncipe ó rey, y tan dama parece ella, y tan alta, á pesar de los humildes trajes que llevan y del bajo oficio en que aparentemente se entretienen, que yo tengo para mí que no solamente sería bueno y provechoso, sino necesario, vigilar á estas tales personas, y saber, si es posible, hasta cómo respiran cuando duermen.—Yo no sé por qué, se me ha metido en la cabeza y agarrádose tenazmente al juicio, la idea de que estos personajes, que tales los creo, no están en Madrigal de balde, sino por un asunto tal, que puedan verse perjudicados por él el rey nuestro señor y el bien público.—Con mi obligación creo que cumplo avisándoos de mis sospechas, y rogándoos tomeis informes de estos sujetos al alcalde de Santillana, que los conoce.—Aguardo con la contestación el conocimiento de lo que he de hacer, que yo, en materia tan dificultosa, no me atrevo á hacer nada por impropio consejo, y apele al vuestro.—Guárdeos Dios y os mantenga en salud.—De esta villa en Madrigal á 6 de Septiembre de 1595.—*El doctor don Luis Portocarrero.*”

Cerró el alcalde esta carta, y mientras ponía en su nema el sobrescrito mandó llamar al alguacil Periquete Anguila.

Presentóse éste con una celeridad increíble.

Trata sobre la mejilla izquierda una cataplasma, sujeta por un pañuelo atado por debajo de la barba, y hacia la figura más risible del mundo.

—¡Tan fuerte fué la bofetada!—dijo el alcalde—que habéis tenido por ella necesidad de medicinas?

—¡Ah, señor!—dijo con voz plañidera Anguila—; el bachiller Corchuelos es muy bruto; me

ha echado fuera tres muelas, y tengo de alto el carrillo tres dedos; ha sido un milagro que no me mate, señor, y espero que vuestra señoría le eche de Madrigal, porque si el bachiller Corchuelos sale á la calle, soy hombre muerto.

—Tan le echaré, que va á ir á contarlo al otro mundo—dijo el alcalde Portocarrero.

—¡Ah, señor! Si vuestra señoría me da licencia, le diré que yo no pido tanto.

—¿Es decir, que vos le perdonais por vuestra parte, de la pena de horca en que ha incurrido abofeteando á un ministro de justicia?

—¡Ah, señor! Por mi parte, sí, señor; si basta con que yo le perdone para que no vaya á la horca, yo le perdono con toda mi alma.

—Cristiano y buen hombre sois, y por ello os aplaudo; con vuestro perdón, y con que yo atenúe el delito, no será ahorcado; pero se le aplicarán cien azotes, á pena de verdugo y voz de pregonero, y se le pondrá á la vergüenza, y se le echará de la villa; salid y decid á mi secretario Pedralva que entre.

Poco después entraba el secretario.

—Extendid el auto de sentencia de cien azotes y vergüenza pública por ocho días, desde las cinco á las siete de la tarde, en la picota de la villa, contra la persona del bachiller Lope Corchuelos, con destierro inmediato de este pueblo, en dos leguas á la redonda; traédmelo á firmar é inmediatamente notificadlo al reo; mañana, al punto de medio día se á ejecutada la sentencia, en la parte relativa á los azotes, llevándose en un asno al sentenciado, y distribuyéndose los azotes de manera que los reciba durante el tránsito por los lugares más públicos de la villa.

Pedralva se puso á escribir el auto en un extremo de la mesa sobre un pliego de papel sellado.

El mezquino de Anguila temblaba; miraba con los ojos entumecidos al alcalde, y no parecía sino que era él el que iba á recibir los azotes; le daban repeluznos, y sentía escalofríos.

—Ya veis que se os hace justicia—dijo el alcalde Portocarrero.

—¡Ah, sí, sí, señor!—dijo Anguila—; pero con licencia de vuestra señoría, me parece que no hay cuerpo humano que aguante cien azotes.

—¿A alcalde se me os meteis vos también?—dijo Portocarrero—, pues mirad no se me ocurra mandaros dar doscientos por atrevido; y como yo os los mande dar, habéis de aguantaros, mal

que os pese, Anguila quiso contestar para disculparse, y no pudo.

Se le había pegado de miedo la lengua al paladar.

—Vamos á lo que importa al servicio del rey nuestro señor—dijo el alcalde Portocarrero—; anoche, si mal no recuerdo, dijisteis que habíais ido muchas veces desde Madrigal en una hora á Valladolid.

—¡En media, señor! Eso dije anoche, y eso digo ahora.

—Pues correr es, ¡cuerpo de diablo! y decid, imbécil: ¿si alcanzáis tal ligereza, por qué esta mañana al ver en el aire la mano del bachiller, no os pusisteis á media legua de ella antes de que os tocara?

—Es, señor, que la bofetada me pilló de relance; que por lo demás, si yo no estoy continuamente zurrado por los estudiantes, es porque siempre ando ojo alerta con ellos, y en un cerrar y abrir de ojos, me escurro y me largo.

—¿Os impide la bofetada el ir á Valladolid con un pliego, en el tiempo que cuando estais bueno acostumbrais?

—En poniéndome yo á correr, con tal de que tenga buenas las piernas, todo lo demás me importa nada.

—Pues tomad para el señor presidente de la Chancillería de Valladolid, y partid al momento—dijo el alcalde Portocarrero dándole el pliego.

Apenas Anguila le tuvo en la manos, se volvió, y de una estrepada, por decirlo así, se plantó en la puerta de la sala, y hubiera desaparecido á no llamarle apresuradamente el alcalde.

—¡Eh! Esperad, que aún tengo qué deciros. Anguila se volvió junto á la mesa con la misma rapidez conque se había apartado de ella.

—Esperad la contestación que habrán de daros, y tomad este real de á ocho (1) para que bebais por el camino.

—Muchas gracias, señor.

—Ahora son las cinco—dijo el alcalde Portocarrero sacando un gran reloj de oro casi esférico—, me basta con que esteis de vuelta en Madrigal con la contestación del señor presidente á las ocho de la noche.

(1) Un real de á ocho era equivalente á un peso fuerte y se llamaba real de á ocho, porque se componía de ocho reales fuertes de los veinticuatro cuartos.

—Si tardo, será porque no me den la contestación á buena hora; pero ya me traeré yo testimonio de la hora en que salga de Valladolid.

—Vamos, que quiero ver cómo emprendéis vuestra caminata.

El alcalde salió con Anguila á la puerta de la calle, y Pedralva, picado también de curiosidad, dejó en suspenso el auto de los azotes y salió.

—¡Eal!—dijo el alcalde Portocarrero, partid. Anguila se persignó, inclinó el cuerpo hacia delante, extendió la pierna derecha y se disparó.

Un momento después había desaparecido por el otro extremo de la plaza, á pesar de que ésta era estrechísima.

El alcalde Portocarrero y Pedralva se entraron para adentro riendo.

No había gravedad que se defendiese, puesta en contacto con el originalísimo Anguila.

CAPITULO XII

EL PLIEGO DEL PRESIDENTE DE LA CHANCILLERIA DE VALLADOLID.—UNA DAMA DE PICOS PARADOS.—AZOTES Á CORCHUELOS Y OTROS PARTICULARES.

Eran las diez de la noche de aquel mismo día, y el alcalde Portocarrero, retirada la luz y sentado en un sillón junto á una reja para respirar el aire de la noche, cuando raramente soplabá, porque hacía mucho calor, esperaba impaciente la vuelta del corchete Anguila.

El secretario Pedralva estaba sentado frente á él, y agotada la conversación, dormitaba.

En aquellos tiempos, las diez de la noche era ya una hora avanzada, porque las gentes se acostaban muy temprano.

El alcalde, sin embargo, creía de su deber esperar, y esperaba.

Al sonar las diez en el reloj de la villa, el alcalde oyó una carrera menuda y rápida, que pasó como pasa el vuelo de un cigarrón, y á poco se abrió la puerta de la sala, y un alguacil dijo desde ella:

—Señor, acaba de llegar el hombre que su señoría ha enviado á Valladolid.

—Tomad la luz de aquel rincón, ponedla sobre la mesa, y que entre ese hombre.

El alguacil puso sobre la mesa un velón de Lucena de cuatro mecheros, y salió.

Pedralva seguía dormitando.

Entró Anguila sin que se le conociese en nada la caminata que había hecho, más que en el polvo de que venía cubierto.

Se había quitado el pañuelo y la cataplasma, y apenas se le conocía la hinchazón del carrillo.

Se había curado de la manera más original del mundo, con la fatiga del viaje, si nos es lícito decir, sin detrimento de la memoria del buen Anguila, que se había fatigado.

—Señor—dijo—salí de aquí a las cinco, y hubiera querido estar aquí de vuelta a las seis y media cuando más; pero no ha estado en mí el hacerlo; hasta las nueve y media no me han dado este pliego, que tengo la honra de presentar a vuestra señoría, como asimismo este papel en que se prueba que he salido de Valladolid a las nueve y media dadas.

El alcalde leyó aquella especie de atestado que le presentaba Anguila para disculpar su tardanza, y vió que decía lo siguiente:

“Palacio de la real Chancillería de Valladolid.—El alguacil Pedro Anguila sale de este palacio a las nueve y media dadas de la noche.

„El portero mayor de esta real Chancillería, Juan Porrón.“

El alcalde metió la mano en su bolsillo, sacó de él una bolsa de seda verde, de la bolsa un doblón de á cuatro, y dándoselo á Anguila, le dijo:

—Idos en buena hora á descansar.

—Dios se lo pague á vuestra señoría y le dé muy buenas noches—dijo Anguila; se inclinó, giró y desapareció.

He aquí el contenido del pliego que había traído Anguila:

“Señor don Luis Portocarrero: Mi muy respetado amigo: el alcalde Santillana y yo hemos hablado largamente después de haber leído vuestro pliego.

„En verdad, que en lo que en esa villa pasa, es cosa para vivir muy prevenidos, y dormir con un ojo abierto.

„Don Rodrigo está metido en confusiones con ese pastelero, y cre, como vos, que es persona muy principal, por lo que en él se advierte; pero tales papeles ha visto suyos el alcalde Santillana, y tan por pastelero se tiene en la villa y por tan hombre de bajos principios á Gabriel de Espinosa, que don Rodrigo cree, y créolo yo también, por lo que don Rodrigo me ha informado,

que meterse en averiguaciones por medio de proceso, sería tal vez imprudente; porque si algún misterio hay en el pastelero que convenga y deba saberse, mejor se podrá poner en claro disimulando y haciendo como que se confía, é inquirendo y preguntando, y dando lugar, si se obra al fiescubierto, á que avisados y puestos en temor, oculten de tal manera la verdad, que sea imposible sacar nada en limpio.

„Bien sé yo que vos me direis que el potro es un buen remedio para hacer hablar aun á los mudos; pero es el caso, que la tortura no puede aplicarse solamente por sospechas, y que sería ponerse en compromiso, tratando injustamente y de tal modo al pastelero.

„Yo creo que el alcalde Santillana, y el doctor Yáñez de Rivadeneira, á quien hemos llamado, lo creen también, que debéis reduciros á no perder un ápice de lo que hiciere Gabriel de Espinosa, cayendo sobre él y prendiéndole en el momento que hubiere justa causa y razón para ello, y que nada se diga á su majestad, no sea que todo esto se quede en sospecha, y no haya para qué molestar la atención del rey nuestro señor.

Yo os doy las gracias en nombre de su majestad por vuestro celo, os deseo buena salud, y me confieso otra vez muy vuestro amigo.

„Guárdeos Dios muchos años.—De este palacio de la real Chancillería de Valladolid á 6 de Septiembre de 1595.—El presidente.—A don Luis Portocarrero, alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid.“

El alcalde Portocarrero dobló el pliego, y le guardó en su cartera particular, se levantó, llegó á Pedralva que dormitaba, le movió blandamente, y le dijo:

—Despabiláos, señor Pedralva; coged vuestra espada y vuestra linterna, que vamos de ronda.

—Mala vida se nos presenta en Madrigal—dijo Pedralva levantándose perezosamente y resregándose los ojos.

—Pero ello es preciso; el ministro de justicia no es nada suyo, sino del rey que le paga y le honra.

—Sí, sí, señor; pero cuando se tiene mucho sueño, saben muy mal las rondas.

Y ciñéndose su espada y tomando de un armario la linterna, que encendió en el velón, dió al oidor su vara, y entrambos salieron á los cenadores del patio.

—¡Holal ministros, arriba; encended las linternas, y en marcha—dijo Pedralva con la voz todavía un tanto soñolienta.

Los alguaciles que estaban acá y allá, menos uno que estaba de guardia y se paseaba, se levantaron, buscaron sus linternas, las encendieron en la luz agonizante de un farol que había en el zaguán, y salieron detrás del alcalde y del secretario.

La noche era oscura, y no se sentía ni una sola persona en la villa.

El alcalde Portocarrero llegó hasta la pastelería que estaba cerrada y oscura, escuchó, y nada oyó.

Rondó por parte del pueblo, yendo á parar al convento de Nuestra Señora de Gracia, y allí notó algún movimiento, y vió luz detrás de las celosías de las ventanas de la celda, ó más bien de la casa de doña Ana de Austria.

Parecióle que debía tomar esto en cuenta al alcalde, y ocultóse con su gente en un soportal, poniéndose en acecho de la puerta particular por donde se entraba á las habitaciones de doña Ana.

Pero por mucho que esperó el alcalde, ni á aquella puerta llegó nadie, ni nadie salió por ella; se apagaron las luces y todo quedó en reposo.

Dejó el alcalde dos hombres de guardia en el soportal, y con los otros cuatro y con Pedralva signió su ronda, y ya á más de media noche, al entrar en la calle donde estaba la cárcel de la illa, oyeron rumor de voces que hablaban.

El alcalde mandó que dos alguaciles diesen la vuelta para coger la calle por el otro extremo, á fin de que al sentir la ronda no se escapasen los que en la calle estaban, y al sentir el silbido conque avisaron los alguaciles que ya habían llegado á su puesto y que estaban prevenidos; el alcalde, con Pedralva y los otros dos alguaciles, se entró de golpe en la calle, y cuando creía encontrar hombres, las luces de las linternas sólo le dejaron ver dos mujeres: la una, joven y de muy buen parecer, garbo y despejo, y la otra, vieja, fea y taimada, que de legua olían á mujeres de poco más ó menos y de no muy buena vida.

—Ténganse allá vuestras mercedes—dijo con descaro la muchacha—, y no se echen tan encima ni tomen tantas prevenciones, que aquí no hay Fierabras ni Orlando furiosos, sino una

vieja y una niña que á nadie ofenden ni hacen perjuicios.

—Picos pardos tenemos, señor alcalde—dijo Pedralva—, y bueno sería echar el guante á estas aves nocturnas, que para nada bueno pueden andar á estas horas por la calle.

—En eso no decís bien, señor secretario—dijo desde una reja de la cárcel una voz de hombre—; cuando un galán honrado no puede ir á ver á su dama porque le tienen en jaula como un pájaro, bueno es que la dama, si le quiere bien, venga á verle y á consolarle; y si no tuviera rejas á la calle la cárcel, á buen seguro que me pudiera asomar á ellas, ni hablarme la Mari Galana, ni traerme qué cenar; que si no fuera por ella, iría mañana desmayado á recibir los azotes, y todos tomarían á miedo lo que sólo sería hambre y laceria.

—Vaya en gracia—dijo el alcalde mirando fijamente á la muchacha, que apenas tendría veinte años, morena, buen cabello, grandes ojos, hermosa garganta y aire picaresco y descarado, pero lleno de gracejo y de inteligencia.

—¿Qué mira tanto vuestra señoría?—dijo la muchacha sonriendo y dejando ver al alcalde dos hileras de blanquitos dientes.

—¿Tú eres de Valladolid, paloma?—la dijo.

—Para servir á Dios, al rey, á mi galán y á vuestra señoría, en el Ochavo, y criada en el barrio de las Morenas, junto á las tapias del verdugo, que es mi compadre.

—Pues tú, Mari Galana, debes conocerme á mí.

—Y no por cosa buena; ya lo creo, como que hace dos años, sobre si era bruja ó no era bruja, y sobre si di bebedizos al corregidor para que quisiera á su mujer y no empleara su vara de justicia en sacudirla el polvo de las espaldas, me tuvo vuestra señoría seis meses á pan y agua, que me quedé como un hilo, y me quiso dar garrotillo en los dedos para que confesase lo que no había hecho; gracias á que vuestra señoría tiene buen corazón y conoció que todo aquello que me levantaban era testimonio de la mala hembra de la Lebreia, que me tiene envidia por el palmito y por la gallardía de la persona, y porque no hay galán que ella tenga que en viéndome á mí no se la vaya y se venga á mí á sollicitarme y servirme; yo soy una honrada dama de picos pardos (y enseñaba con mucha gracia los cujoncillos de sus mangas de sayal y su lazo

morado sobre el hombro izquierdo, distintivo de las moras de partido de aquellos tiempos), tengo mi licencia del rey y ando siempre con mi dueña, y honestamente, sin dar escándalo; soy cristiana y caritativa, no robo ni soy gancho de la drona, ni yo taparía un hurto por cuanto hay en el mundo; déjenme, pues, en paz, que yo traiga cena y consuelo á este mi enamorado, que en ello á nadie ofendo ni maltrago, y estréllese vuestra señoría, señor alcalde Portocarrero, con otros y otras, que sin ser de picos pardos, sino muy altas y muy principales, y de un estado que debían respetar mucho, traen escandalizado al pueblo, ofendiendo á Dios y al rey, sin que nadie les ataje y vaya á la mano.

Extrañóle y púsole en cuidado al alcalde la manera particular con que la Mari Galana había pronunciado sus palabras y la dijo:

—Echate acá á un lado y vamos andando, que el bachiller Corchuelos no ha de morir de los azotes, y cuando sane tiempo te quedará para servirle; y vos, señor bachiller, recogéos é id cobrando ánimo para los azotes, y quedad con Dios y buenas noches.

—Con tal de que yo vea ahorcar al que tiene la culpa de que yo sea azotado—dijo Corchuelos—, por pagado me daré del vapuleo; y Dios quiera que no tarde yo en verlo.

—Calles el villano y mire no me entren ganas de mandar al alcaide que le ponga incontinentemente una mordaza. Echa delante, Mari Galana.

—Permita Dios que no le venga cosa buena al que tiene la culpa de que se vea en tal ahogo mi Corchuelos—dijo la muchacha llorando.

—Anda; anda más adelante—dijo el alcaide—, y respóndeme á lo que te voy á preguntar.

—Pregúnteme vuestra señoría todo lo que quiera, que yo le responderé todo lo que sepa—contestó Mari Galana tragándose las lágrimas.

La moza de partido y el alcalde iban de lente.

Algo atrás, la vieja; más atrás, Pedralva y los cuatro alguaciles.

—¿Por qué has dicho—le preguntó el alcaide—, que hay en esta villa damas muy principales que traen escandalizada á la gente?

—Porque es la verdad pura.

—¿Sabes tú quienes son esas damas?

—Es una sola.

—¿Sabes cómo se llama?

—Vaya si lo sé; pero me temo que si lo digo

á vuestra señoría me meta en la cárcel y me haga azotar.

—Como tú hayas dicho la verdad, en vez de azotarte te premio.

—¿Por la salud de vuestra señoría?

—Por mi salud, Mari Galana.

—Pues acerque vuestra señoría la oreja sin miedo de que se la muerda, porque lo que le voy á decir es para dicho muy quedo.

Acercó el alcalde la oreja izquierda á la rosada y fresca boca de la muchacha, y ésta le dijo con una voz que apenas se percibía:

—Doña Ana de Austria.

Dió el alcalde un salto.

—Sí, señor: doña Ana de Austria, esa reina ó esa infanta, ó qué sé yo lo que es. Pero ya se ve: como es sobrina del rey...

—Por menos de lo que estás diciendo he ahorcado yo á muchos.

—Eso sería bueno si fuera mentira lo que yo digo; pero no, siendo verdad, como lo es.

—Vamos, explícate.

—Pues poco tiene que explicar: todas las noches, después de las doce, un hombre entra con un fraile, que parece un fantasma, en la casa que tiene pegada al convento doña Ana de Austria, y antes del amanecer el fraile y el hombre salen.

—Entonces aún no deben haber salido.

—Qué sé yo; ya va siendo la hora de que los pájaros nocturnos vuelen. Andan diciendo por el pueblo que el fraile es un fantasma, un demonio que lleva á un condenado á ver á doña Ana de Austria, que está condenada también; pero no hay tal fantasma, ni tal diablo, ni tal condenado: son dos hombres de carne y hueso que yo conozco muy bien.

—¿Tú!

—Como hace mucho calor y no se puede parar de noche en las casas, el bachiller Corchuelos y yo nos andamos por las calles y nos salimos á pasear al campo hasta que amanece. Una noche, al pasar por delante del convento, vimos luz por la rejilla de la puerta de la casa de doña Ana, y como esto era ya cerca del amanecer, nos maravilló; quisimos ver lo que aquello era, y nos escondimos en un soportal; á poco se abrió la puerta, y aparecieron un fraile y un hombre. A ellos no les pudimos ver la cara, pero se la pudimos ver á la dama que les alumbraba; porque era una dama, no una monja, porque no tenía

hábitos, sino un hermoso vestido de seda, de raso de Florencia. Aquella dama, que era joven y hermosa, llevaba una palmatoria de plata en la mano, con una vela de cera perfumada. Nosotros lo veíamos todo esto muy bien, porque el soportal donde estábamos escondidos no estaba lejos, y Corchuelos y yo tenemos muy buena vista.

—Vamos, ¿y quién era la dama?

—Yo no la conocía; pero Corchuelos, sí. Aquella dama, a pesar de que no tenía hábitos, era una monja; una de las criadas de doña Ana de Austria: doña Luisa de Grado.

—¿Qué señas tenía la dama? Porque yo conozco á doña Ana y á sus criadas.

—Así como yo: de mis carnes, más morena que yo, y con los ojos así, como los míos, muy grandes y muy negros; una buena moza, señor alcalde Portocarrero. Pero venimos un ejército, nos vamos acercando ya, y sería bueno que mi abuela, el señor Pedralva y los corchetes se quedasen atrás y se escondiesen, y que vuestra señoría guardase la vara y me diese el brazo para que yo me agarrase de él, porque, viéndonos así, creerían que éramos enamorados, y no cosa de justicia.

—Dices bien, Mari Galana—dijo Portocarrero—; voy á mandar que se queden atrás, y tanto esconderé la vara por si nos ven, como que se la voy á dejar al licenciado Pedralva. Dile tú á tu abuela que se vaya con ellos.

Y diciendo esto, el alcalde mandó á los que le seguían y á la vieja que se metiesen en un soportal.

Luego, la muchacha se asió del brazo del alcalde y entraron por la calle del convento.

La calle estaba desierta, obscura y tranquila.

—Aún no deben haber salido—dijo la Mari Galana—, porque todavía no es hora.

—Lo sabremos—dijo Portocarrero—, que tengo dos alguaciles de guardia escondidos en un soportal delante del convento.

—Ahí es donde yo iba á decir á vuestra señoría que nos escondiésemos.

—Antes de todo, ¿habéis averiguado tú ó Corchuelos quiénes son el hombre y el fraile que entran y salen de noche en las habitaciones de doña Ana?

—Corchuelos es más listo que una ardilla y sabe más que un zorro, y cuando se propone averiguar una cosa, la averigua.

—Pero ¿quiénes son?

—¿Quién ha de ser el fraile más que el vicario de las monjas, fray Miguel de los Santos?

—Cuenta con lo que dices, Galana; mira que fray Miguel de los Santos es un varón muy respetable.

—Que sea respetable que no lo sea, es el que trae y lleva de noche á las habitaciones de doña Ana al pastelero Gabriel de Espinosa.

—Tú tienes ojeriza á Gabriel de Espinosa porque por su causa, ó más bien por la riña que con él tuvo ayer por la mañana Corchuelos, está éste sentenciado á azotes, y á poco más le ahorco.

—Esas son otras cuentas; y yo le juro á vuestra señoría que el tal pastelero me las ha de pagar con las setenas, ó he de dejar de ser yo Mari Galana. Quitando todo eso, es verdad que los que entran y salen de noche en el convento son el vicario de las monjas y el pastelero; y si no, si están dentro, vuestra señoría lo verá.

—Pues vamos á ver si están ó si ya han salido.

Y el alcalde se dirigió al obscuro soportal, y, entrando en él, dijo en voz baja:

—¡Hola, ministros!

—¿Quién es?—contestó una voz baja y bronca.

—El alcalde Portocarrero.

—Dios guarde á vuestra señoría,

—¿Y el otro?

—Se ha ido detrás de los que han salido.

—¿Han salido ya?

—Sí, señor.

—¿Por dónde?

—Por la puerta de enfrente.

—¿Ha bajado alguien á alumbrarles?

—No señor; han salido á oscuras, después de haber abierto con mucho silencio la puerta, y si no tuviéramos tan buena oreja y tan buena vista mi compañero Aironcillo y yo, ni los sentimos ni los vemos.

—¿Y quiénes eran?

—Un fraile blanco y negro, á lo que apenas podía verse, y un hombre rebozado en un capatillo.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Qué, no señor! No ha pasado ni el tiempo que se necesita para rezar tres credos, desde que salieron y los siguió Aironcillo, hasta que ha llegado vuestra señoría.

—¿Y por qué no os habéis ido vos también,

Roque? Porque siendo dos, llegarán á un punto en que se separen, y cada uno tome su camino.

—Vuestra señoría nos mandó que si saliese alguien le siguiese uno de nosotros, y que el otro se quedase observando.

—Decís bien; continuad en acecho, y espere-mos á que vuelva Aironcillo.

El alguacil Roque se retiró, y para no ser oídos, el alcalde y Mari Galana se fueron á otro extremo del soportal.

—Ya verá vuestra señoría—dijo la Galana—como Corchuelos no se ha engañado.

—Nunca lo hubiera creído—dijo Portocarrero.

—Ya sabía yo lo que me decía cuando dije que las que daban escándalo eran las que menos debían darle; en los pueblos se sabe todo, porque siempre hay quica oiga y quien vea, y todo el mundo se conoce, y no es como en Valladolid ó en Medina del Campo, que como hay mucha gente, nadie conoce á nadie.

—Que dos hombres han salido es verdad—dijo Portocarrero—; pero no podía ser muy bien, que alguien se haya puesto enfermo, y el hombre que ha salido con el fraile, sea médico ó cirujano?

—Pues si hay enfermo, todas las noches le da la basca, y tiene que venir el médico.

—¡Calla! Que parece que entra alguien en el soportal.

Y el alcalde adelantó entre lo oscuro, dejando en el otro extremo á la Galana.

—¡Hola! Aironcillo, ¿sois vos?

—Sí, señor alcalde—contestó una voz poco segura.

—¡Vive Dios! ¿Teneis miedo?—dijo Portocarrero.

—Sí, señor sí; porque he seguido á dos almas del otro mundo.

—¿Qué disparate estais ahí diciendo, men-guado?

—No son disparates, señor alcalde, porque ha de saber vuestra señoría, que los que iba siguiendo, andaban con alma que lleva el diablo, y al llegar á la encrucijada de la iglesia parroquial, por la parte del cementerio, me encontré con que de los dos no quedaba más que uno, y á pesar de que yo lo seguía sin perderlos de vista, no sé como ni por dónde desapareció; el uno y el otro, el que llevaba hábitos de fraile se desli-

zó hacia la tapia del cementerio, y como el humo ya no le vi más.

—Porque la noche es oscura y vos sois torpe, imbécil—dijo el alcalde.

—Porque eran fantasmas, señor; que lo que es yo, veo de noche como los gatos, y no soy ni torpe, ni lerdo, ni cobarde.

—Vamos, bien—dijo el alcalde—; otra noche esperaré yo mismo, y á mí no se me irán; ya está clareando; vamos á recogernos; pero en silencio, sin hacer ruido.

El alcalde se fué al sitio donde se había quedado esperando la Galana y la dijo:

—Vamos; por esta noche hemos concluido. Y se pusieron en marcha.

—Dígame vuestra señoría—dijo la Galana—¿no podía ser que se perdonasen los azotes al cuitado de Corchuelos?

—Hija—contestó el alcalde—*quod scripsi scripsi*.

—Dígame lo vuestra señoría en romance—dijo Mari Galana—; porque yo, aunque hace mucho tiempo que trato con estudiantes, todavía no sé latín.

—Eso quiere decir, que lo que escribí es lo que ha de ser, ó lo que es lo mismo, que Corchuelos será azotado.

—¿Pero por qué no se han de quedar los azotes en cincuenta, y por qué no se ha de decir al verdugo que no cargue la mano?

—Bastante rebaja he hecho con no ahorcarle ni echarle á galeras.

—Pero mire vuestra señoría que me lo van á estropear, y que yo me muero por sus ojos; por la salud de vuestra señoría y por la de su buena madre, y por la de su hija, mire vuestra señoría que es buen hombre, y no tiene más sino que se le calienta la sangre y mete mano. A mí me tiene siempre muy honradamente acompañada, porque nunca me faltan cardenales.

—Pues hija, váyanse los que le hará la penca por los que él te hace, y dale gracias á Dios porque no te meto en la cárcel con tu abuela y te mando emplumar á ti y á ella, y que os den sobre un burro una zurra por esas calles.

—¡Vaya! Como si hubieran hecho mis carnes para la penca, y como si á vuestra señoría no le diera lástima de que el verdugo para emplumar-me me trasquilase esta bendición de cabellos que Dios me ha dado. Vuestra señoría es bueno, y no dice eso más que para ponerme espanto.

—Pues mira, Galana: échate un punto en la boca, y no digas á nadie lo que me has dicho, y déjate de andorraes por la calle, porque si te vuelvo á encontrar, no digo yo á la media noche, sino después de oscurecido, no te han de valer tus zalamerías.

—Vaya, no creía yo que fuese vuestra señoría tan de piedra. Abuela Martina, vámonos, no sea que el señor alcalde nos entrecoja y no lo pase-mos bien—dijo con descaro la Galana entrando en el soportal donde se habían quedado la vieja, Pedralva y los otros cuatro alguaciles.

—Que las lleven dos hasta su casa—dijo el alcalde—y cuando las dejaren, que se vengán á mi posada.

—¿Guardia nos da vuestra señoría? Pues vaya si vamos á ir bien—dijo Galana—; lástima que todavía no sea de día claro para que nos vean con tan buenos lacayos. Vamos, abuela, vamos.

La vieja y la moza de partido se fueron acompañadas por dos alguaciles, y el alcalde, tomando su vara de manos de Pedralva, se volvió con éste y con los otros cuatro corchetes á su casa.

—No hay que fiar de lo que dice esta perdida—decía para sí el alcalde por el camino—; tiene ojeriza á Gabriel de Espinosa por lo de ayer mañana, y quiere sin duda vengarse de él metiéndole en un atolladero; ir á casa de Gabriel de Espinosa, no sería prudente; porque si hay algo de verdad en lo que Galana dice, sería avisarle; que han salido dos hombres, fraile y seglar, de las habitaciones de doña Ana, es cierto; que el fraile sea el vicario de las monjas, es posible; pero que sea el pastelero Gabriel de Espinosa el hombre que visita de noche á doña Ana, no lo creo verosímil. Aunque, sin embargo, este hombre, que ha sido bastante para robar de su casa á una dama tan principal como su esposa, bien podría ser que hubiera vuelto el seso á la monja. Confusiones son éstas, que son para perturbar el juicio del más cuerdo; y andar con muchos recados y contestaciones con el presidente de la Chancillería, sería abultar un negocio que, tal vez, en sí nada vale, y sacar á un proceso cosas de doña Ana de Austria, lo que puede ser que no agradara mucho al rey nuestro señor. En el pueblo hay tres grandes señores portugueses; pero éstos han ido ayer públicamente á visitar á la señora doña Ana, y no creo yo que ninguno de ellos tenga para qué visitarla de noche y en secreto. Vamos, me está tocando una de esas

malas temporadas que se le vienen encima á un alcalde, y no hay más que tener paciencia y abrir mucho los ojos, y ser prudente y ver lo que se hace, que ello dirá.

En esto llegaba el alcalde á su casa, metiéndose en su habitación, y dijo á Pedralva:

—A las doce en punto, el bachiller fuera, sobre el burro, y de cinco en cinco los azotes, según costumbre, y sin compasión; si se muere, mejor; un mal hombre menos. Ea, buenos días, que yo voy á ver si duermo un poco.

No bien habían dejado los alguaciles á la tía Martina y á Mari Galana en su casa, cuando la chica se abalanzó á la vieja, y colgándose la del cuello, la dijo:

—Ocasión ha llegado en que veamos lo que tú me estimas, madre Martina, y cómo me agradeces lo que por ti hago.

—Vamos, lucero—dijo la vieja—; que te sofocas demasiado y por bien poca cosa; deja que le sacudan, que los azotes, fuera de que incomodan cuando se aguantan, son saludables; porque la mala sangre sale á las espaldas y se remuda. Yo te sé decir que me han azotado diez veces por fruslerías, hija, por fruslerías; porque estos señores alcaldes necesitan muy poco para recetar azotes, y nunca mandan menos de ciento, que no es cuestión más que de veinte pregones; y todo es hasta que las espaldas se duermen; que, en durmiéndose, lo mismo dan ocho que ochenta; mira tú si lo sabré yo; y no tengas pena, paloma, que Corchuelos tendrás más que lo que quisieras.

—Muy bueno estará todo eso, abuela Martina—dijo la muchacha—; pero bueno sería untarle la mano al verdugo para que llevase penca de amigo, y no apretase demasiado.

—¿Y con qué hemos de untar al maestro?

—Con plata, abuela.

—¿Para que vea un maravedí mío, ni por Corchuelos, ni por el gallo de la pasión, el apretador de gatzates y bataneador de espaldas! Quitá, hija, quita, que eso es peor; tú no sabes lo que te dices; con lo que se le da, almuerza como un canónigo y bebe vino, y cría fuerzas, y sin poderlo remediar el pobrecito, cuando piensa aflojar la mano, donde deja caer la penca levanta túrdiga. Si lo sabré yo; una vez un compadre mío le dió al maestro Rejones, el de Toledo, tres ducados para que no me sentase mucho la mano, y, Mariquita de mi alma, nunca se los hubiera

dado, porque fueron los azotes más crueles que he sufrido en toda mi vida. Ya verás tú, ya verás tú cuando te den una vuelta; que eres muy niña, y si llegas á mis años, ya sabrás lo que es garrotillo en los pulgares y los cordeles en los brazos, y la penca y la corozca; porque ya te sacarán á la vergüenza la justicia ordinaria y el Santo Oficio, que la vida que traes no es para otra cosa, y ya andan sonrujiendo por ahí que si eres bruja, que si no eres bruja, y que si tienes hecho pacto con el macho cabrío y escondidos bajo la cama el unto y la escoba. Acuérdate que ya tuvistes un disgusto con este mismo alcalde de esta noche en Valladolid, y que si yo no ando lista y busco buenos padrinos, te rapan, te empluman, te azotan y te ponen como nueva; pero ello vendrá, hija, ello vendrá, y es menester que te vayas consintiendo y perdiéndole el miedo.

—Con unos ducadillos, abuela, haremos muy nuestro amigo al tío Cordelejo, que ya debe haber venido de Medina del Campo, adonde le han ido á buscar, porque en este villorrio no hay verdugo; mal rayo que le hubiera partido en el camino.

—Mira, Galana, hija, que estos tales maestros de justicia andan siempre á cuarta pregunta; como no cobran los derechos hasta después de la justicia, van á hacer la justicia en ayunas; si fueran á ahorcar á Corchuelos, muy santo y muy bueno; yo misma iría á llevarle un almuerzo de obispo para que tuviera fuerzas y le despenara bien; pero tratándose de azotes, que vaya en ayunas, que así no podrá apretar; y esto es probado. Si querrás saber tú más que yo, muchacha, que te doblo dos veces la edad; qué sabes tú de estas cosas.

—Pues mire, madre Martina; como no me dé gusto, me meto en una clausura de arrepentidas, y aquí paz y después gloria, y veremos lo que es de usted sin mí.

Asustóse la vieja al comprender que aquella paloma torcaz estaba decidida, y se rindió á discreción.

—¿Pues crees tú que lo hacía por dinero, estrellita?—dijo la vieja con el acento más meloso del mundo—; todavía tengo yo cincuenta ducados para los casos de honra, aunque se gasten, porque tú no te disgustes. Vamos, hija, vamos, que ya es de día claro; arréglate el manto, y vámonos á casa del sepulturero de la parroquia.

Poco después, Mari Galana y la tía Martina

marchaban á paso largo por las calles de Madrigal, y al cruzar una, hubieron de detenerse para que pasaran un hombre que venía montado en un asno, con dos cuadrilleros de la santa Hermandad á caballo un poco detrás de él, y seis arcabuceros.

—¡Ah, madre Martina—dijo Mari Galana mirando al hombre que iba montado en el asno—; que ese debe ser el maestro ejecutor de Medina, y tiene la cara más mala del mundo!

—¿Pues qué cara quieres tú que tenga un verdugo, amor mío? Vamos, vamos deprisa, no sea que maese Toston el sepulturero se haya ido á sus quehaceres.

La moza y la vieja apretaron el paso, llegaron al cementerio de la iglesia, entraron en él, le atravesaron y se colocaron de rondón en un casuco que había en uno de los ángulos del cementerio.

Un hombre repugnante estaba en un fogón moviendo y removiendo con una rasera una enorme cantidad de migas en una inmensa y negra sartén.

—¡Ehl maese Toston—dijo la tía Martina—; tira al albañal esas descomulgadas migas de pan de centeno, y lárgate á buscar al maestro de justicias de Medina, Cordelejo, y á maese Lagarto el pregonero de la villa; diles que dos damas le convidan á almorzar, y llévatelos fuera del pueblo al ventorro de las Peñuelas, donde estaremos nosotros, y donde almorzaremos como reyes, en paz y en gracia de Dios.

—Ya decía yo—contestó maese Toston—, que la Mari Galana no dejaría azotar á su cariño así de cualquier manera. Vayan vuestras mercedes andando hacia las Peñuelas, que maese Lagarto y maese cordelejo estarán allí conmigo más presto que dice misa un cura loco.

Y apartando á un lado la sartén, tomó un viejísimo y grasiento sombrero gacho, se le puso, tomó un garrote de un rincón, y partió.

La vieja y la joven salieron del domicilio del sepulturero, y luego del cementerio, y recorriendo algunas callejas, salieron al campo.

Media hora después, en un cuartucho del ventorro de las Peñuelas, sentadas alrededor de una mesa en que humeaba sobre una fuente una inmensa cantidad de gigote, haciéndole guarda de honor en derredor cuatro jarros vidriados llenos de vino pardiño, estaban la madre Martina, Mari Galana, maese Cordelejo, maese Toston y

maese Lagarto, y los servía una moza rolliza que parecía hecha de encargo para servir dignamente á tales personajes, y entraba y salía renovando los jarros de vino, un hombre, que si no era foragido, olía á mohatrero, ladrón y asesino desde una legua.

No se podía pedir junta más infamia.

Aquello era lo último de la hez social.

Sólo había allí una cosa que disonaba de todo aquello.

La espléndida y joven hermosura de Mari Galana; su rico manto de terciopelo azul celeste, que se manchaba de vino; el blanquísimo y fino pañuelo de Cambray que cubría sus hombros y su pecho, dejando ver en su cuello un delgado rosario de perlas con cruz de oro, y los ricos cintillos que adornaban las pequeñas, mórvidas y suaves manos de la niña.

Estaba tan dolorida, tan apenada la Mari Galana, que su semblante había perdido su desvergüenza, y tenía algo de puro, y mucho de lánguido y melancólico, lo que hacía parecer más hermosa á la muchacha, que ya lo era mucho.

—Ya ves, maese Cordelejo—decía la vieja presentando al verdugo de Medina un jarro de vino, del que ella había apurado casi la mitad—, que esta perla se muere; es niña y no está acostumbrada á estas cosas, y como todavía no le han acariciado las espaldas, se le hacen un mundo los azotes, y cree que su Corchuelos, por quien ciega y desatina, se lo van á matar.

—Lo que se va á poner el bachiller Corchuelos—dijo maese Lagarto con la boca llena de gigote, contestando por maese Cordelejo, que no podía decir palabra porque se había aplicado á dejar seco el fondo del jarro que le había dado la madre Martina—, es, que de resultas de los azotes se va á poner gordo como una nutria y va á criar bríos, porque para que un hombre llegue á endurecerse, no hay cosa como que tenga el pellejo curado y acostumbrado á los lapos.

—¡Valgame Dios!—dijo suspirando la Mari Galana—; pues ya daría yo un ojo de la cara porque no me lo adobaran y me le curaran al pobrecito; que para ser él valiente como el que más, no necesita de alifios.

—Por no verte yo tuerta, sin uno de los soles de tu cara, rapaza—dijo el verdugo de Medina—, azotaría yo á medio mundo; porque no hay cristiano que cuando yo le entrecojo á mi derecha montado en un pollino y con la espalda al aire,

al primer *alza la penca y dale* no ponga el grito en el cielo, no se le rompa la hiel al segundo, y no entregue el espíritu al tercero.

—¡Jesús! ¿Pero qué es lo que estás diciendo, hombre ó demonio?—exclamó Mari Galana poniéndose pálida como una muerta.

—¡Bahl chiquilla, no hagas caso—dijo maese Lagarto el pregonero—; yo te digo que mi compadre maese Cordelejo es un hombre muy chancero, que le da por asustar á las gentes, pero que luego tiene las entrañas más blandas que una paloma.

—Así las tuviera blandas quien yo me sé—dijo maese Cordelejo, mirando con toda la ternura de que era capaz su torvo semblante á Mari Galana.

—Vaya hombre, quita allá—dijo la niña torciendo en un mohín de desprecio su preciosa boca—; que no me ha echado á mí al mundo mi madre para que me sentara yo un día debajo de la horca. Vaya, quita allá; ni que mataran á sesenta Corchuelos.

Y la joven se levantó del sitio de pino y se apartó del verdugo con aire de tormenta y echando fuego por los ojos, y salió diciendo á la vieja:

—Vamos, alce, madre Martina, y de aquí más que á paso, y suceda lo que Dios quiera, que esto es ya más que castaño oscuro; y aunque lo siento y me va á costar la vida, si á tal precio no ha de ser, por mí que le ahorquen.

Y salió.

—Pues no dejarás tú de ser un mostrenco—dijo la vieja dirigiéndose al verdugo—, si haces caso de lo que dice; ella está muy consentida y muy llena, como que señores muy principales la tiran el oro á los pies, y no me digas que si te has enamorado que si no te has enamorado, porque lo mismo podrías enamorarte del sol y de la misma manera no podrías tocarle con la mano.

—Pues mire cómo ha de hacer, abuela; porque ó esa mujer me mira con buenos ojos, ó al tercer *kirie eleyson* la dejo vacante y necesitada de buscar novio.

—Siempre á más de verdugo serás tú un animal—exclamó la madre Martina.

—De modo—dijo maese Lagarto—que, para tratar de los azotes, podáis haberos venido sola, madre, que sois un miedo de San Antón, y no haberse traído á ese pino de oro; que el que

más y el que menos tiene su alma en su armario; y como mi compadre Cordelejo es sensible y tiene la sartén agarrada por el mango, no hay más que oírle con el respeto que él se merece y no andarse con aspavientos ni passes de Semana Santa.

—Vamos, madre—dijo asomando á la puerta la Galana—, ¿no oye que no quiero más plática? Alzando y fuera, ó me voy yo sola. ¡Mira la honrada compañía que perdemos, que huelen los malditos á muerto desde una legua!

—¿Y á qué hueles tú, princesa?—dijo maese Lagarto, que se tenía por mucha persona, poniéndose de pie y pálido de cólera, porque le había picado hasta los huesos el acento indescribiblemente despreciativo con que había pronunciado sus palabras la Galana.

Acertaron á entrar en la venta á echar un cuartillo dos cuadrilleros de á caballo, llegando á tan buen tiempo, que si no llegaran, no sabemos lo que hubiera sucedido, y, al verlos la joven, se abalanzó á ellos asustada, porque en su cólera maese Lagarto había sacado un largo puñal é ídose para ella, y les dijo:

—Ya ven, honrados cuadrilleros, lo que ese mal hombre, vil y bajo, quiere hacer con dos pobres mujeres; puñal tiene en la mano y no se sacan los puñales para acariciar y hacer buena obra, sino para hacer cerrar el ojo sin temor de Dios á quien no quiere que sus días sean tan breves.

—Si no hubieran venido las malas con esos bergantes—dijo uno de los bigotudos cuadrilleros—, no se verían en tales aprietos. ¡Ea! Dense todos presos á la santa Hermandad y pocas ó ningunas palabras, que ya tendrán lugar de hablar con la justicia y se verá por qué ha sido este escándalo.

Y mientras decía esto el cuadrillero, bebieron él y su pareja, cada cual su cuartillo, y sacaron cordeles y se metieron dentro del cuarto donde estaban los tres bribones.

El ventero y la moza, todos curiosos, se entraron también, y ver esto la Mari Galana, cerrar la puerta, echar el cerrojo, encerrándolos á todos, salir con la madre Martina que estaba fuera, quitar la brida á los caballos de los cuadrilleros y dar á correr haldas en cinta la moza y la vieja, á pesar de sus años, como corzas hacia el cercano Madrigal, fué todo obra de dos minutos.

Las dos mujeres se perdieron muy pronto en la entrada del pueblo y llegaron á su casa, recogieron en un envoltorio lo que valía algo, se fueron á una posada y, con el pretexto de que la Galana, á quien todo el mundo conocía, no quería estar en el pueblo á la hora de la tunda de su novio, pagaron á un arriero lo que quiso pedirles, y en tres machos el arriero y ellas se pusieron á buen paso sobre el camino de Valladolid.

Pasó el tiempo y llegó la hora de la ejecución.

Al bachiller Corchuelos se le iba un sudor y le venía otro, y al secretario Pedralva todo se le volvía preguntar si habían venido el pregonero y el verdugo.

Por lo demás, el asno esperaba pacientemente delante de la cárcel, y los cuatro arcabuceros y los dos cuadrilleros á caballo que debían escoltar la ejecución, estaban también dispuestos.

Pero el verdugo y el pregonero no parecían. Sepamos por qué no parecían el pregonero y el verdugo.

Era el caso que, por casualidad, la puerta que había cerrado por una rápida inspiración la Galana, era fuerte y ajustaba bien, y en el aposento no había otra puerta ni más que un estrecho ventanillo, por donde no cabía un hombre, con marco de madera y cruz de hierro.

Quando los cuadrilleros se vieron encerrados, olvidándose por el momento de atar á los tres hombres, se volvieron; pero en vano procuraron abrir la puerta.

No había medio posible, ni asidero por el cual, ayudados los dos cuadrilleros por el ventero, pudiesen forzar el cerrojo.

Además de esto, la puerta se cerraba de dentro á fuera.

Suprimiremos todo lo que allí se dijo, todo lo que allí se juró, votó y amenazó, porque no viene al caso, y nos reduciremos á decir que, no habiendo pasado una sola alma por el camino, nadie pudo abrirles hasta el medio día, en que un buhonero ambulante entró en el ventorrillo, oyó el estrépito que dentro había, abrió la puerta y los encerrados se encontraron libres.

En cuanto vieron luz el verdugo, el pregonero y el sepulturero, rompieron para afuera y dieron á correr hacia Madrigal, zambulléndose el sepulturero en el cementerio y yendo á escape á

la cárcel á cumplir con su oficio el verdugo y el pregonero, llegando á tiempo que daban las doce, hora fijada para la ejecución.

—¡Ah, galopos, que ya estais aquí!—dijo el licenciado Pedralva—: ministro Aironcillo, en cuanto la ejecución se acabe, se me os venís á la cárcel con estos dos tunantes, me los metéis en un calabozo y les mandais echar argollas, esposas y grillos. Yo os diré si así se hace esperar á la justicia en desacato y deservicio del rey nuestro señor y con molestia del vecindario, á quien se hace esperar más de lo justo á que salga el azotado. ¡Ea, avíarle pronto, que ya son las doce, y á ver si acabamos antes de las cuatro! Ya sabes tú, maestro, á cada pregón, cinco azotes bien dados, con penca útil y con un minuto entre azote y azote, y sin entrañas blandas. Luego veremos si encontramos por ahí otro par de maestros y otro pregonero para que os sacudan á vosotros el polvo. Conque andando, que ya es tarde.

El verdugo y el pregonero se entraron en la entrepuerta donde estaba esperando el mezquino de Corchuelos, y el maese Cordelejos, que se había enamorado de la Galana y estaba furioso por su desprecio y por lo que por ella le sucedía, se tiró como un tigre sobre el sentenciado y le arrancó el jubón y la camisa, dejándole desnudo de medio cuerpo arriba.

—¡Pero hombre, qué haces?—dijo Corchuelos—; ¿no te han untado sebo para que me trates bien y aprietes lo menos posible la mano?

—Ya verás lo que yo te uato—respondió Cordelejo echándole fuera.—Oye tú, Lagarto, tráete de las tres pencas que he traído la grande de tres costuras.

Se le subió al bachiller Corchuelos al oír esto el estómago á la garganta, le dió un baido, y los alguaciles de la ronda del alcalde que allí estaban tuvieron que acudir á él para que no cayese.

Agarróle el verdugo, púsole de una sola vez á horcajadas sobre el asno, le ató á la albarda por las piernas, le sujetó atrás las manos con las esposas, y á este tiempo llegó el pregonero, entregó al verdugo una formidable penca de tres suelas y agarró el ronzal del asno.

Ya estaban delante á caballo, entre la multitud que llenaba la calle, los dos cuadrilleros que habían venido de Medina con el verdugo; detrás, un tamborilero de la villa con la caja pre-

parada; el licenciado Pedralva con un papel sellado y escrito en la mano; el verdugo á la izquierda del reo, que estaba más muerto que vivo; á ambos lados los seis alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, y con los tres de la izquierda el alguacil Anguila, que todavía tenía el carrillo levantado y sudaba y trasudaba poco menos que Corchuelos, y no se atrevía á mirarle, y detrás los cuatro arcabuceros de Medina y otros cuatro de Madrigal.

Se había atrasado un cuarto de hora de la que se había prefijado.

El gentío era grande y las ventanas estaban llenas de gente, porque el azotado era estudiante, y tenían á los estudiantes los del pueblo, y con sobrada razón, una ojeriza mortal.

En cambio, no se veía un solo estudiante.

Los frailes agustinos, para evitar tumultos, los habían encerrado en el Seminario y allí estaban que bramaban.

Porque los azotes dados al bachiller Corchuelos alcanzaban moralmente á toda la corporación.

Esto era deshonoroso.

Todos juraban largarse de Madrigal en cuanto les diesen suelta y no volver más á él en toda su vida.

El alcalde Portocarrero no había podido prever hasta qué punto era transcendental su sentencia de azotes á un estudiante.

La villa de Madrigal no sabía aún cuánto debía agradecer al alcalde su sentencia.

Aquello era lo mismo que cerrar el Seminario.

Y aunque debía perderse en materia de consumos, era imponderablemente más lo que ganaban en honra y tranquilidad las familias.

Sólo algunas muchachas debían quedar inconolables por la desaparición de los estudiantes.

—Vamos, que ya es hora—dijo el licenciado Pedralva al tamborilero, que apenas oyó esto arrancó de su tambor un largo redoble.

Cuando éste terminó, se oyó la voz del pregonero, ronca, pausada, con una cadencia horrible, que repetía lo que el licenciado Pedralva le dictaba, leyendo el papel que tenía en la mano:

—“Esta es la justicia... de cien azotes... que manda dar... en nombre del rey nuestro señor... en este hombre... el doctor don Luis Portocarrero... alcalde de corte... por desacato... é injuria... de palabra y obra... á un ministro de jus-

ticia... del rey nuestro señor... Quien tal hizo que tal pague... alza la penca y dale."

Maese Cordelejo, que era fornido jayán de seis pies, se hizo atrás, y...

Prescindamos de lo repugnante de esta descripción.

Pero á pesar de que el maestro Cordelejo apretó los puños y los dientes, el bachiller Corchuelos hizo honor á su valentía aguantando de una manera heroica los cinco primeros azotes.

Inmediatamente sonó el tambor batiendo marcha, y aquella horrible procesión de justicia adelantó hacia la plaza, y al llegar junto á la picota ó el rollo, en el mismo sitio donde se ponía la horca, frente por frente de la casa de Gabriel de Espinosa, paró y sonó otro largo redoble.

—¡Oh! ¿Qué es eso?—dijo Sayda Mirian, que estaba en su aposento con Gabriel y tenía á su hija en los brazos.

—Deben ser los azotes del estudiante de ayer—dijo con disgusto Gabriel de Espinosa.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Sayda Marian, poniéndose pálida.

En aquel momento, á través de las paredes, salvando la casa, entrando por la ventana que daba al huerto, se oyó un grito horrible, más que un grito un rugido inarticulado, un rugido de dolor y de agonía, al que siguió un inmenso vocerío.

—A ese infeliz ha debido sucederle algo terrible—exclamó Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa salió rápidamente, y volvió á poco densamente pálido y visiblemente contrariado.

—La pena de azotes se ha convertido en pena de muerte—dijo con voz ronca—; el verdugo es fornido y feroz, y ha matado al reo.

—¡Pero cómo!

—Aplicando los azotes de una manera horrible; el reo no ha podido resistir, y ha sucumbido á la muerte.

—¡Y no hay justicia para esto en la tierra!—dijo Sayda Mirian.

—No, María, no; pero la hay en el cielo.

Sayda Mirian calló, y Gabriel de Espinosa siguió paseándose por el aposento en silencio.

En efecto, el infame Cordelejo se había vengado de una manera cobarde.

Había asesinado impunemente al desgraciado Corchuelos; le había roto con un golpe furioso la espina dorsal, y Corchuelos había muerto en

el acto, sin tener tiempo más que para exhalar su horrible grito.

El cadáver fué recogido por algunos vecinos caritativos, y el maestro Cordelejo fué llevado á la cárcel juntamente con el pregonero, lo que demuestra que no se le prendía por la muerte de Corchuelos, sino por haber llegado tarde á cumplir su horrible oficio.

CAPITULO XIII

DE LA CONVERSACIÓN QUE TUVO GABRIEL DE ESPINOSA CON LA MARI GALANA EN UNA HUERTA DE VALLADOLID.

Madrigal, que había asistido entero á la ejecución del bachiller Corchuelos, se había aterrado por el miserable y desastroso fin del estudiante.

Y es que la intuición de la justicia, subordinadas las leyes á las costumbres, está en todos los corazones de los hombres que pertenecen á una civilización dada.

Todos comprendían perfectamente que la sentencia se había extralimitado; que se había convertido en una sentencia de muerte la que sólo había sido de azotes, y comprendieron también el defecto fundamental de la pena.

Comprendieron que no era preciso, esto es, que no podía tenerse seguridad de la menor ó mayor gravedad de la pena, porque no puede haber justicia en una pena, porque todo consistía en que el verdugo fuese más ó menos fuerte, más ó menos feroz.

Comprendieron, pues, la brutalidad de aquel castigo y la justicia inherente á él; porque no puede haber justicia en una pena cuando no hay una exacta relatividad entre ella y el delito que castiga.

Si entonces hubiera habido periódicos, ó si Madrigal hubiera sido una gran población como Valladolid, Madrid ó Medina del Campo, se hubiera creado lo que se llama opinión pública, y se hubiera hecho pensar al rey y á todos los hombres de las justicias menores y mayores del reino, en modificar la pena de azotes, en ponerla en armonía con la moralidad, ó lo que es lo mismo, en sentido mas lato con la justicia.

Pero Madrigal era una villa, como suele decirse, de poco más ó menos, y la opinión pública se ahogó en ella por falta de número y de espacio.

Maese Cordelejo y maese Lagarto habían sido presos.

Pero no por la responsabilidad de la muerte de Corchuelos, que sólo podía hacerse pesar sobre el verdugo, sino, como hemos dicho, porque no habían llegado á cumplir con su oficio á la hora conveniente.

La situación de estos dos prójimos no era de las más fáciles.

El alcalde Portocarrero era muy hombre de hacerles dar una vuelta de azotes de lo lindo, en compensación de su falta.

La situación del verdugo y del pregonero por ante la ley se había agravado con la llegada de los dos cuadrilleros á caballo, que habiendo deshebillado y llevándose consigo las bridas la Galana, habían entrado en el pueblo poco después de la muerte de Corchuelos y presentándose al alcalde, al que habían dado parte en queja de lo que les había sucedido.

Declaraban los cuadrilleros lo que era la verdad, esto es, que al entrar en el ventorrillo habían visto amenazadas de muerte dos mujeres, la una vieja y la otra joven, y ambas no de muy buena pinta, que al ir á atar á los tres hombres que les habían amenazado habían sido encerrados por las mujeres, que habían permanecido encerrados hasta que un transeunte les había abierto, que los tres hombres, prevaleciéndose de la ocasión, se les habían escapado, que al ir á cobrar sus caballos para perseguirlos no los habían encontrado en la puerta del ventorrillo, donde los dejaron, que se habían visto obligados á ir á buscar los caballos á una dehesa, donde los habían encontrado sin bridas, por cuya razón habían tardado tanto después de la fuga de los tres hombres en llegar al pueblo y presentarse al alcalde, y por último, que los tres hombres fugados eran el verdugo de Medina del Campo, maese Cordelejo; el pregonero de Madrigal, maese Lagarto, y el sepulturero de la villa, maese Tostón.

Preguntados por el alcalde si conocían á las dos princesas que habían dado ocasión á que hubiese mérito de prender á los otros tres personajes, respondieron: Que ellos eran vecinos honrados y cuadrilleros de la Santa Hermandad, de la villa de Nava, que habían tenido aviso de que cierto salteador muy dañoso andaba por los alrededores de Madrigal, y habían venido con encargo de la justicia de su pueblo á ver si podían prenderle; que eran, por lo tanto, en Madrigal

forasteros, que no conocían á nadie, y que por lo mismo no sabían quiénes eran la dama y la dueña andante que se habían encontrado en el ventorrillo, á las inmediaciones ya de Madrigal.

El alcalde envió, bajo partida de registro, presos á su villa de la Nava á los dos cuadrilleros, por haberse dejado burlar, y se fué á la cárcel á tomar declaración al verdugo, al pregonero y al sepulturero, que había hecho prender; pero aconteció que éstos, habiendo previsto antes de entrar en Madrigal que serían presos y encasados, se habían puesto de acuerdo y declararon unánimes: que ellos eran antiguos compadres, que aprovechando la ocasión de encontrarse juntos en Madrigal, habíanse ido á almorzar aquella mañana al ventorrillo, y habiendo encontrado en el camino á una mujer joven y á otra mujer vieja, habíanlas convidado y aceptado ellas, pero que no las conocían, ni sabían quiénes fuesen; que lo de puñal en mano de maese Lagarto había sido una figuración de los señores cuadrilleros, y que, si cuando se abrió la puerta del aposento en que todos estaban encerrados escaparon, no fué por burlar á la justicia, sino porque sabían que hacían falta en Madrigal para la ejecución de la pena de azotes del bachiller Corchuelos.

Pero el alcalde Portocarrero tenía ya curtida la piel y estaba adobado hacía muchos años con salsa de crueldad, y haciendo poner uno tras otro á los tres menguados en una escalera de las de mano, les hizo apretar los brazos con los cordales á fin de hacerlos *canarios*, esto es, á fin de que cantasen, ó lo que es lo mismo, declarasen la verdad; pero los tres ganapanes eran gente dura, y á pesar de que les dieron siete vueltas de cordel, y les reventaba la sangre por las puntas de los dedos, se mantuvieron negativos, jurando y perjurando que ellos no habían querido matar á las mujeres, que no las conocían ni sabían quiénes fuesen, y que no habían querido burlar á la justicia.

Maltratados duramente el alcalde sin lograr sacarles una palabra, y cuando dijo que al menos le diesen las señas de las dos mujeres, dijeron los tres que la joven era blanca con los ojos azules y rubia como un oro, que la vieja era de color de cordobán, y con las narices tan curvas y tan largas que parecían querer meterse en su boca, y todas las señas, en fin, completamente contrarias, para desorientar al alcalde.

Y no se crea que los tres bribones hacían esto por salvar á la Galana y á Martina, sino por evitar la pena de galeras por el delito de cohecho; porque si hubieran declarado quiénes eran las dos mujeres, hubiera resultado claro, que siendo la Galana amante del azotado, no podía haber almorzado con el verdugo, sino para cohecharle, y hacer que por el cohecho hubiese flojeado en los azotes, y por consecuencia escarnio de la justicia.

Esto les hubiera producido una buena tunda, con la adición de diez años en el banco de una galera agarrados á un remo, con un grillete á los pies y en continua comunicación por las espaldas con el rebenque de un cómitre.

Desesperóse el alcalde viendo que nada sacaba en claro de aquellos tres bribones, los sentenció á cien azotes por barba y á seis meses de cárcel, y nadie inquietó ni pudo inquietar á la Mari Galana y á la madre Martina, que por el aviso confidencial de algunas almas caritativas que las avisaron de todo, supieron que nada tenían que temer por parte de la justicia.

—Madre Martina—decía una mañanita la Galana paseando por las huertas del Pisuerga, y hermosota y ataviada de la manera más bizarra del mundo—: la pena me ahoga y me estoy muriendo; no se me olvida el pobre de Corchuelos; y ya lo ves, ni como, ni vivo, ni duermo; dicen que estoy más hermosa porque me he puesto más blanca y más pálida; pero yo conozco que esto va á acabar en sepultura, y no quisiera morir sin vengarme.

—Calla, hija, que no hay mal de amores que no se cure, ni pena de hombre que no se olvide—respondió la tía Martina—máxime cuando el hombre, por estar enterrado y criando malvas con el cogote, no se puede ir con otra; á mí me han ahorcado muchos, y la gente que anda á nuestro alrededor, es siempre racimo de horca; y si no lo son no los queremos, y aunque yo he tenido el corazón tan blando como tú puedes tenerle, y aunque he llorado y me he desesperado mucho por todos, no me he muerto; tú eres niña, y estás en el primer celo; como que Corchuelos fué tu primer cariño, y se te figura que, habiéndole matado, ya se ha acabado el mundo para ti, y te vas á ir tras él á la otra banda: déjate de esa tontuna, y cree á quien sabe más que tú, que ya saldrá el sol claro, y pimpollos como tú hay pocos, y hombres como Corchuelos abundan en

todas partes, y ojalá no hubiera tantos, hija, porque son una plaga que, si algo dan á una mujer, son malos tratos y malas razones, y los maravedises por el cielo; que antes bien es menester dárselos á ellos para que no nos maltraten, y mujer que anda con estos tales no echa nunca luz, ni tiene más de dos camisas, ni escapa de miserias.

—¡Ay, madre! que yo me estaba mirando en los ojos de mi bachiller, y aunque siempre me tenía sin un cuarto y acardenalada de arriba á abajo, yo le adoraba y era dichosa; porque, eso sí, el pobre estaba enamorado de mí como un loco, y para él no había más mujer que yo en el mundo.

—¿Pero serás tú necia, Galana, y loca incurable?—dijo la vieja.—Pues por quién han pasado todas estas desdichas, sino porque á tu fidelísimo Corchuelos se le puso sacar raja de la hermosaza y presumida ama de cría que trajo al pueblo el pastelero Gabriel de Espinosa?

—Quite usted, madre, que chicoleos á las mujeres de buen palmito los dicen todos los hombres jóvenes, y más los estudiantes; y yo me sé que todo ello no hubiera pasado de conversación, porque, sin vanagloria, y aunque no la conozco, estoy cierta como que he de morir, que donde yo esté, la tal ama de cría no sirve para otra cosa que para quitarme el polvo de los chapines.

—Callate tú, que no sabes lo que te dices, vanidosa; que si tú vieras á la tal Clara, se te caería el alma á los pies de envidia y te pasaría lo que me pasó á mí, que me pareció que aquello no era criatura humana, sino un ángel que se había caído del cielo. ¿Pues qué más quisiera yo sino que, en vez de ser tú la que vienes paseándote conmigo por estas huertas, fuera la Clara? Que no cambiaría yo mi hacienda ni por la del rey nuestro señor.

—Pues bien, madre; eso me aviva más la sed y la rabia de la venganza. Sin Corchuelos me he quedado por la manceba del pastelero, y juro á Dios que sin pastelero ha de quedarse ella, y que he de meter al tal en tales lances y aprietos, que no salga de ellos para azotes, sino para la horca.

—¿Sabes tú, Galana—dijo la vieja—, que tanto me estás hablando del señor Gabriel de Espinosa desde que escapamos de Madrigal, que ya hace bien doce días, que se me figura que

tanto le aborreces, que si hablas con él tres palabras, te vas á olvidar de maese Corchuelos como si el tal no hubiese andado por el mundo ni le hubieses conocido, y te vas á volver loca por el pastelero?

Bajó la Galana los ojos, se la colorearon las mejillas, estuvo algún tiempo callada, y luego dijo:

—Mirad, madre Martina: un día iba yo por la plaza con el manto atrás, la gargantilla buena de perlas y un ramo de flores en la mano, cuando, sin saber cómo, me tropecé con un hombre; miré, me miró. "Lástima de perla", dijo. "Qué buen mozo", dije yo para mí; y él pasó y yo pasé, y él se volvió para mirarme, y yo me volví para mirarle á él, y no hubo más; y á los cuatro días, yendo yo con la Liebre por la plaza, le vi pasar á lo lejos, y pregunté á la Liebre, y la Liebre me dijo:—Es el señor Gabriel de Espinosa, el pastelero, que hace pocos días ha venido al pueblo después de haber estado ausente muchos años; es un buen mozo y parece muy hombre, ¿no es verdad?—Sí; pero me parece muy viejo—la respondí.—No es viejo—me dijo—, que, según he oído decir, no llega á los cuarenta años; y bien se le conoce esto en el mirar y en lo derecho y gallardo de la persona; sólo que ha sido soldado, y le han curtido la piel y le han puesto blanco los trabajos.

—Cuando yo digo que no sabes lo que quieres, Galana, bien sé yo lo que me digo—dijo la vieja.

—Pues mirad, madre: yo no puedo vivir así, porque me ahogo; y es menester que el señor Gabriel de Espinosa se enamore de mí para que yo vengue á Corchuelos poniéndole en un resbaladero que le lleve á la horca, ó para que Corchuelos se me olvide y deje de darme guerra si me enamoro, como pensáis que será, del pastelero.

—Pues estando él en Madrigal y tú en Valladolid, no sé cómo van á ser esos amores.

—No está en Madrigal, sino aquí, hospedado en la posada Honda—dijo la Galana, volviendo á ponerse encendida.

—Calla, hija; ¿y cómo lo sabes tú?

—Porque la Liebre me lo ha enviado á decir con uno de los estudiantes que se han venido de Madrigal por la vergüenza que les han dado los azotes de Corchuelos; y el mismo bachiller Burguillos, que es el que me trajo la noticia, me

averiguó dónde paraba el señor Gabriel. Él salió de Madrigal el mismo día que nosotras por la tarde, y hasta ahora, desde que llegó, ha mudado más de posada que de camisa; primero estuvo en el mesón del Perro; de allí se fué á la posada de la calle sin salida; luego á la del Escribano, y anoche durmió en la posada Honda.

—Pues, muchacha, ya haces tú más de lo que yo creía; ni un alcalde anda con más pesquisas que tú.

—Por la cuenta que me tiene; yo soy de las que callan y apañan; y oíd, madre: yo estoy que muero porque el señor Gabriel de Espinosa se enamore de mí.

—Pues allá tú. ¿Qué quieres que yo te diga? Ponte á su tope, y á la ventura de Dios.

—Madre, vos sabéis hacer bebedizos y filtros, y ya sabemos que cuando queréis que un hombre se enamore, basta con que vos le echéis dos saluciones, porque no es menester la tercera.

—Mira, hija: yo te quiero bien, que al fin te he conocido rapaza y en mis manos te has criado, y lo que vales, aparte de la hermosura que Dios te dió, me lo debes; no quiero engañarte; porque eso de los bebedizos, y los filtros, y los untos, y el levantar figura, son embolismos para engañar á tontos y sacarles el dinero, y lo que una mujer no consiga con su palmito y su arte y su ingenio, no lo alcanzará con todas las brujerías y todas las saluciones de todas las viejas del mundo.

—¡Ay, madre!—dijo la Galana soltando un suspiro de todo lo hondo de su alma, y deteniéndose.

—¿Te se ha torcido un pie, ó te ha entrado la basca, hija?—exclamó la vieja.

—¡Ay, madre, no: es que viene por entre aquellos árboles.

—¿Quién?

—Quien ha de ser, sino el señor Gabriel de Espinosa.

—Pues algo lejos debe de estar; porque yo con mi cortedad de vista no lo veo.

—Vámas andando, madre, vamos andando, y á disimular.

Y la muchacha echó á andar, adelantándose algo á la vieja.

Gabriel de Espinosa venía, en efecto, por el mismo sendero por donde iba la Galana, y debían necesariamente encontrarse.

La moza se preparó al encuentro, hizo lángui-
da su marcha, inclinó el semblante, haciendo
blanquear graciosamente su cabeza, y con el
manto echado atrás y recogido en el brazo, se
fue como distraída al encuentro de Gabriel de
Espinosa, que venía verdaderamente preocupa-
do, y un momento después la Galana se tropezó
con él.

—¡Ay, señor!—dijo—, y qué ensimismados
veníamos los dos, que no nos hemos visto hasta
que nos hemos sentido.

Gabriel de Espinosa miró profundamente a la
muchacha, y la dijo:

—Perdonad, niña, si os he causado disgusto ó
daño, porque yo iba acá tan metido en mis pen-
samientos, que lo mismo que he tropezado con
vos, hubiera tropezado con un poste.

—Ni disgusto ni daño—dijo la Galana—me
habéis causado, sino mucho placer con vuestra
cortesía.

—De honrados es ser corteses con las muje-
res—dijo Gabriel de Espinosa.

—Y de mujer de buen alma es el agradecer
que la traten mejor de lo que merece.

—Vos merecís bien que se os trate con cor-
tesía, por lo linda y por lo discreta, y quedad
adiós, niña, y mandad si os ocurre algo.

—Ved ahí que lo echáis a perder—dijo la Mari
Galana—, porque estáis deseando perderme de
vista, y eso no es cortesía, sino desdén.

—No lo toméis á mal, porque yo no os co-
nozco.

—Sí que me conocéis.

—¿Dónde os he visto?

—Aún no ha quince días, en la plaza de Ma-
drigal.

—¿De Madrigal sois?

—No, señor, que nací en Salamanca, y dando
vueltas por el mundo, fui á parar á Madrigal.

A todo esto, y sin saber cómo, entrambos,
ella á la derecha y él á la izquierda, habían
echado á andar lentamente.

Ya sabemos que Gabriel de Espinosa tenía un
gran defecto: el ser enamorado y dado al culto
de la hermosura, fuese quien fuese la mujer her-
mosa con quien se encontraba.

La Mari Galana, que creía aborrecerle, esta-
ba, como hemos indicado, vivamente impresio-
nada por él, y emanaba de ella ese perfume em-
bragador que se exhala de toda mujer bella
cuando está al lado del hombre que la interesa.

Gabriel de Espinosa aspiraba este perfume, y
empezaba á embriagarse.

Mari Galana lo notaba, y por maestría y por
deseo, empezaba á poner en juego todos sus me-
dios de seducción.

La vieja se había quedado discretamente á
retaguardia.

—¿Os acordáis ya de haberme encontrado, se-
ñor mío?—dijo la Galana con un acento seduc-
toramente dulce é insinuante.

—Sí por cierto; y os he reconocido desde el
punto en que al tropezar con vos os vi: me he
acordado de vos muchas veces, y he sentido no
volver á veros, porque cuando os vi la primera
vez, me parecísteis muy bien.

—¿De veras? ¿Por vuestra salud, galán?

—Y por la vuestra.

—¿Y qué os importa á vos mi salud?

—Mucho, porque no me habéis hecho ningún
daño.

—Pues lo siento.

—¿Que lo sentís?

—Y mucho.

—¿Y por qué?

—Vamos, señor mío, que debéis estar muy
acostumbrado á que todo se lo hablen las muje-
res, y eso no esta bien, ni lo haré yo; porque
aunque soy una pobre muchacha, hablando con
vos y para vos, soy una mujer que vale tanto
como la primera.

—¿Y por qué? Explicadme.

—Porque os hablo con el corazón, sin falsedad
ni interés, y el corazón, señor mío, es siempre al-
tivo y honrado, cuando se da de buena voluntad.

—¡Ah! Conque es decir...

—Sí; no quería decíroslo, y os lo he dicho todo.

—Seguid, niña, vuestro camino—dijo triste-
mente Gabriel de Espinosa—, y no os pongáis
bajo la sombra del árbol maldito; si es verdad
que me habláis con el corazón, huid de mí; no
hablemos de si sois esto ó lo otro; en estos mo-
mentos para mí, y hablando como habláis, sois,
como habéis dicho muy bien, una mujer que vale
tanto como la primera; por lo mismo os hablo
como quien os dobla la edad y ha sufrido mu-
cho, y es muy desgraciado: como un padre in-
dulgente; sentiré mucho que no me comprendáis.

—¡Oh! sí, sí, os comprendo perfectamente, se-
ñor mío; seguid, seguid hablándome así, porque
vuestras palabras me deleitan y me consuelan,
porque yo soy también muy desgraciada.

—Si ésta no ha estudiado con el diablo—dijo la madre Martina, que iba oyendo la conversación—, ha estudiado con su nieto; y la desvergonzada me pedía consejo, cuando puede dármelos. ¡Lástima que ese buen hombre no tenga minas de oro en el Perú!

—La desgracia es la herencia de los hijos de Adán—decía entretanto Gabriel de Espinosa á la Galana—; una cruz más ó menos pesada con que cargar los hombros encontramos todos al lado de nuestra cuna, y aquél vale más, que lleva su pesada cruz con más valor y más fortaleza.

—Mirad, señor mío, que ya ha muchos días que pasó la Cuaresma, y que no sois capuchino; no se me os vayáis por en medio de un sermón, porque esto es huirme el bulto y no querer entenderme.

—Bien que os entiendo; á vos os sucede lo que á todos conmigo; os asombro; os venís á mí como se viene el pajarillo á la boca de la serpiente; creedme, pues, porque os advierto que me parecéis un pájaro sabroso, y harto os digo con esto, y debéis agradecerme el que os lo diga.

—Pues mirad, señor Gabriel de Espinosa...

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Quien quiere saber pregunta, y quien pregunta sabe; dijéronme en Madrigal cómo os llamabais y quién érais, y lo que por el mundo habéis corrido, y lo gran soldado y lo gentil hombre que sois, con otras cosas que bastan para poner en cuidado y hacer pensar en un hombre á una muchacha que se perece por los hombres de pro; en Valladolid me han dicho dónde habéis parado y las posadas que habéis mudado, y que tenéis en otras los criados, y que cuando salís de noche no os acompañan, sino que os esperan donde vos les mandáis, y todo esto me ha metido en tal ansia de ser vuestra amiga, que si no os encuentro y hablamos, yo hubiera ido á buscaros y á deciros:

—Yo soy esto, lo otro y lo de más allá; así como soy, estoy enamorada hasta las entrañas de vos; si me queréis, tenedme esclava; si no me queréis, tenedme enemiga.

Miró profundamente Gabriel de Espinosa á la Galana, y se encontró con la profunda, franca, valiente y enamorada mirada de la joven.

—De Dios está que las aventuras me persigan—dijo Gabriel de Espinosa, y ésta con vos

es tal, que os juro por mi honor, que me interesa más de lo que creéis.

—Si vos traéis entre manos historias ó enredos, por los cuales puede veniros daño, no creáis porque yo os he buscado, que soy yo cebo echadizo ó gancho de escribano; que no cabe en mí tal bajeza, ni he nacido yo para perder hombres ni armarles zancadillas.

—Si yo tuviera por qué temer, no sería una mujer la que pudiera perderme—dijo Gabriel de Espinosa.

—No conféis mucho, porque puede ser que yo os pierda—dijo seriamente la Galana.

—Pues ahora sí que no os entiendo.

—Vais á entenderme, porque os voy á hablar muy claro: por mi alma y por la de mi madre, que yo no os olvido un punto, que sueño con vos, y por vos anhelo; pero no sé si os odio con toda mi alma, ó si con toda mi alma os adoro: creedme; como yo saque en limpio un día que os aborrezco, os pierdo; si me convenzo de que os adoro, y no me queréis ó me dejáis, me mato.

—¡Vive Dios, rapaza, que me están dando tentaciones de probar lo que tú puedes conmigo, y si vales lo que pareces, que como tú valieras, yo te juro, que sin ser yo tuyo, habías de ser mucha personal!

La Galana se detuvo, miró con los ojos radiantes y húmedos á Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Ya estamos cerca del Campo Grande, y no quiero que os vean conmigo; si os busco, ¿me afrentaréis?

—No, por Dios; que no merecéis vos ser afrentada.

—Pues hasta muy pronto, señor Gabriel de Espinosa. Adiós. Vamos, venid, abuela, que el señor Gabriel y yo hemos hablado ya lo que teníamos que hablar.

—Esperad, que no quiero yo que os vayáis sin una memoria mía. Ahí cerca hay una casa donde venden leche y refrescos. Tomad, para que refresquéis con vuestra abuela.

Y sacando del bolsillo de sus gregüescos un reluciente doblón de á ocho, lo dió á la Galana.

Ardió en los ojos de ésta un relámpago de indignación; tomó el doblón de á ocho, y le tiró á lo largo del camino.

—Para otro que no tenga el alma puesta donde la tiene la Galana; pero otra memoria vuestra la tomará: dadme vuestro pañuelo.

Gabriel de Espinosa sacó de su bolsillo un rico pañuelo blanco, y lo entregó á la Galana, que le guardó en su seno.

—Tomad—dijo á seguida.

Y entregó á Gabriel de Espinosa otro pañuelo no menos rico.

—Esto es ya distinto—añadió.—Adiós, pues, y hasta la vista, que será muy pronto.

—Adiós, y buena ventura—contestó Gabriel de Espinosa, y se dirigió á buen paso al cercano portón de la huerta, y salió.

Las dos mujeres salieron detrás, en paso más lento.

La Galana iba profundamente pensativa.

—¿Te se habrá derretido el corazón, hija?—la preguntó la vieja con malicia—; pues no hay para qué tanto, que el tal hombre, á poco más puede ser tu abuelo; que ya pasa de los cincuenta, y puede ser que aunque se le echen cinco encima, no se le haga agravio; y aunque de buena presencia, por el vestido se conoce que es menestral y no de mucha hacienda.

—Lo mismo se me da á mí que sea pobre que sea rico—dijo la Galana—, y que tenga sesenta años como si tuviera veintinueve.

—Bien dicen que no se sabe lo que es el amor—dijo la vieja—, y que los que más aciertan son los que lo declaran locura; pero yo confío en que esto te se pasará, y en que conocerás que la conversación con ese hombre no te tiene cuenta.

—Yo no sé lo que me pasa: á un mismo tiempo le quiero y le aborrezco; me espanta no sé qué cosa, y me parece que ese hombre es más que todos los hombres que yo he visto y hablado. Mirad, madre Martina—dijo la muchacha á tiempo que entraba por el arco de Santiago, deteniéndose y mirando pálida y grave á la vieja—; hay veces en que ese hombre se me presenta como un alma del otro mundo.

—¡Jesús mil veces, hija, y qué cosas dices!—exclamó la vieja.

—Otras veces—continuó la muchacha—, me parece que ese hombre ha de morir ahorcado.

—Vamos, hija, vamos á entrar aquí en la iglesia de Santiago—dijo la vieja—, á ver si con el agua bendita y con las palabras de la consagración se te salen los malos del cuerpo.

—Sí, madre, vamos—dijo la Galana—; necesito rezar.

Y las dos mujeres se entraron en el templo.

CAPITULO XIV

DE LO QUE PASÓ UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS

Al oscurecer de aquel mismo día, Gabriel de Espinosa salió del retirado aposento que tenía en la posada Honda, cerca del Ochavo, con sombrero gacho que le tapaba el rostro, espada de gabilanes, daga de ganchos y capa de terciopelo, que el rigor de los calores no permitía llevarla de paño, ni más que de seda, y aun así, ligera.

—Que Dios no me dé auxilios á la hora de mi muerte—dijo el ama de la posada al mozo de cuadra que estaba sentado junto á ella, en un banco á la puerta, tomando el fresco—, si este hombre no es mucho más de lo que parece por su traje.

—Lo que es el caballo que ha traído es un animal de los buenos bichos andaluces, que cuestan un ojo de la cara, y el palafrenero que de la posada del Rinconcillo viene á cuidarle, le trata con más mimo que á una doncella, y no hay quien le aguante sobre si la cebada es fresca ó añeja ó si el cuartillo es corto ó largo, sin que fuera de esto se le saquen dos palabras.

—Pero este hombre, sea quien fuere, come bien y gasta mejor, y no repara en si la cuenta es mucha ó poca, y esto es lo que importa; que por lo demás, allá se las haya y con su pan se lo coma.

—Tan generoso es, que ayer le hurtó uno de los dos criados que aquí tenía ciento cincuenta ducados de la maleta, y se ha contentado con despedirle y no le ha puesto por justicia. Asuntos ó amores debe traer este hombre por los que le importe andar encubierto, y siendo persona principal andar en hábito humilde; y digo hábito humilde, en la hechura, que en la tela no baja de Holanda la ropa blanca, ni de seda la de encima; sin quitar que esta tarde, estando unos palafreneros del conde de Santisteban domando un potro bravo, y sin poderse averiguar con él, el tal Espinosa les dijo: —Quiten allá, que para palafreneros no sirven, ni á ese potro se le ha de tratar así, que no se sacará provecho; tráiganle aquí y aprendan lo que hay que hacer con estos tales. —Y se arrimó gentilmente al caballo, y se montó en él con tal bizarria y desembarazo, que maravilló á todos; y le hizo mal de tal manera, que le dió algunas vueltas por el Campo

Grande, y no se conocía que era potro bravo, sino que parecía caballo ya muy aleccionado. Esto se lo decía hace poco, á la caída de la tarde, un paje del conde de Santisteban al chalán gitano que está en la posada, y por las señas que dió del tal hombre, yo conocí que era el señor Gabriel de Espinosa. Y digo yo que amores degen tenerle en Valladolid, porque anoche, una mujer muy rebozada en un manto, bajo el cual se la veía una muy rica saya, estuvo hablando con la Mari Gómez y preguntándola qué hacía en la posada el señor Gabriel de Espinosa, á qué horas entraba y salía y si venían mujeres á buscarle, á todo lo cual le contestó la Mari Gómez lo que supo, y dice que la dama, ó la mujer, ó lo que fuera, para darla un ducado, sacó una mano muy fina y muy cuajada de cintillos; que no se la veía la cara porque traía el manto acandilado, y que en la calle se había quedado esperando una vieja dueña, á lo que parecía, tan enmantada y tan tapada como su señora.

—Pues sea lo que quiera el buen Espinosa—dijo la dueña de la posada—, Dios le dé buena salud y le ayude, por lo generoso que es y por lo bien que paga.

A este tiempo salieron dos hombres de la misma posada, rebozados en capas de bayeta, con largas espadas al cinto y echados los sombreros tendidos al rostro, y tomaron la calle arriba.

—Allá van sus criados á servirle—dijo el mozo levantándose—, y yo voy á echar pienso á la mula del arcediano, que no quiere que trate con ella otro más que yo.

Y el mozo se metió en la posada.

Gabriel de Espinosa anduvo y anduvo, hasta que llegó á las tapias del cementerio de los ajusticiados, que se llamaba de San Andrés.

Tocó á la puerta con la mano quedo, y sin duda de detrás de la puerta le esperaban, porque ésta se abrió en seguida, volviéndose á cerrar en cuanto hubo pasado Espinosa.

Quien había abierto era un hombre tan rebozado, que no podía distinguirse quién era, porque á más de su rebozo le envolvía la noche oscura, y no se veía en el cementerio más luz que la de un mezquino y ahumado farol que había en una cruz de madera en medio del cementerio.

Alrededor de la cruz y de una manera confusa, se veían los bultos de algunos hombres, y hacia ellos se encaminaron, pasando por encima

de los montecillos de las sepulturas, y tropezando acá y allá con alguna calavera y pisando huesos, Gabriel de Espinosa y el hombre que le había abierto.

Cuando llegaron á la cruz, pudo ver Espinosa que eran tres hombres, que junto á la cruz esperaban.

—Buenas noches, amigos míos—les dijo—; triste cosa es haber de veniros á buscar rebozado y encubierto como un malhechor, de noche y á un cementerio de ajusticiados, dejando á los criados de trecho en trecho para que avisen si sobreviniese algún peligro ó por estos sitios echaren rondas.

—No se aflija por eso vuestra majestad, señor—dijo uno de aquellos hombres, que por la voz mostró ser el duque de Coimbra—; que tras la sombra viene la luz, y ya no están lejos los días claros para vuestra majestad.

—Sentémonos al pie de la cruz como podamos, y cerca los unos de los otros, á fin de entendernos aunque hablemos bajo, y concluyamos lo más pronto posible; separémonos cuanto antes, que si por acaso nos sorprendiesen y nos encontrasen juntos, podría sobrevenir una gran desdicha.

Sentóse sobre una sepultura Gabriel de Espinosa, y los otros tres hombres y el que le había abierto, se sentaron apiñados á sus pies.

—¿Qué tenéis que contarme de vuestros sucesos en Madrigal?—dijo Espinosa.—Que como no hubiera sido prudente enviar carta ni recado, no sé nada y tengo ansia por saber.

—La señora doña Ana de Austria está muy contenta de vuestra majestad—dijo el duque de Coimbra—, y nos ha dado muy buenas recomendaciones para su tío el rey don Felipe, en el asunto aparente que traemos.

—¿Y qué dice doña Ana de mi repentina partida?—preguntó Gabriel de Espinosa.

—La señora doña Ana dice—contestó el marqués de Almeida—que vuestra majestad ha hecho muy bien, después del escándalo del estudiante y de haber sido seguidos aquella noche vuestra majestad y fray Miguel de los Santos, pudiendo escapar sin ser reconocidos por milagro, en salir del pueblo para evitar peligros é inconvenientes; y que aunque ella quisiera tener la felicidad de no perder de vista á vuestra majestad ni un momento, se consuela con la esperanza de que pronto tendrán fin estos trabajos,

y vuestra majestad no tendrá que andar oculto bajo un nombre humilde, ni ella la pesadumbre de estar separada de vuestra majestad.

—Y vamos, mi buen conde de Novoa—dijo Gabriel de Espinosa—, vos que sois tan aficionado a saberlo todo, ¿sabéis lo que se dice en el pueblo del pastelero Gebriel de Espinosa?

—Dicen, señor, que Gabriel de Espinosa es mucho hombre para pastelero, y que se ha ido a Valladolid á buscar oficio más honrado y de más ganancia, y pueblo más grande donde vivir más ancho y más divertido que en Madrigal.

—¿Y qué dicen de la reina? ¿Qué hace mi esposa? ¿Qué vida trae?

—Su majestad, señor—dijo el duque de Coimbra—vive completamente retirada, y por las tardes sale un rato con su alteza la princesa doña Gabriela y acompañada del buen Gil López, á las huertas que hay á las márgenes del río, adonde nosotros solíamos ir siempre que podíamos hacerlo sin excitar sospechas y acompañados de nuestros criados, no para esparcirnos, sino para servir de guardia desde lejos á su majestad.

—¿Qué semblante tiene la reina?

—Triste, pálida y cuidadosa, señor—dijo el conde de Novoa.

—Historia tan extraña como la mía, no se lee en ningún libro, ni la han visto los nacidos—dijo suspirando Gabriel de Espinosa—; con mala estrella nací, y mucho me temo no acabe yo con mala estrella.

—Pues ya, señor, poco tiempo queda para salir de cuidados, y que lo decidan las armas—dijo el duque de Coimbra—; mañana mismo partimos de Valladolid para la corte, si es que vuestra majestad no nos manda otra cosa, y antes de quince días, porque el pretexto que traemos es de fácil resolución, y llevamos grandes recomendaciones de la señora doña Ana, estaremos en Lisboa, y en un punto estará preparado todo para el momento en que vuestra majestad pise la tierra de su reino.

—Cada momento que pasa me pone en cuidado; parece que un mal espíritu arroja delante de mí contingencias y peligros que me atajan el camino; ya en muy poco estuvo que la insolencia de aquel malaventurado estudiante que murió de los azotes, me arrojase en la cárcel, y diese lugar á informaciones que pudieran haberlo malogrado todo.

—¡Dios protege á los reyes!—dijo el marqués de Almeida.

—¡El los hace y él los deshace!—dijo Gabriel de Espinosa.

—¡La cabeza de los reyes es sagrada!—dijo el conde de Novoa.

—¡Maldito es de Dios el que toca á los ungidos del Señor!—dijo el marqués de Almeida.

—Los juicios de Dios son incomprensibles; él rodea con una aureola de sangre la cabeza de los mártires; él, que irió la fuente de Saúl, de Nemrob y de Baltasar, castiga con una justicia inexorable los pecados de los reyes; él ha dicho: *Pro me reges regnat*; él redujo á polvo la soberbia babilonia; él ha herido de una manera terrible la frente de los soberbios—dijo profundamente impresionado Gabriel de Espinosa, y con un acento lleno de solemnidad y de grandeza.

—Pero Dios no hiere á sus pueblos—dijo el duque de Coimbra—; Dios no quitará á Portugal, matándole su rey, la esperanza de ser libre.

—Portugal merece la ira de Dios—dijo con voz tonante Gabriel de Espinosa, olvidándose de que era prudente hablar quedo.

—Señor—dijeron á un tiempo con impulsados por un mismo pensamiento y con entonación de una dolorosa protesta, los grandes de Portugal, pero con un profundo respeto á Gabriel de Espinosa.

—¡Sí! Portugal es cobardel—insistió Gabriel de Espinosa—; Portugal, después de la muerte de mi tío el cardenal don Enrique, debió alzar á todo su poder sobre el trono á mi primo don Antonio de Portugal, prior de Ocrato; importaba poco el incontestable derecho de mi tío el rey don Felipe á la corona de Portugal; muerto yo ó desaparecido, muerto el cardenal don Enrique, la cuestión era más alta...

—Pero por lo mismo que es tan alta, se debe hablar de ella más bajo—dijo hablando por primera vez el hombre que había abierto la puerta del cementerio á Gabriel de Espinosa—; tienes la sangre viva, demasiado viva, hermano, y el humor agrio es demasiada; has nacido para ser imprudente y para tener con el alma en la garganta á los que te aman; ¿qué más prueba de que eres el rey don Sebastián, que el ser todavía, á pesar de tus años y de tus desgracias, el mismo mozo, audaz, temerario y loco, que llevó á morir en una empresa insensata á la flor de la nobleza portuguesa, al honor portugués, sobre el

funesto y sangriento campo de batalla de Alcázar Kivir? Habla, habla más bajo, Sebastián; mira que este cementerio es pequeño; que sus tapias no son altas, que los que aquí duermen el sueño de la muerte son ajusticiados; que las calaveras que hemos tropezado con nuestros pies han sido separadas de su tronco por el cuchillo del verdugo; que ahí, donde se eleva esa cruz sombría, ha estado sepultado hasta que la gran reina doña Isabel le llevó a su soberbio panteón de Santiago, en la iglesia mayor de Toledo, el *monstruo de la fortuna*, el que valía más que un rey de Portugal, el gran privado del rey don Juan el Segundo, el muy magnífico y muy poderoso señor condestable don Alvaro de Luna; que estás pisando polvo de infamia y de grandeza; que tienes bajo tus pies crímenes y desgracias, y es necesario que salgas de aquí convertido, transformado; que es necesario que evites con suma prudencia los acontecimientos funestos que pueden sobrevenir si te dejas llevar de tu natural osado é irascible; ¿qué importaba que un mal nacido estudiante se atreviese con palabras groseras a Sayda Mirian? Pensar debiste sobre eso, porque he aquí tu martirio; sufrir lo que otro no sufriría; apurar el cáliz de lo amargo; no desnudar jamás la espada; no levantar jamás la voz, sino ya en la última defensa del honor de tu esposa ó del honor tuyo, ó en el gran peligro de tu vida, ó de la vida de tu esposa y de tu hija.

—¿Quién es este hombre que habla así?—dijo el duque de Coimbra, cuya soberbia de noble y de gran señor, y cuya vanidad portuguesa se hincharon de tal modo, que no pudieron dejar de salir por su boca y por sus ojos y por todos los poros de su cuerpo.

—Es quien puede y debe hablarme de este modo—dijo con severa y enérgica majestad, pero en voz contenida, Gabriel de Espinosa.

—Perdone vuestra majestad, señor—dijo el duque de Coimbra—, porque nosotros creíamos que este hombre no era más que un genovés llamado Pietro Mastta.

Y á pesar de lo humilde de las palabras del duque de Coimbra respecto á Gabriel de Espinosa, saltaba de debajo de ellas un punzante desprecio para Yhayeben-Shariar.

—Oye tú, viejo é hinchado duque portugués—dijo con acento tranquilo Yhade—; y vosotros, marqués de Almeina, conde de Novoa, que os creéis tanto como vuestro rey, y poco menos que

el Dios Altísimo y Único, oid lo que voy á decir en palabras de paz y de consejo:

Y Yhade, que estaba sentado á los pies de Gabriel de Espinosa, más abajo que él, á quien, como hemos dicho, servía de asiento el pequeño alzado de una sepultura de tierra, apoyó su brazo en las rodillas de Gabriel y en la mano de aquel brazo su cabeza.

—Este hombre, en que tan familiar, tan cariñosamente me apoyo, vuestro rey don Sebastián de Portugal, el bravo y el ansiado por su reino, es mi hermano; más que mi hermano, mi hijo; porque he sacrificado por él mi corazón, mis tesoros, mi familia, mi patria, mi religión.

—¡Oh! es verdad, hermano—dijo conmovido Gabriel, besando en la frente á Yhade-ben-Shariar.

—Déjame, déjame proseguir, Sebastián—dijo Yhade con voz tranquila y siempre contenida—; escuchad vosotros, grandes del reino de Portugal: el que os habla, ha sido y es más grande que vosotros; cabalgaba yo en batalla, la lanza teñida en sangre hasta la mano, ensangrentado el caballo hasta las cinchas, en sangre portuguesa y española, en sangre de vuestros viejos y aborrecidos enemigos, el día de la batalla de Alcázar-Kivir; el aire de la victoria hacía flotar mi alquicel negro de almoravid y mi estandarte verde de emir de mil jinetes, que en tropel conmigo atropellaban, encarnizándose en ellos los escuadrones cristianos; yo era entonces feliz, el Koran flotaba sobre un lago de sangre en que estaba sumergida la cruz; aspiraba yo con delicia el ambiente de un día de venganza contra los cristianos; me embriagaba con el olor de su sangre aborrecida; los veía caer como caen las espigas bajo el granizo; y yo, entonces, nobles señores, rodeado de la victoria, era un príncipe poderoso, que llevaba tras su estandarte un ejército; era yo uno de los siete emires del imperio, que contaba por miles sus esclavos, por cientos las hermosas mujeres de su harem, y que medía, como se mide el trigo, las doblas de su tesoro.

Yhayeben-Shariar se detuvo, como para dar fuerza con aquella pausa á su discurso, y ninguno de los tres nobles le contestó.

Estaban dominados por lo que había dicho Yhade, y por la manera con que lo había dicho.

Yhade continuó después de algunos minutos de pausa:

—No podía yo adivinar entonces, embriagado

por el triunfo, que aquel rey de Portugal cuya derrota veta yo con la alegría cruel de una fiera, llegaría á ser mi hermano, llegaría á ser amado por mí con toda mi alma antes que todo.

Vhay se detuvo otra vez, y después de una ligera pausa, continuó:

—Una mujer, una niña de diez y seis años, un arcángel del séptimo cielo, una doble princesa, una sultana, hija de un xerife que no era sultán porque era tan grande que despreciaba el imperio; de un hombre que con una sola palabra hubiera conmevido al Africa como un volcán, desde el Estrecho de Gibraltar hasta las cumbres del Atlas; la hija de este hombre, más poderoso que el más poderoso rey de Europa, oyó hablar del rey de Portugal, y le pareció tan grande el que sólo había sido loco, que ansió conocerle, aunque sólo pudiese conocer su cadáver, porque se decía que el rey portugués había muerto en la batalla; esta mujer era la sultana Sayda Mirian, y á Sayda Mirian la conocéis, la conocéis, nobles señores; porque ella es vuesa reina, la esposa de vuestro rey; la cristiana doña Maria de Souza, que lo ha sacrificado todo á su amor.

Sin ella, vuestro rey no existiría; ella le buscó y le encontró entre montones de cadáveres; ella, con esa paciencia y ese cuidado que sólo puede tener por un hombre una mujer que le ame, como es capaz de amar una mujer que valga tanto como la sultana Sayda Mirian, le disputó á la muerte, y se lo arrebató.

Ella, que pudo ser esposa del emperador Sidi Ahtmed, que la adoraba, despreció por un rey vencido y casi cadáver, á un sultán vencedor.

Ella, que pudo ser, con sólo quererlo, sultana propietaria de Marruecos, venciendo á su vez al sultán Sidi Ahtmed, despreció aquella magnífica corona, por su muribundo rey cristiano.

Ella, cuando le vió salvo, cuando con mi ayuda, porque yo era esposo y lo soy de su hermana, huyó de Marruecos con don Sebastián, pasando á Túnez, donde yo tenía mis palacios, mis tesoros y mis naves, se hizo cristiana para ser esposa de vuestro rey, y no fué suya hasta que fué su esposa legítima.

Los inmensos tesoros de su padre se han perdido en las empresas marítimas de don Sebastián.

Y oid aún, y esto es lo que á mí me toca: por procurar á vuestro rey el amparo de la poderosa

república de Venecia, yo he hecho traición á mis hermanos de Africa, y he servido de tal modo á aquella República, y ella ha premiado de una manera tal y tan alta mis servicios, que ahora mismo, señores, soy lo que no podreis menos de escuchar con asombro: monseñor Pietro Mastta, patricio á la par de la república de Génova y de Venecia, y senador y del Consejo de los Diez del Estado veneciano.

—¿Y sois, vos, príncipe—dijo el duque de Coimbra—, el que enviasteis á Lisboa y á mi casa con un esbirro de la república de Venecia, el retrato auténtico del rey don Sebastián?

—Yo fui—dijo Aben-Shariar.

—Pues bien, señor—dijo el duque de Coimbra—; que Dios os bendiga por lo que habeis hecho por el rey don Sebastián, como el reino de Portugal os bendice por mi boca.

—Pero aprended de mí, nobles señores; lo que os he referido no ha sido más que un ejemplo de lo que pueden hacer la lealtad y el amor; no basta con que tengais un buen deseo: es necesario que el buen deseo acompañe á la obra heroica; porque para lohar el premio de una buena acción, no basta con haberla intentado, no basta con haber arrostrado hasta cierto punto el sacrificio; es necesario llevarle completamente á cabo; hasta ahora no habeis hecho otra cosa que venir encubiertos con un pretexto á Castilla, y esto es fácil y hacedero: esto no merece tomarse en cuenta; pero ya conocéis á vuestro rey, le habeis conocido; desde este punto, si quereis seguir siendo dignos del ilustre nombre que llevais y de la gratitud de vuestra patria, debeis sacrificarlo todo á vuestro rey, porque sin vuestro rey, no hay para Portugal dignidad, ni esperanza de libertad, y os vereis unidos para siempre á los reinos que están bajo la corona de España, y un día vereis rotos vuestros fueros y vuestras libertades, y bajo el verdugo los mejores de los vuestros, como bajo Carlos V y Felipe II sobre sus fueros rotos, han visto los aragoneses y los castellanos rodar las cabezas de Lanuza, de Padilla, de Bravo y de Maldonado.

El rey don Sebastián no es para vosotros un rey solamente: es la patria, la independencia, la libertad, el honor.

—¡Sí!—dijeron á un tiempo y enardecidos los tres nobles.

—Yo espero—dijo Gabriel de Espinosa—, que vosotros hareis lo que os aconseja vuestro interés.

como portugueses, y vuestra lealtad como vasallos; yo no quiero, yo no puedo creer que vacileis ni que seáis cobardes, ni que haya un solo portugués, que avergonzado de su pasada cobardía, no arrostre bravamente el martirio, llevando por bandera el nombre del rey don Sebastián.

—Por la divina sangre de Jesucristo Crucificado—dijo el duque de Coimbra—, y por Nuestra Señora de Belén, que los portugueses darán una muestra harto clara de su valor, de su lealtad y de su hidalguía; que ellos, señor, harto han hecho, y no han podido hacer otra cosa.

—¡No, vive Dios! que cobardes han sido, y el recuerdo de su cobardía es lo que me pone aún vergüenza en el rostro, y lo que es en gran parte la causa de que yo haya vivido tantos años huído, ignorado y encubierto; que lo que yo á todas las potestades de la tierra que conozco, y me han ayudado, he dicho, de que por vergüenza que tengo del mal fin de la batalla me he escondido, y lo del voto hecho de no reinar en veinte años, no es más que un pretexto, por no decir que lo que me ha tenido escondido ha sido la cobardía de los portugueses; porque si ellos todos y cada uno hubieran sido como su rey y una vez en batalla se hubieran propuesto, quedar sobre el campo, ó muertos ó vencedores no digo yo el rey don Felipe, ni el duque de Alba, ni aun el duque del Infierno, sino Dios solo hubiera podido sonrojar ni un semblante portugués, haciéndole ver puesto el yugo sobre la cerviz de Portugal; porque si la victoria á veces es imposible, morir es posible siempre; y el que muere porque vencer no ha podido, es tanto más honrado que el que vence, aunque las dificultades para vencer hayan sido casi insuperables.

—Vuestra majestad—dijo el conde de Novoa—mide por su gran corazón el corazón de los demás, y esto, por desgracia, no es cierto, porque si lo fuera, y todos los portugueses tuvieran el heroico aliento de vuestra majestad, Portugal sería una nación de reyes bravos, y serían sus esclavas las otras naciones del mundo; y porque vuestra majestad es así, porque su corazón solo vale lo que un grande ejército, los portugueses, afligidos, vuelven á vuestra majestad los ojos llenos de lágrimas y no creen lo que se ha dicho de su muerte, porque no quieren perder la esperanza, y vuestra majestad es la única esperanza

del vencido reino de Portugal. Pero ¿qué habíamos de hacer, señor, sin rey, divididos en bandos, vendidos la mayor parte de los nobles, que como no hay vino generoso que no tenga heces, no hay nación, por hidalga que sea, que no tenga hijos traidores y espúreos, exagerados otros en la legitimidad, oyendo de una parte predicar el derecho del rey don Felipe, y por otra, el doblar de los atambores del ejército del rey de España con que el duque de Alba entraba á sangre y fuego por Portugal? Se peleó; pero fué necesario arrojar las armas, porque nuestros mismos hermanos se volvían contra nosotros proclamando la legitimidad del rey don Felipe, y los teólogos lo predicaban en las iglesias; las Cortes andaban revueltas, y el prior de Ocrato huía cobardemente, y las mujeres arrancaban las armas de las manos á sus hijos y á sus maridos.

—¡Vergüenza y oprobio!... Portugal merece ser esclavo, y lo que sucedió ayer, es posible que suceda mañana—dijo Gabriel de Espinosa.

—No, Sebastián, no; un pueblo con cabeza vale más y es más fuerte que un pueblo desmembrado—dijo Aben-Shariar.

—Decís bien, caballero—dijo el duque de Coimbra—; el sólo nombre del rey don Sebastián, la sola noticia, aunque fuese falsa, de que nuestro rey pisaba la tierra portuguesa, haría y hará de cada portugués un héroe; porque vos no sabéis, señor—añadió el duque, dirigiendo la palabra á Gabriel de Espinosa—, vuestra majestad no puede ni aun figurarse lo que su reino le adora; cuando un extranjero ve en las calles de las poblaciones de Portugal un hombre con la cabellera larga á lo nazareno, con la barba luenga y vestido de tosco buriel, es necesario decirle cuando pregunta quién es aquel hombre: —Es un sebastianista; espera la venida de nuestro muerto rey don Sebastián, como esperan aún los judíos la venida del Mesías.

—Y esos sebastianistas—dijo con amargura Gabriel de Espinosa—me negarán, como los judíos negaron al Mesías, y me llamarán impostor si, por una desgracia muy posible, caigo bajo el poder de Felipe II antes de poder presentarme con la espada desnuda y la corona ceñida de los portugueses.

—Dios, que ha conservado la vida de vuestra majestad tantos años y le ha salvado de tantos peligros—dijo el duque de Coimbra—, guardará á vuestra majestad durante los pocos días que

altan para que vuestra majestad lleve á cabo su empresa.

—Véame yo á caballo entre vosotros en batalla, y después, que suceda lo que Dios quiera.

—Yo no veo tan negro como tú lo que ha de suceder, Sebastián—dijo Yhaye—; el peligro está aquí, en esta tierra de Castilla, y no es tanto, que sea necesario alarmarse; nadie sospecha de ti; es cierto que llaman la atención tu bravura, tu olor á noble y á rico y las aventuras que de ti se cuentan; pero en esta nación, que sostiene hace tanto tiempo una guerra que podría llamarse universal, porque en todas las partes del mundo, aun en las regiones más apartadas, tiene guerra; donde hay tanto soldado aventurero que, después de muchos años, vuelve á su pueblo rico y cargado de aventuras, y acompañado tal vez de una ilustre dama, no es nuevo lo que en ti han visto, ni las gentes de justicia pueden extrañarlo, ni el mismo rey, si lo supiera, lo tomaría á novedad, porque sabe bien que le vienen ricos y honrados del Nuevo Mundo y de Italia, y de los Países Bajos valientes veteranos; tú tienes, gracias al dinero que han costado, papeles bastantes para probar que eres un soldado viejo, y ninguno de los que te conocen tienen interés en venderte.

—El rey de España es muy fuerte—dijo sombriamente Gabriel de Espinosa—, está apoderado de Portugal, y fuerza es decirlo, señores, la empresa es hoy casi insuperable; por eso quería yo que se esperase algo; el rey don Felipe es viejo, no puede vivir mucho tiempo, y, muerto él, el príncipe don Felipe, que será el rey Felipe III, sería infinitamente más fácil de vencer, porque el príncipe es apocado y débil, y en nada se parece á su padre, que, cuanto más viejo es, se hace más fuerte y más terrible.

—Tarda en llegar una persona—dijo Yhaye—que te convencería de que no es tan fuerte como crees el rey don Felipe.

—¿Qué persona es ésa?

—Un francés de los que ayudaron á Antonio Pérez, el secretario que fué del rey don Felipe, á escapar de la cólera de su señor; un soldado antiguo, que era salteador en la montaña de Cataluña cuando la fuga de Antonio Pérez, y que está hoy al servicio de éste.

—¿Y para qué viene ese hombre?—dijo Gabriel.

—Antonio Pérez está al servicio de Enri-

que IV de Francia, y Carlos Cabrian, que es ese soldado, ese salteador que te he dicho, está al servicio de Antonio Pérez; por lo mismo, las cartas que traerá para ti de Antonio Pérez, vienen á ser como si fuesen de Enrique IV.

—¿Y debía venir ese hombre aquí?—dijo Gabriel.

—Sí, y debía haber llegado. Pero, calla; me parece que oigo su seña.

—¿Es su seña un silbido semejante al de una lechuzas?

—Sí, eso es; no me había engañado: espera.

Y Yhaye se levantó y se encaminó á la puerta del cementerio.

Gabriel de Espinosa y los tres nobles portugueses se quedaron esperando en silencio.

Poco después se oyeron los pasos de Yhaye y de otro hombre.

Al fin, al escaso reflejo del farol que pendía de la cruz, Gabriel de Espinosa vió junto á sí á un fraile trinitario con la capucha calada, que había venido con Yhaye.

—¿Quién de vosotros, señores—dijo el fraile—es el señor Gabriel de Espinosa?

—Yo—dijo Gabriel—¿traéis algo para mí?

—Traía; pero ya no traigo.

—¿Y qué traías?

—Una larga carta del señor Antonio Pérez, para su majestad el rey don Sebastián de Portugal, con orden de entregarla al señor Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué habéis hecho de ella?

—Me la he comido; y á fe á fe, que como era tan larga, me ha costado trabajo y bascas el tragarla.

—¿Y por qué os la habéis comido?

—Porque no se enterara de ella un alcalde con una ronda, que sin duda se había empeñado en saber quién era yo y adónde iba; y como la carta no se había escrito para él, y no tenía para qué leerla, me la comí para que no se apoderase de ella si me cogía y se enterase de lo que no le importaba.

—¿Y cómo habéis escapado del alcalde?

—A tenazón; yéndome á él, dándole un cambio y perdiéndome por unas estrechas calles, más intrincadas que un ovillo.

—¿Y ha sido muy lejos de aquí donde habéis dado el tenazón al alcalde?

—¡Oh, sí! Lejos; cuando vi que me seguían, en vez de acercarme á este sitio, empecé á ale-

jarme de él; el buen salteador, cuando le siguen la pista, no debe tomar el camino de su madri-guera.

—¿Y no habéis tenido ningún otro tropiezo antes de llegar aquí?

—No, señor; en Valladolid, y particularmente en este barrio, se acuesta la gente muy temprano, y no se ve un alma por la calle; el motivo de que yo no haya llegado antes ha sido el haberme seguido, el haber tenido que rodear mucho; pero ya estoy aquí, y no se ha perdido nada.

—Pero vuestra venida es inútil, puesto que os habéis visto obligado á comer la carta que para mí traíais del señor Antonio Pérez.

—No es tan inútil como creéis mi venida, porque previendo que podía suceder que yo me viese obligado á quemar ó comerme la carta, la había leído muchas veces, y puedo deciros su sustancia, sin que falte nada de lo que importe, y con menos palabras que la carta, porque como el señor Antonio Pérez es muy hombre de letras, en poniéndose á escribir no acaba nunca, y gasta y gasta papel, sin considerar que puede ser muy bien que un cristiano tenga que comerse la carta.

—Decidme, pues, lo que la carta contenía—dijo Gabriel de Espinosa—, que yo lo diré al rey don Sebastián.

—Dice el señor Antonio Pérez que el caballero francés que tanto estima al rey don Sebastián, está en muy buen ánimo; que dentro de muy pocos días los ejércitos franceses estarán en los Países Bajos para ayudar al príncipe de Orange contra el rey de España, y que al mismo tiempo otro ejército francés entrará en el Monferrato y en el Milanesado; que las flotas francesas amagarrán las costas españolas del Mediterráneo, y mientras que una gran flota inglesa se pondrá á la vista de España por la parte del Océano; que el rey de Francia avanzará además á los Pirineos amagando una entrada, por todo lo cual el rey don Felipe se verá obligado á quitar fuerzas y capitanes de Portugal, y recoger toda la gente que pueda para hacer frente á los enemigos de que se vea rodeado; y como con las levadas hechas de pronto y con los enganches no podrá reunir gente bastante, ni buena, habrá de quitar de Portugal la mitad lo menos de los cuarenta mil hombres que allí tiene, y lo que vale más, muchos buenos capitanes que tienen bajo su mandato aquellas tropas; Portugal está tranquilo y casi parece

contento, y aunque el rey don Felipe es muy receloso y de nada se fía, como los gobernadores que tiene en Portugal le dan muy buenas noticias de lo pacífico que se muestra aquel reino, no puede ver ni ver el peligro, dejará tan descargado de gente de guerra á Portugal, que bien podrán los portugueses habérselas con ellos y no dejar uno. Dice también el señor Antonio Pérez, que suponiendo, como es de suponer, que el rey de España no mueva un soldado de Lisboa, una noche en aquella corte, como la de San Bartolomé en París, en que los hugonotes fueron cazados como zorros, sería una cosa muy buena y no difícil, porque los soldados españoles no están en casernas ni acampados, sino alojados á la desbandada en las casas de los vecinos. Y prosigue diciendo el señor Antonio Pérez, que si cautelosamente, como se hacen estas cosas, se advirtiese á todos los vecinos de Lisboa que tal noche á las doce en tocando á rebato la campana de Nuestra Señora de Belén, el que pudiese matase en su cama al soldado que hubiese en su casa, y se apoderase de su arcabuz y se pudiese en la ventana para tirar á los que pasasen por la calle acudiendo á la alarma, para lo cual, á los primeros golpes de la campana debían iluminarse todas las casas para que se viesen bien á los que pasasen por la calle, en pocas horas no quedaría un soldado castellano en Lisboa que no estuviese muerto ó preso. Y dice el señor Antonio Pérez, que como sería bueno recoger las armas y las municiones de los soldados que cayesen en la calle para que no tuviesen peligro los que á recoger estas armas saliesen, debían ir con la camisa puesta sobre todo, ó con otra señal cualquiera; pero tal, que por ella se pudiese distinguir bien los que eran portugueses. Y dice el señor Antonio Pérez, por consejo del caballero francés amigo suyo, que entiende mucho de estas cosas, que no bien haya sonado el primer golpe de la campana de Belén, el rey don Sebastián, que ya estará sobre la costa, tan cerca de Lisboa como sea necesario para que no se aperciban las galeras españolas de que hay *turcos en la costa*, salte en tierra con la gente que llevare, que más valdrá, que sea escogida, que mucha, y se entre por Lisboa y embista como quien es tan buen caballero y tanto interesa en el logro de la jornada. Y dice el señor Antonio Pérez, que el caballero francés dice que esto ha de hacerse por la posta, porque el rey don Sebastián, metido donde

está, le rodean los peligros, y vive de casualidad y con el jayl en los labios; que el caballero francés nunca aprobó que el rey don Sebastián fuese adonde está, antes bien, que se quedase en Marsella ó en otro puerto francés del Océano, que así se lo aconsejó al rey don Sebastián, y que me que el no haber seguido el consejo no le pese, y se alegre mucho el rey don Felipe. Y dice el señor Antonio Pérez que, en cuanto á lo de los dineros, el caballero francés no ve una libra tornesa ni por las nubes, á pesar de que necesita tanto para los asuntos en que anda metido; y que si los señores portugueses y los otros de Portugal, chicos y grandes, están pobres y le dieron ya lo que pudieron, menester será que el señor Gabriel de Espinosa se ingenie con la monja y vea lo que la saca para el rey don Sebastián, que dicen que la monja es rica, y á nadie más que á ella conviene que el rey don Sebastián salga adelante, como quien luego ha de partir con él las diuizuras de la buena suerte; que harto hacen por allá con lo que hacen, y lo que es en esto ya sabe vuestra merced, señor Gabriel de Espinosa, que á Monsieur es menester darle con un mazo en el codo para que suelte, y que lo diga si no el señor Antonio Pérez, que se fué á su calor, y ahora anda por París poco menos que pigriciento, que con haberle dado una casa vieja y dos suizos para que le guarden, cree haber hecho lo bastante, y el pobre señor Antonio Pérez anda encogido y acobardado, y no se atreve á salir más que de la casa á la iglesia, y si no fuera por monsieur de Vendome, que le estima en lo que vale, día habría llegado en que el señor Antonio Pérez se hubiera puesto la ropilla sobre la carne por falta de camisa, y hubiérasele visto la piel por los rotos al pobre señor. Menester ha sido para que yo venga, que monsieur de Turena diera al señor Antonio Pérez cuatrocientas libras, de las cuales he dejado al desventurado señor Antonio Pérez ciento, para que algún día pueda comer el desdichado algo sabroso. Pero como Dios premia las buenas obras, al pasar por la frontera topéme con un fraile trinitario y su lego, les di los buenos días como acostumbro, y de resultas, sin saber yo cómo, se vinieron conmigo los hábitos del padre, que son estos que traigo puestos, y ciento y tanto doblones de á ocho, y algunas alhauelas, y un macho de andadura con las alforjas bien provistas de cecina y otras frioleras, y andando viene el ma-

cho, y yo, puestos los hábitos encima, hemos llegado á Valladolid muy bizarramente, y sin tropiezos en el camino. Ahora bien, y para concluir, el señor Antonio Pérez dice que no puede aparejarse el negocio mejor que como está aparejado, y que si esta ocasión se pierde no será muy fácil que se presente otra, y que si no se la ase de los cabellos, será cometer una falta que no merecerá ni perdón de Dios.

Esto es lo que con muchas más palabras y muchos símiles y muchas filosofías y muchas bizarras figuras decía la carta; pero lo substancial es lo que yo he dicho; y así no hubiera escrito tanto el señor Antonio Pérez, porque tanto papel me he visto necesitado á tragar, que el estómago se me rebela, y creo que la tinta me va causando cólico.

Así, pues, señor Gabriel de Espinosa, pues ya sabéis lo que habéis de decir á su majestad el rey de Portugal, quedad con Dios y vosotros también, señores; que los papeles que me he cenado tan sin voluntad me están dando guerra, y voime á mi posada á tomarme un azumbre de agua caliente y aceite.

—Id con Dios, y tomad para el coste de la medicina—dijo Gabriel de Espinosa dando los doblones de á ocho á Carlos Cabrián.

—Mil mercedes, señor Gabriel de Espinosa; bien se conoce á la gente noble, aunque esté pobre; cuando el rey don Sebastián vaya á Portugal y salte en tierra, me alegraré ser uno de los ciento.

—¿De ciento?—preguntó Gabriel de Espinosa.

—¡Ahl No lo he dicho á vuestra merced, es verdad; se me había olvidado; dice el señor Antonio Pérez que, para que su majestad el rey don Sebastián se acerque á Lisboa, no es menester ninguna flota; que esto, sobre ser caro, sería imprudente, y que basta con una pequeña fusta, que con facilidad se escapa, en la cual vayan con el rey cien hombres buenos, que si ellos son buenos, y estando encendida Lisboa, bastan y sobran para el negocio. Y quedad con Dios, señores, que más no decía la carta, y yo he menester volverme aprisa á mi posada.

Y Carlos Cabrián se volvió y dijo á Yhaye:

—Monseñor Mastta, hacedme la merced de echarme fuera.

Echóle Yhaye, y volvió junto á los otros.

—Las noticias que el capitán Carlos Cabrián ha traído—dijo Yhaye—no pueden ser mejores,

ni más acertados los consejos de Antonio Pérez, como de quien es tan maestro en los asuntos de Estado.

—Ya lo habéis oído, señores—dijo Gabriel de Espinosa á los tres nobles—; es necesario obrar cuanto antes, y afortunadamente, para lo que es necesario hacer en Lisboa, no se necesita dinero; demos al San Bartolomé de París por compañera, la noche de otro santo en Lisboa; para matar castellanos no se necesitan más que arcabuces, pólvora y balas, y los castellanos las tienen.

—Se hará como se ha pensado, y aunque no saque ni un solo soldado castellano de Portugal el rey don Felipe, se hará en el momento en que sepamos que vuestra majestad está cerca de las playas de Lisboa—dijo el duque de Coimbra.

—Pues bien, oid—dijo Gabriel de Espinosa—; para evitar cartas y mensajeros, que pudieran dar en malas manos, recordad y haced lo que voy á deciros: desde el momento que llegáreis á Lisboa, haced que todas las noches un hombre leal vele en la torre Vieja del Vigía; cuando este hombre viere en la mar la luz de un farol rojo, que aparecerá de tiempo en tiempo y en puntos distintos, será señal de que yo me acerco; tenedlo preparado todo para la noche oscura en que se vea sobre el mar una luz roja; acudid entonces á la playa de la torre Vieja del Vigía, y encended entre las rocas, de manera que no se vea desde el puerto, otra luz roja; cuando yo esté en tierra, una llamarada de la torre del Vigía será la señal para el toque de rebato de la campana de Nuestra Señora de Belén. Entonces, mis bravos, valor, y sea lo que Dios quiera. Hasta entonces, prudencia y silencio. ¿Cuándo vais á partir?

—Mañana, señor, si vuestra majestad no nos manda otra cosa—dijo el duque de Coimbra.

—No; cuanto antes partais, mejor. Adiós, pues—añadió levantándose—, y que San Dionisio y Nuestra Señora de Belén intercedan con Dios por nosotros.

—¡Vuestra mano, señor!

—No quiero que me rindais pleito homenaje sobre un cementerio; soy algo supersticioso; no, no me la beseis hasta que yo os la tienda teñida en sangre castellana, en mi palacio de Belén. Adiós.

Y se separó de ellos.

—Adiós, señor—dijeron los tres nobles en voz

baja y triste, como si su alma hubiese estado comprimida por un presentimiento funesto; como si hubiesen temido instintivamente al que creían su rey, y que tal vez lo era.

Y decimos que tal vez lo era, porque los que sabían á ciencia cierta si era impostor ó rey, han muerto ha más de tres siglos y medio, y ya solo lo sabe Dios; porque el proceso del pastelero de Madrigal es un misterio sombrío, imposible de esclarecer.

—¿Te acompaño, hermano?—dijo Yhaye en la puerta del cementerio á Gabriel de Espinosa.

—No; Abenamar está esperándome al pie de la iglesia de la Antigua, y más allá, de trecho en trecho, están los otros—dijo Gabriel de Espinosa—; si andan rondas por mi camino, ya lo sabrá Abenamar, y echaré por otro lado.

—Estás triste, Sebastián.

—No me llames Sebastián cuando estemos á solas; aquí no tenemos que engañar á nadie.

—Qué empeño el tuyo en ser un misterio para Mirian y para mí, para los que más te aman sobre la tierra.

—Estoy triste, es verdad—dijo Gabriel de Espinosa, esquivando contestar á la observación de Yhaye—; estoy triste porque me parece que esos tres nobles de Portugal están desalentados, y no sé por qué desde hace algunos días, tengo oprimida el alma por no sé qué temor.

—Es porque se acerca el momento de la prueba, el momento decisivo, y lo que sientes es más que temor, impaciencia, ansiedad.

—¿Es de confianza el sepulturero ó el guarda del cementerio?

—Tan de confianza, que nada sabe; es muy posible que crea que somos hechiceros ó brujos que venimos al cementerio á alguna cosa de la magia negra; pero ni aun siquiera puede sospechar que venimos al cementerio, porque aquí, mejor que en ninguna otra parte, pudiéramos estar seguros de ser sorprendidos; ¿quién ha de creer que se conspira por una corona en el cementerio de los ajusticiados?

—Mal agüero, Yhaye, mal agüero.

—¿Y quién cree en agüeros? ¿Qué más da conspirar aquí ó en otra parte?

—Dime: ¿no podrá haber oído nuestra conversación el sepulturero?

—No; porque le tengo encerrado en su cuartucho, en el bolsillo la llave, y no pueden ni vernos ni oírnos; vete y tranquilízate; tu asunto

no puede ir mejor encaminado. Adiós, y hasta que sea necesario que nos veamos.

—Adiós.

Y los dos conuñados se dieron las manos.

Gabriel de Espinosa se alejó, y se perdió en el fondo oscuro de la calleja.

Algunos minutos después, Yhay salió con los tres nobles, cerró la puerta del cementerio por fuera, y luego tiro adentro la llave por encima de la tapia.

Poco después, él y los tres nobles se habían perdido á lo largo de la calleja en dirección opuesta á la que había seguido Gabriel de Espinosa.

CAPITULO XV

DE CÓMO SIN SABERLO MARI GALANA HIZO UN GRAN SERVICIO AL REY DON FELIPE

Habían pasado ocho días, y Gabriel de Espinosa había mudado durante ellos otras cuatro veces de posada.

La Mari Galana, que no sabía si le aborrecía ó si le amaba, estaba desesperada y tenía aburrido al bachiller Burguillos, que se llevaba todo un día zancajeando de posada en posada, por servir á la buena moza, hasta que daba con el paradero de Gabriel.

Pero acontecía que, cuando entrada la noche, la Mari Galana, dejando sus sayas y sus picos pardos y poniéndose un rico traje y un manto rico, y haciendo vestirse á la madre Martina de una manera decente para parecer una dama con su dueña, iba en busca de su ingrato perdido; acontecía, decimos, que éste se había marchado de la posada sin decir adónde iba.

En vano, engalanándose cada vez más para parecer más hermosa, por infringir las ordenanzas, saliendo á la calle sin su hábito de sayal, con sus picos en las mangas, su pañuelo atado al cuello sobre el pecho, su lazo morado en el hombro, el cabello recogido atrás y el manto azul de terciopelo prendido al rodete, en vano, decimos, hecha un brazo de mar como la más rica dama, y cada vez más hermosa, se iba todas las mañanas á las huertas del Pisuerga ó al Espolón, y daba después, entrando en la ciudad, algunas vueltas por la Carrera de San Francisco, y pasaba por el Ochavo y por las Carnicerías, y daba

vueltas á la Universidad, recorriendo todos los sitios, en fin, adonde solía concurrir la gente galana, valiente y alegre; veíanla los alguaciles de la villa, y aunque la conocían, la perdonaban el abuso del traje, y no se metían con ella sino para echarla un requiebro, que ella contestaba con un descocado torcimiento de boca, y la seguían á bandadas los galanes de todas pias, sin que ella, seria y altiva, con una altivez que tenía mucho de desvergüenza, se dignase no contestarles, pero ni aun mirarles, llegando fatigada á su casa, y llevando tras sí á remolque á la madre Martina, desesperada y maldiciente, que apenas empezaban á subir por las estrechas y pendientísimas escaleras, echaba por aquella venerable boca sapos y culebras, y á decir que con el alquiler de los vestidos y el regalar á maese Burguillos para que tuviese buenas piernas y buenos vientos para ser podenco, y con el mal gesto de la niña, iban á dar antes de veinticuatro horas en el hospicio.

Mari Galana enviaba enhoramala á su fingida abuela, y si ésta insistía la tiraba un chapín á la cabeza, y la vieja, que tenía á la Galana como al fuego, se metía para adentro refunfuñando, y la muchacha se apretaba á llorar á un rincón, hasta que allá por la tarde venta el bachiller Burguillos todo acansinado, á dar parte de que en la posada tal ó cual había reamanecido el señor Gabriel de Espinosa.

Con estas dificultades, el empeño de la Mari Galana por Gabriel de Espinosa, no era ya pasión, sino rabia, porque no estaba ella acostumbrada á que se la hiciese sufrir tanto, y mucho menos por un hombre ya casi viejo.

Pero era el caso, que como Mariquita se había enamorado por la primera vez de su vida, le pareció Gabriel de Espinosa el hombre más joven y más hermoso del mundo.

El bachiller Corchuelos había sido completamente olvidado por la Mari Galana bajo el punto de vista del amor, y si se acordaba de él era por incidencia y por los violentos celos que la causaba aquella hermosísima ama de cría del pastelero, por la cual le había acontecido su terrible desgracia al bachiller Corchuelos.

Mari Galana, enamorada en cuerpo y en alma, había resuelto consagrarse entera á Gabriel de Espinosa, vivir por él y para él, ó vengarse de él si Gabriel de Espinosa la despreciaba.

Las eventualidades de la vida, como fatalida-

des preñadas de desgracias, se cruzaban delante del paso de Gabriel de Espinosa.

Indudablemente, Gabriel de Espinosa había incurrido en un deplorable disparate al venirse al corazón de Castilla, ó lo que es lo mismo, al meterse, en las circunstancias en que se encontraba, en la boca del lobo.

Si no era el rey don Sebastián, era por lo menos tan imprudente, tan temerario, tan irascible y tan poco mirador de las consecuencias como el rey don Sebastián lo había sido.

Llegó un día, el 26 de Septiembre, en que maese Burguillos no pareció por la tarde; en que llegó la noche, y Burguillos no pareció.

Mari Galana se puso verdaderamente furiosa, y la madre Martina sintió un miedo formal de que la sucediese algún trabajo.

Al fin, una hora después de oscurecido, pareció jadeando y cubierto de sudor el bachiller y se dejó caer desplomado en una silla.

—Te advierto, Galana, que si esta noche no encuentras á tu huído, yo no le busco más; llevo ocho días de perros, y con un día más de tártago y con el calor que hace, perezo.

—¿Pero le has encontrado?

—Cuando yo me propongo encontrar una cosa doy con ella aunque esté bajo siete estados de tierra. En la posada del Sol le tienes, y no es probable que se mude, porque acaba de aposentarse en ella al oscurecer.

La Galana no esperó á oír más.

A la caída de la tarde se había vestido un bizarro traje de raso blanco con adorno de azul y oro, prendidos unas piedras falsas, que sin embargo, hacían muy bien entre sus cabellos negros, voluminosa y bellamente peinados, y al ponerse el manto, se fué delante de un espejo y se miró.

—¿No es verdad que estoy hermosa, hermano Burguillos?—dijo con cierta vanagloria más de lo justo y pecaminosa.

—¡Vaya si estás hermosa! como una reina, niña.

—Pues mira, no llevo afeite; que estos colores y esta frescura, y este negro de las cejas, son míos porque Dios me los dió y porque sí, y no me ha costado el dinero.

—¿Pues si no tienes más que diez y ocho años —dijo Burguillos— de qué te alabas?

—Ahí está la Gorriona, que no tiene más de quince años, y se empalustra la cara de tal modo,

que se la puede arar el revoque—dijo la Galana acabando de prenderse el manto y arreglándose las magníficas trenzas negras que á los costados de la cabeza la tocaban casi á los hombros, y en una graciosa ondulación seguían hasta formar parte del voluminoso rodete.

—¿Sabes que te habrá costado un ojo de la cara el alquiler de ese traje, Galana?

—¡El alquiler, ya, pues sí, señor! Tan mío es este traje, estudiantón hambrija, como son míos mis colores y mis cejas; veinticinco doblones me ha costado, como veinticinco soles, que los ha pagado un cintillo con un diamante que á nadie le debe nada, ni ha venido por mala parte; como que me lo dió hace seis meses en la Carrera de San Francisco una mañana, un paje que iba con la señora Almiranta, y que me dijo al dármele: —Esto os da mi señora por hermosa, para que os socorraís y os enmendeis.—Y á mí se me saltaron las lágrimas, porque yo soy buena, y fui y me eché á los pies de la señora Almiranta, que que parecía un ángel, y ella me dió á besar las manos, y muy buenos consejos, y un bolsillo de seda verde con veinticinco doblones; los doblones volaron, considera tú; el cintillo ha volado también; los consejos me pusieron triste, pero al volver la primera esquina se me olvidaron, y sólo me queda el bolsillo verde, que guardaré mientras viva, en memoria de la señora Almiranta, que tan llana y tan buena y tan caritativa fué conmigo. Vamos, madre Martina, espantajo, que echais un siglo en ponerlos el manto; aligérese, no se nos vaya; y tú, Burguillos, echa adelante, que yo no sé el camino, y á ver cómo se sirve á una dama; y si llega el caso, ¿para qué llevan espada los hombres?

Burguillos se resignó, se levantó, se arregló de un boleó las bayetas, y echó las escaleras abajo.

Detrás salieron la moza y la vieja, cerró ésta la puerta con llave, y el escolar delante y ella detrás fueron andando calles y calles, encontrando muy poca gente, hasta la posada del Sol, que estaba en un extremo de Valladolid, cerca del Puente Grande.

Cuando llegaban á la puerta de la posada, entraba en ella, viniendo por la parte opuesta, un mozo de buen talante, con capa de terciopelo, espada larga y gorra de terciopelo.

—¡En! ¡Hidalgo!—dijo la Mari Galana acercándose á él encubierta de tal manera que no

dejaba ver ni un ojo, pero dejando conocer su bazaría y su buen cuerpo.

—Más bajo, señora, más bajo—dijo el mozo;—palafrero, para servirlos.

—Pues no lo parecéis—dijo con compostura Mari Galana.

—Muchas gracias, señora, por lo bien que os parezco. ¿En qué puedo servir á vuestra merced?

—Creo que en nada; porque yo vengo buscando al señor Gabriel de Espinosa.

—A verle vengo yo de parte de mi amo—contestó el fingido palafrero, porque era Abenamar, uno de los caballeros que acompañaban al rey don Sebastián, ó á Gabriel de Espinosa, que según él dijo después, era no menos que el príncipe de Dinamarca.

—Pues si á ver vais al señor Gabriel de Espinosa, hacedme la merced, y no lo toméis á mal, de mostrarle este pañuelo, y decirle que le buscan y que necesita verle la dama de la huerta.

El príncipe de Dinamarca tomó con violencia el pañuelo, y como quien á tales mensajes no está acostumbrado, y más por disimular que por otra cosa, dijo:

—Vuestra merced, señora, es muy dueña de mandarme todo aquello que quisiere, y ruégooos que os sentéis aquí de la parte de adentro del zaguán donde no os vean y donde no os canséis de estar de pie.

—Cortés criado sois—dijo la Mari Galana, mientras el príncipe de Dinamarca pedía con imperio dos sillas á un mozo de la posada.

Y la joven y la vieja entraron y se sentaron, y el príncipe de Dinamarca subió rápidamente las escaleras, llegó en un ángulo á un largo corredor mal alumbrado por una luz opaca, y á lo último llamó quedo á una puerta.

Oyóse dentro el ruido de los pasos de un hombre que se acercaba, y después una llave en la cerradura de la puerta que se abrió, apareciendo tras ella Gabriel de Espinosa con una luz en la mano.

—Entrad pronto, Estanislao—dijo Gabriel de Espinosa.

El príncipe entró.

Atravesaron un aposento y otro, desamueblados, feos y sucios, y llegaron á un tercero en que no había más que una mesa ordinaria y vieja y media docena de sillas, todas de forma distinta, y una cama completamente de posada.

Sobre la mesa había dos maletas, abierta la

una, y en la cual sobre ropa blanca se veían algunas joyas, además de algunas otras que estaban sobre la mesa.

En la pared, entre la mesa y la cama, había colgados un sombrero bajo, una capa corta de terciopelo y por bajo asomaba una espada.

—¿Qué es eso que traéis en la mano, príncipe Estanislao?—dijo Gabriel de Espinosa.

—Un pañuelo que acaba de darme una dama, señor—dijo respetuosamente el joven.

—¿Con damas os andais? Esto no es prudente; cuando se anda en grandes empresas, las damas son tan peligrosas como el vino, porque pueden subirse á la cabeza y hacer que se cometan disparates.

—La dama de que yo hablo, señor, me ha dado este pañuelo para Gabriel de Espinosa—contestó el príncipe.

Gabriel dejó ver en su semblante una expresión de disgusto.

—Dadme ese pañuelo—dijo al príncipe—; yo creía—añadió tomando el pañuelo y reconociéndolo—que esa mujer se había olvidado de mí. Estará, sin duda, esperando.

—Sí, señor; abajo sentada en el zaguán.

—Pues bien; que espere. Veamos ahora: ¿es buena la posada donde he de trasladarme?

—Completamente segura, señor.

—¿Están allí los caballos para mí y para el señor Pietro Mastta?

—Sí, señor.

—¿Es bueno el caballo de monseñor? Es decir, ¿puede resistir largas jornadas?

—Como el de vuestra majestad.

—¿Y vosotros lo tenéis todo preparado para marchar?

—Sí, señor; podemos marchar á la hora.

—¿Tenéis dinero?

—El señor Pietro Mastta me ha dado doscientos ducados, que creo nos bastarán para llegar á Lisboa.

—¿Cuánto tiempo pensais invertir en el camino?

—Nuestros caballos son buenos, y entre el día y la noche, descansando seis horas, podemos hacer diez y ocho leguas.

—Pongamos diez días de viaje; yo parto esta noche y tardaré menos, porque me dirijo hacia Francia, y en la costa del Océano me embarcaré; cuando lleguéis, si habéis tardado diez días, decid al duque de Coimbra que en la noche del

día décimo, después de haber llegado vosotros, más exacto, que el día 13 de Octubre en la noche estaré á la vista de Lisboa, salvo contra tiempo; por lo mismo, si no pareciese en la noche del 13, que me esperen las noches siguientes; pero que para la noche del 13 esté preparado todo.

—Muy bien, señor.

—Creo que nada tengo que preveniros; todo está terminado, y sólo falta emprender el viaje; idos, pues, Estanislao; traedme acá esa dama para que yo me la quite de encima y enviadme á Méndez Figueroa para que cargue con las maletas y me guíe á la nueva posada.

—Adiós, señor.

—¿Y os vais así, Estanislao? ¿No me dais un abrazo?

—¡Ah, señor! ¡Un millón!

—Por si no nos volvemos á ver—dijo Gabriel de Espinosa abrazando al joven.

—Con tal de que no sea por una desgracia de su majestad, no importa. Adiós, señor.

—Mirad; no entréis con esa dama, dejadla á la puerta.

—Muy bien, señor. Adiós.

El joven salió.

—Yo no sé por qué—dijo Gabriel de Espinosa—recibo á esa muchacha; ni la amo, ni la quiero para nada, y sin embargo, yo no sé por qué no se me va del pensamiento. ¡Una mujer tal como ella! Pero, en fin, la prometí que si me buscaba no la afrentaría con un desprecio.

—Señor Gabriel de Espinosa—dijo la sonora voz de la Mari Galana, resonando en la primera habitación por donde había que pasar para llegar á la en que estaba Gabriel—, haced la merced de alumbrarme, que esto está oscuro y tengo miedo.

Gabriel de Espinosa tomó la palmatoria de sobre la mesa y salió á la habitación inmediata, en la cual entró instantáneamente Mari Galana, con el manto echado atrás, hermosa y tentadora, el semblante encendido, pero serio é irritado.

—¿Venís sola, hija?—la preguntó Gabriel.

—No—dijo la Galana—; he venido con mi abuela; pero la he dicho que se quede en esa otra habitación.

—Tendrá miedo—dijo sonriendo Gabriel.

—No, señor; está acostumbrada á tratar con el diablo, y cuando quiere hablar con él, se queda á obscuras.

—Pero echa para acá una silla—dijo desde lo oscuro la desapacible voz de la madre Mariana—, que no es razón que yo espere de pie mientras tú hablas sentada.

La Galana entró rápidamente en lo que podía llamarse cuarto de Gabriel, alumbrándola éste, tomó una silla y la llevó á la primera habitación y la soltó á bulto en ella diciendo:

—Vaya una silla; sentáos, y dormid tres siglos seguidos.

Y se entró en la habitación última.

Gabriel dejó la palmatoria sobre la mesa, y la Galana, al ver las joyas, fijó en ellas una mirada profunda, y nubló el semblante.

Gabriel no pudo ver esto, porque en aquel momento estaba vuelto de espaldas.

Antes de que se volviese, la Galana había compuesto su semblante.

—Dichosos los ojos que os ven—dijo la Galana quitándose el manto, arrojándole sobre una silla, tomando otra y sentándose en medio del aposento.

Gabriel permaneció de pie y recostado entre el borde de la mesa y la pared.

—Sabéis que me recibís de una manera muy poco galante, señor mío—dijo la Galana—; habéis tardado un siglo en llamarme después que os hice avisar, y eso es muy poco cortés; ahora os quedais en una postura que parece decir: concludid cuanto antes, porque me estais incomodando.

—Nada de eso he dicho, ni nada de eso pienso.

—Os he buscado como se busca un tesoro—dijo con impaciencia Mari Galana—; hace ocho días que os escapais de mí, y no he visto en mi vida hombre que mude más de posada. ¿Os persigue la justicia, señor Gabriel de Espinosa?

Cogió tan de improviso esta pregunta á Gabriel, que hizo un movimiento enérgico y se puso pálido; pero inmediatamente volvió á aparecer tranquilo.

Sin embargo, la Galana había tomado acta de la turbación de Gabriel.

—No tengo por qué la justicia me persiga—dijo.

—Pues era de sospecharlo, al ver cuánto mudabais de posada.

—Son muy malas, y no se puede parar en ellas.

—Decís bien; ésta no puede ser peor. Pues

mirad; siento que no estéis perseguido y con temor de ser ahorcado.

—¡Ah! ¿Y por qué eso? ¿Por qué tenerme esa mala voluntad?

—Porque entonces sabrías quién soy yo, y lo bien que os quiero, y os guardaría tanto, que ni con podencos habrían de dar con vos; y os cuidaría de tal manera, que os alegraríais de estar escondido, y yo estaría contenta, porque siempre os tendría a mi lado.

—Creo bien que no me iría mal; pero es mejor que no haya necesidad de nada de eso.

—Señor Gabriel de Espinosa, no os puedo ver; os aborrezco.

—¿Y por qué?

—Porque hacéis de mí el mismo caso que el que haríais de mi abuela. A quien se le contase que la Mari Galana ha pasado ocho días buscando de ceca en meca a un hombre, y atosigada por él, y sin hablar con nadie, y que cuando encuentra al tal hombre, este tal hombre la desprecia, no lo creería.

—Niña, acercarte a mí es ponerte bajo la sombra de un árbol maldito; ya te lo he dicho; olvídate de esa fantasía que te se ha metido no sé por qué en la cabeza, y pasa de largo, y no te empeñes en lo que no puede ser. Además, que yo no voy a permanecer en Valladolid.

—Os perseguiré; me iré detrás de vos a Madrigal; no os dejaré a sol ni a sombra, hasta que me queráis; porque al ver lo que yo os quiero, no podréis menos de quererme.

—Yo no vuelvo en mucho tiempo a Madrigal.

—Me iré detrás de vos a la fin del mundo.

—Te cansarás de correr en vano.

—Pues habéis de quererme, ó he de poder poco—dijo la Galana, cuya irritación iba haciéndose a cada momento más visible.

—Galana—dijo Gabriel de Espinosa—: si yo pudiera amar, te amaría; pero yo no puedo amar, ni te puedo engañar, porque soy un hombre honrado.

—¡Ah! ¡Me despreciais!—dijo levantándose pálida y trémula la Galana.

—¿Por qué he de despreciarte yo, pobre mujer?—dijo Gabriel de Espinosa, que se iba también impacientando—; vete y no hablemos más; te prometí recibarte, y te he recibido; pero no te prometí tener amores contigo; la edad de los amores ha pasado ya para mí.

—¡Ahora sí que os aborrezco!—dijo la Gala-

na tomando su manto y prendiéndosele con una mano violentamente trémula.—¡Ah! Soy una pobre mujer, que no puedo vengarme de vos, y por eso os reís de mí; pero Dios os dé tan mala suerte, como cruel y mal hombre habéis sido conmigo; ¡permita Dios que un día parezcáis a las gentes más infame que yo!

Gabriel palideció de cólera.

—Si os irrita lo que os digo, mejor—dijo la Mari Galana—; si me matais, me hacéis un favor.

—¡Vete!—dijo con toda su altiva dignidad Gabriel de Espinosa.

La Galana le miró con una dolorosa ansiedad.

Luego se cubrió el rostro con las manos y salió llorando.

—¡Pobre mujer!—dijo conmovido Gabriel de Espinosa—; pero esto era necesario; yo no podía bajar hasta ella.

—Bien empleado te está—dijo la tía Martina saliendo con la Galana—; dentro de ocho días no te acordarás de él, como no te acuerdas de Corchuelos.

—Te engañas, bruja de Satanás, porque voy a hacer tanto, que va a meter ruido; ¡le quiero! ¡le quiero! ¡le quiero! y ha de ser mío.

—¿Pero adónde vamos como alma que lleva el diablo, mujer?—decía la Martina siguiendo jadeante ya por la calle a la Galana que iba disparada.

—¡Que se va a ir!—decía para sí misma la Galana—; no te irás, yo te lo aseguro, porque yo haré que no te vayas, aunque luego tenga que lamer la tierra por ti, y andar de rodillas hasta la fin del mundo, y aunque haya de pasar más trabajos y más miserias que todos los miserables juntos. ¡Ah, señor pastelero! ¡Os amo yo con las entrañas abiertas, como no he querido a nadie, y vos me despreciais! ¡Pues veremos si podeis despreciarme a mí! ¡Veremos si sois vos mejor que yo!

Y la muchacha corría.

—¿Pero dónde estás, vieja del infierno?—dijo la Galana deteniéndose a la puerta de su casa.

—Tú debes tener los diablos en el cuerpo, hija—contestó la Martina allá desde una legua.

—¡Vamos, andad, que urge el tiempo y se me va a escapar!

—¿Y quién te se va a escapar, loca que eres y dejada de la mano de Dios?—dijo la vieja lle-

gando y echando de fatiga, como suele decirse, los hígados por la boca.

—Abrid presto, madre Martina, y encended luz.

Abrió la vieja, subieron, se encendió la luz, y la Galana arrojó el manto, se quitó rompiéndolo para quitarse pronto su hermoso traje de raso blanco, se quitó las joyas falsas, los cintillos, y empezó á destrenzarse los luengos y maravillosos cabellos.

—¡Pero hija, tú estás loca—dijo la vieja—; el señor Gabriel de Espinosa ha debido de darte algo!

—¡Volandol! Los peines, el sayal de picos pardos, el pañuelo blanco y el manto azul—dijo la Galana, que estaba fuertemente encendida, febril, con el semblante desencajado y los ojos ardientes, coléricos, torvos.

Algunos instantes después, Mari Galana estaba peinada y vestida con una estricta sujeción á las ordenanzas, como si dijéramos, con su traje de reglamento.

—Conmigo á la calle—dijo la Galana.

—Pero hija, tú me vas á matar—dijo la vieja.

—Conmigo á la calle—repitió la Galana—y no me repliquéis más, abuela, porque os sucede un trabajo.

—¿Pero adónde vamos, hija, á estas horas; adónde vamos?

—Adonde yo me sé.

La vieja salió llevada á remolque por la moza, que no paró de correr hasta que se detuvo en la puerta de una gran casa situada enfrente de San Pablo. La puerta estaba cerrada.

Mari Galana se asió al llamador y le sacudió con fuerza.

Tardó algo en abrirse la puerta; pero al fin se abrió, y apareció un alguacil de los del género tremendo, con un par de bigotes que metían miedo.

—¿Es esta hora—dijo con voz áspera y de pocos amigos—de venir á aporrear puertas y á despertar gente honrada? Ea, váyase la perdida ó la agarro, y á la estantigua que la acompaña, y las meto en la cuadra hasta por la mañana en que las meta en la cárcel.

—¿Te se figura á ti que para hacer eso que tú dices basta con tener muchos bigotes, corchete? —dijo con desprecio la muchacha—; ¿sabes tú que á la Mari Galana no hay alguacil que le meta mano como no lo mande un alcalde?

—¡Ahl! ¡La Mari Galana! ¡La hembra famosa! Eso es distinto—dijo el corchete suavizando la voz—; ¿qué se ocurre, prenda de rey?

—Di á don Rodrigo que la moza de partido Mari Galana, tiene que hablarle.

—Vente otro día—la dijo en acento de buena inteligencia el alguacil—, porque su señoría se ha acostado temprano y tiene agarrado, como él dice, el perro al estómago; anda malucho y no es buena ocasión de verle.

—Pues aunque se muera y aunque reviente, que se levante—dijo la Mari Galana con imperio.

—Pues no traes tú muchos fueros, princesa—dijo el alguacil—, te deben de tener muy mimada y muy mal criada, porque te se figura que un alcalde es así, como si dijéramos, un pelele, que se trae y se lleva como se quiere.

—Cállate tú, necio, que yo bien sé lo que me digo; y porque es alcalde le busco; porque el rey le ha dado la vara para que, aun muriéndose, haga justicia, y para eso le paga.

—Vamos, á ti te ha dado alguien una paliza.

—¡A mí! ¿Y quién, si no ha nacido el que me ha de poner la mano encima? Mira, lo que te digo es que, como no avises al alcalde, me pongo á dar gritos y á escandalizar hasta que el alcalde me oiga, y veremos á quién le pesa. ¡Pues buen rescoldo traigo yo en el cuerpo para entretenerme en conversaciones de puerta de bodegón con un don nadie!

—Vamos á ver si hablamos como Dics manda; y por último, sepamos para qué se ha de incomodar á su señoría; porque te advierto, muchacha, que si es para una simpleza te mete á ti en la cárcel, y á mí, por haberle incomodado, en cuanto se levante me rompe el alma, para que escarmiente y no lo vuelva á hacer. ¡Pues á fe que las varas que gasta su señoría son amorosas! De acebo curado, muy acepilladitas y muy pintadas, que no parecen lo que son; pero que antes de romperse ellas, rompen hueso.

—Pues avísale, y dile que es para cosa muy importante, y no tengas miedo de que te acaricie con la vara.

—Pues entra y que entre la abuela, que voy á cerrar la puerta, y esperaos aquí, que yo voy á sufrir la andanada que me va á echar el alcalde en cuanto le despierte.

Entróse el corchete en un patio enorme, subió por unas anchísimas escaleras de piedra, ade-

lancó por unos anchos corredores, llegó á una mampara que abrió con un llavín, atravesó una habitación obscura, abrió otra mampara, y entró en una gran cámara en que apenas se rompía la sombra por la luz de una lámpara puesta sobre una mesa, y cubierta por una pantalla.

Un hombre alto y seco se paseaba por aquella cámara.

—¡Señor!—dijo el alguacil con voz medrosa, porque temía ser muy mal recibido.

—¿Qué es eso? ¿Qué hay?—dijo deteniéndose el hombre que paseaba, con acento brusco y soberbio.

—¿Está vuestra señoría peor?—dijo con voz aduladora al alguacil.

—Sí, Tribaldos, sí; me estoy muriendo; no puedo estar en la cama; el estómago y la cabeza... Pero yo no he llamado; ¿por qué se me incomoda? ¿Será menester que haga yo una de las mías?

—Vuestra señoría me perdone—dijo temblando Tribaldos—; pero han venido á buscar á vuestra señoría.

—¿Y quién, quién me busca?

—La moza de partido Mari Galana.

—¡Cuerpo del diablo! Agárrala, ácala y llévala á la cárcel.

—Perdóneme vuestra señoría...

—¡Cómo!

—Dice que es para un asunto muy importante—dijo haciendo de tripas corazón Tribaldos.

—Pues que venga con mil de á caballo: que entren luces.

Tribaldos desapareció.

—¡Esto no es vivir!—continuó murmurando Santillana mientras tomaba de sobre un sillón su toga y se la ponía—; ser alcalde, es estar atado á un remo; y yo que me estoy muriendo... mi estómago... mi cabeza... y mi corazón: ¡mi hijo! ¡Y ese maldito monseñor! ¡Vamos, si Dios, en su infinita misericordia no lo remedia, yo voy á volverme loco!

El alcalde dejó de murmurar porque sintió pasos, y calló.

Poco después entró un paje con dos candelabros, en cada uno de los cuales había tres velas encendidas, los puso sobre una mesa y salió.

Inmediatamente se sintieron unas rápidas pisadas, fuertes, como las que produce al andar con energía toda buena moza, y la Mari Galana se lanzó en la cámara y llegó con un desenfado

infinito al borde de la mesa, al otro lado de la cual estaba sentado en su sillón el alcalde.

Las luces de las seis bujías iluminaban de lleno el descompuesto semblante de Mari Galana.

Al verla, el alcalde se puso pálido como un difunto, se levantó rígido, y miró de una manera terrible por el espanto que se veía en su mirada á la joven.

—¿Habeis visto al diablo, don Rodrigo?—dijo Mari Galana.

Al oír la voz de la joven, pasó un temblor rápido por el cuerpo del alcalde:

—¡Sois moza de partido!—exclamó con la voz ronca, terrible, espantosa.

—Sí, ya lo veis; y no es ningún delito por el que se prenda, ni por el que nadie tenga que asustarse.

—¿Cómo os llais?

—Mari Galana.

—¿De dónde sois?

—Del mundo.

—¿No sabeis cuál es vuestra tierra?

—Sí, la que piso.

—¿Teneis padres?

—A la fuerza; porque á mí no me habrán sembrado.

—Pero, ¿quiénes son?

—Ni me lo han dicho, ni me hace falta saberlo.

El alcalde se dejó caer desplomado, cadavérico, sobre el sillón.

—Me habían dicho que estabais enfermo; pero no creía yo que lo estuviérais tanto; qué hemos de hacerle; ello es preciso, y antes que todo es la justicia.

—¿De qué se trata, á qué venís?—dijo haciendo un esfuerzo y con voz desmayada el alcalde.

—A dar parte de un hurto.

—Decid.

—De un hurto de muy ricas alhajas.

—¿Quién las ha hurtado?

Estremeciéndose Mari Galana; arrepintióse de lo que hacía; pero ya era tarde, ya no podía retroceder.

—Un hombre á quien yo conozco—dijo con la voz mal segura—; esta noche he visto en su cuerto unas ricas alhajas que él no puede tener, porque es hombre de bajo oficio y de poca fortuna, y sospechando que las alhajas fuesen robadas, y que á mí se me sacase culpa por el

trato con ese hombre, he venido á daros parte.

—Yo no os conozco; yo no os he visto nunca en mi casa; ¿cómo sabíais que yo vivía aquí?

—No hay moza de partido que no sepa dónde vive el alcalde don Rodrigo de Santillana, por la cuenta que le tiene, y para no alborotar de noche cuando se pase por la puerta de su casa.

—¿Sois amiga de ese hombre?—dijo de una manera singular don Rodrigo, que no dejaba de mirar de hito en hito á Mari Galana.

—No, señor.

—¿Y entonces, por qué fuisteis á su casa?

—Porque estoy enamorada de él.

—Y si estais enamorada, ¿cómo le delatais?

—Porque si yo conociera á mi madre, y la creyera ladrona, la delataría.

—¿Y quién es ese hombre?

—Gabriel de Espinosa, pastelero de Madrigal.

—¡Ah!—exclamó el alcalde de una manera terrible.—¡Ese hombre misterioso!

Y sus últimas palabras fueron tan roncadas, que Mari Galana no las entendió.

—¡Holá!—gritó el alcalde levantándose.

Apareció un paje.

—Mi espada, mi vara y mi birrete; una capa de seda; pronto.

Y siguió murmurando y dando vueltas maquinalmente por la cámara.

—¡El pastelero! ¡El soldado! ¡Ese hombre singular! ¡No sé por qué me espanta el que ese hombre dé en mis manos!

A esto, el paje le había ceñido la espada, le había puesto la capa y le había entregado la vara y el birrete.

—¡Arriba mi ronda!—dijo el alcalde—, y que esté dispuesta para cuando yo bajel.

Mari Galana, entretanto, completamente arrepentida de lo que había hecho, se había sentado en el suelo, y lloraba silenciosamente con un desconsuelo infinito, cuantas lágrimas tenía.

—¿Por qué llorais, hija?—dijo el alcalde levantándola dulcemente, y hablando de una manera suave y conmovida acaso por la primera vez.

—¡Porque le amo y le pierdo!—dijo Mari Galana sollozando como un niño.

—Tal vez no sea culpado; el hombre que decís es tal, que bien puede tener ricas joyas.

—¡Quiéralo Dios! Pero por su Santa Madre, no le digais, señor, que yo le he delatado: porque ahora no me ama, pero no quiero que me aborrezca.

—Nada tengo que decirle de vos: os vais á quedar aquí.

—¡Presal!—dijo Mari Galana asustada; y luego, reponiéndose, añadió: —Pues bueno, bien, si él va á ser preso, me alegro de estar presa también.

—¿Tanto le amáis, desdichada?

—¡Ah, sí! Es el primer hombre á quien he querido como le quiero á él.

—Pues bien; vos no os quedáis aquí presa; mi casa no es cárcel; es que quiero que me esperéis; es que necesito hablaros, que me va en ello el alma y la vida, y no me separaría de vos sin que me contestárais á todo lo que tengo que preguntaros, si no fuera porque la justicia es lo primero. No pretendáis salir, porque no os dejarán salir. ¿Ha venido alguien con vos?

—Sí; una maldita vieja que vive conmigo; una perdedora de almas.

—Adiós, y hasta después.

Don Rodrigo salió, y dijo al paje que estaba en la antecámara y que tenía en la traza algo de alguacil:

—Que no salga de mi cámara esa joven.

—Descuide vuestra señoría.

El alcalde salió calenturiento, terrible, y al llegar al pie de las escaleras encontró sentada en el primer peldaño á la madre Martina.

El alcalde se detuvo.

—¡Tribaldos!—dijo.

—¿Qué me manda vuestra señoría?—dijo Tribaldos saliendo del zaguán y acercándose rápidamente á don Rodrigo.

—¿Está lista la ronda?

—Sí, señor.

—Que se queden aquí dos.

—Muy bien, señor.

—Agárrame á esa vieja, y enciérala.

—¡A mí! ¡Yo presal!—dijo con una voz semejante al chillido de una rata la madre Martina.

—¡Calle la bruja!—dijo Santillana sacudiéndola con la vara, y haciéndola dar un chillido infinitamente más fuerte y desapacible que el primero.

Tribaldos se llevó á empujones por delante á la vieja, que iba soltando cada impresión y cada blasfemia que ponía espanto.

Poco después el alcalde salió de su casa con cuatro alguaciles, uno de los cuales era Tribaldos.

—¡Ah, mal pecado!—dijo deteniéndose de re-

pende el alcalde—; y adónde voy yo, si no sé la posada de ese hombre?

Y volvió á la casa, y subió rápidamente á su cámara.

Mari Galana estaba sentada en su sillón, echada de cara en la mesa sobre los brazos y llorando.

El alcalde, á quien Mari Galana no había sentido, permaneció mudo algunos instantes, contemplando con una expresión profundamente dolorida á la joven.

—¡Ah, no, no!—dijo—; esto no puede ser; esto debe ser una fascinación mía; esto sería un castigo horrible.

Y luego añadió en voz alta:

—¡María!

La joven levantó la cabeza y miró con una especie de estupor, con una especie de insensatez al alcalde.

—¡Qué! ¿Habéis vuelto ya?

—¡Volver tan pronto, cuando hace un momento que me separé de vos!

—¿Y qué sé yo el tiempo que ha pasado desde que os fuisteis?

El alcalde se estremeció.

La insensibilidad de Mari Galana respecto al tiempo, era espantosa; porque marcaba el estado de la joven.

—No he podido volver—dijo el alcalde—, porque no me habéis dicho en qué posada está Gabriel de Espinosa.

—¡Ah!—exclamó con alegría la joven.—¿No os lo he dicho? Pues me alegro, porque nadie pierde más que yo; haced conmigo lo que queráis, metedme en la cárcel, apretadme los cordeles; si el dolor me hace confesar, ya no habrá cuidado, porque él se iba á ir, porque él se habrá ido.

El alcalde miró profundamente á la Galana, y luego dijo:

—No quiero que me digáis dónde está ese hombre. Adiós.

—¡Pero vos le vais á encontrar—dijo Mari Galana levantándose y abalanzándose á don Rodrigo—; dicen que sois un alcalde de Satanás, y que Satanás os ayuda; no le busquéis; la ladrona soy yo!

El alcalde se desasíó nuevamente de Mari Galana, salió, cerró la puerta, se metió la llave en el bolsillo, y se lanzó á la calle.

—¡A la casa de hospedaje que esté más cerca!—dijo don Rodrigo á Tribaldos.

Y la ronda y el alcalde, guiados por Tribaldos, se pusieron en marcha.

En aquel momento sonaban las once de la noche.

FIN DEL TOMO QUINTO

Libros nuevos

TEATRO DE AMOR

He aquí un libro verdaderamente excepcional. Su autor, José Francés, es una de las figuras más salientes y más justamente elogiadas por la crítica. Su presentación editorial es un prodigio de buen gusto, de elegancia y de sustituidad. Su texto—en esta época de libros *estirados* fragmentarios—es de una selecta y al mismo tiempo enorme cantidad de lectura.

Teatro de amor reúne en un tomo toda la obra teatral del ilustre dramaturgo José Francés.

Las comedias, los dramas que integran *Teatro de amor*, han triunfado ya en los escenarios.

Pero su interés, su amenidad, su gran importancia editorial, estriba en que recoge y afirma uno de los aspectos más admirables del admirable Francés.

José Francés, novelista, cuentista, crítico de arte, cronista, es antes que nada un gran dramaturgo.

Su teatro es audaz, viril, valiente, pleno de sorpresas y energías cerebrales; pero, además, tiene exquisita sentimentalidad.

Alguien le llamó el «dramaturgo de las mujeres». Nada tan cierto como esa afirmación. El alma femenina no tiene secretos para el ilustre escritor, y por eso *Teatro de amor* resulta una espléndida colección de retratos psicológicos de mujeres.

Se trata, en suma, de uno de esos libros que, además de sintetizar la personalidad de un literato, son el exacto reflejo de una época literaria.

Teatro de amor, finalmente, lleva una portada a todo color que ha dibujado Penagos, el artista que ya en el *Arte de leer*, publicado también por la Editorial España Americana, dejó muestra admirable de su arte depuradísimo.

Pedidos á la EDITORIAL LLORCA Y COMPAÑIA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 3 pesetas.

La libertad de la Cátedra.

**Asalto de la Universidad de Madrid
por la policía en 1884.**

Esta obra del ilustre catedrático don Migeul Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose a la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Llorca y Compañía, Mesonero Romanos, 42, Madrid
Apartado de correos 376.

EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, traducción de José Francés

Ya hemos dado á conocer á nuestro público el Prólogo de este hermoso libro, que figura entre los más importantes y educadores que se han escrito recientemente. He aquí algunos de los juicios con que ha sido acogida su aparición en lengua castellana:

"Esta obra es originalísima, única tal vez entre las de asuntos literarios que corren en castellano; trata de algo que á todos hoy nos debe importar mucho. ¿Quién no lee? La lectura es ya el alimento á la vez que el recreo de los espíritus, el manantial de las curiosidades y de los goces más puros... Faguet se ocupa del fruto espiritual de la lectura en el individuo que lee para sí solo, bien sea que estudie ó investigue ó que se recree. Y esa sí que es materia digna de que alguien la dedicara un libro. El de Faguet no puede ser más delicado y espiritual. Hay en él tan fina observación y muestras de tan largo y eficaz estudio, que sus páginas elegantes, atildadas, llenas de perfume exquisito, admiran, sorprenden y encantan... Faguet nos enseña las condiciones generales de la lectura fructífera; luego las que exige en particular cada especie de escritores y de libros... Deja como una guía muy segura para leer en lo sucesivo las más dulces impresiones y afirmado el amor al libro, al saboreo y puro recreo de leer."

FERRÁNDIZ

"El hermoso libro de Faguet es un modelo de sutileza y perspicacia. En él se aprende á nutrir el espíritu con la substancia de las inteligencias superiores en todos los ramos de la creación literaria."

La Actualidad, de Barcelona

"El eminente crítico francés nos dice cómo debemos leer á los poetas, á los dramaturgos, á los hombres de ideas, á los autores sentimentales, á los autores oscuros y hasta á los malos autores, á los que también debe leerse alguna vez, aunque no sea

más que para apreciar en todo lo que valen á los buenos. Si á esto añadimos que Faguet domina como pocos la difícil tarea de divagar amenamente, intercalando entre las muchas enseñanzas que emanan de su libro, párrafos sugestivos y deliciosos, anécdotas encantadoras y observaciones dignas del psicólogo más perspicaz, sólo haremos justicia."

G. GÓMEZ DE LA MATA

"Se siente en esta época la enorme necesidad de leer y la conveniencia de que á ello nos enseñen, pues puede ser el libro un maestro, una mano guía ó un verdugo. Tal ha debido creer Emile Faguet al decidirse á escribir *EL ARTE DE LEER*, la obra minuciosa, cuidada y amada de un gran escritor, que es, sin duda alguna y al mismo tiempo, un concienzudo leyente. De su mano se aprende á discurrir con holgura, en conocimiento del terreno que se pisa, por las intrincadas galerías del pensamiento de los demás: se adquiere la noción de la distancia que separa nuestra alma de la de los autores con quienes nos las hemos, y á su lado se hace nuestra retina á los horizontes tendidos y á las súbitas rutilancias, que Emile Faguet es un espíritu analítico sentado y de una reflexiva serenidad."

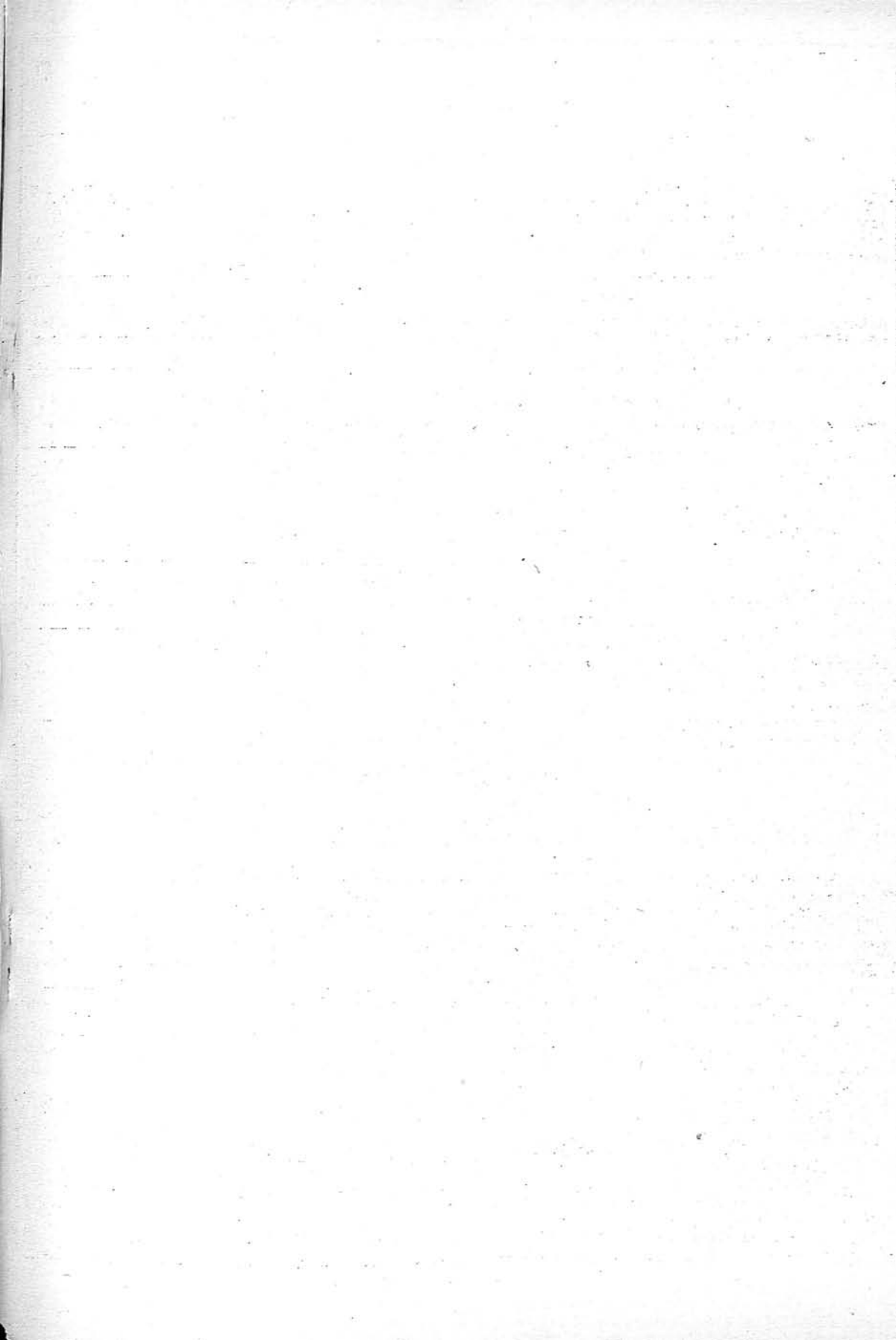
N. HERNÁNDEZ LUQUERO

"*ARTE DE LEER*, de Emilio Faguet. Lo ha traducido José Francés á un castellano exquisito, y mueve al ánimo hacia la filosofía de la lectura. Qué se debe leer, cómo se debe leer... La obra es de una viva originalidad, resulta un índice de cultura muy agradable y da no pocas enseñanzas."

LUIS ANTÓN DEL OLMET

Pedidos á la EDITORIAL LLORCA Y COMPAÑÍA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.



EDITORIAL LLORCA Y C.^a-Madrid

MESONERO ROMANOS, 42. APARTADO DE CORREOS 376

Novísima Historia Universal

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida a partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 grabados. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en láminas de colores, mapas etc. *Cinco pesetas el volumen en rústica y seis pesetas encuadernado en tela.*

Acaba de publicarse el tomo VIII. «Formación de los grandes Estados.

Novísima Geografía Universal

por ONÉSIMO Y ELISEO RECLÚS. traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Cuatro pesetas el tomo en rústica y cinco pesetas encuadernado en tela.

La Ciencia para todos

Una peseta volumen, encuadernado en pasta y con numerosos grabados.

Historia de Europa.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—El Polo Artico y sus misterios.—La vida íntima de los griegos y los romanos.

Biblioteca de Cultura Contemporánea

LOS MEJORES AUTORES.—LAS MEJORES OBRAS

El Arte de Leer, por E. FAGUET, de la Academia Francesa.

La Nueva Libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.

Dos pesetas volumen, magníficamente presentados.

Argentina y sus grandezas

por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Un tomo un folio, á todo lujo con más 3.000 fotograbados en cobre y tricromías, encuadernado en piel y relieves. *25 pesetas.*

VOLUMENES DE PRESENTACIÓN MODERNA. CUBIERTAS Á TODO COLOR

La danza del corazón, novela, por JOSÉ FRANCÉS
3,50 pesetas (Acaba de publicarse).

Libro de diversas trovas, por DIEGO SAN JOSÉ, 2 pesetas.

Teatro de Amor, por JOSÉ FRANCÉS, 3 pesetas.

La Vida Eterna, por C. R. AVECILLA, 3 pesetas.

La Libertad de la cátedra, por M. MORAYTÁ.—Sucesos universitarios de la Santa Isabel. Asalto y clausura de la Universidad de Madrid por la policía, *2 pesetas.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras de Sherlock Holmes.

Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos. *Una peseta volumen.*

Novelas en cartón á una peseta

La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hipnotizados.—El desquite del viejo mundo, por G. Guittón y G. Rouge.—Doña Martirio, por M. López Robert.—Amor de pobre, por R. de Solano Polanco.—Márgara, por A. Larrubiera.—La tirana, por E. Ramírez Angel.—El otro hogar, por Adelardo F. Arias.—D. Juan de Austria, por Antonio Santero.—In illo tempore, por E. Sánchez Vera.—De espaldas al sol, por J. Téllez y López.—El diamante del comendador, por P. du Terrail.—El crimen de la calle de la Paz, por Adolfo Belot.—Jerónimo Paturot, por Luis Ribaud.—Los hermanos de la costa, por M. González.—La corte de Luis XIV, por A. Dumas (2 tomos en rústica).

EN PREPARACIÓN.—BIBLIOTECA DE JUGUETES

Lo que cantan los niños

Magníficas tapas

en tela para encuadernar la NOVELA ILUSTRADA. Las novelas de Víctor Hugo, en 2 tomos.—Las de Tolstoy, en uno.—Los tres Mosqueteros y Veinte años después, en uno.—El Vizconde Bragelonne, en uno.—El Conde de Montecristo, en uno.—Ascanio y Las Dos Dianas, en uno.—El paje del Duque de Saboya, El Horóscopo y la Reina Margarita, en uno.—La Dama de Monsoreau y los Cuarenta y cinco, en uno.—Rocambole, en ocho.—Memorias de un médico, en uno.—El Collar de la Reina, en uno.—El Tribunal de la Sangre, en dos.—El Siglo de las tinieblas, en dos.—Angel Pitou y El Caballero de Casa Roja, en uno.—La Condesa de Charny, en dos.—Las obras de Mayne Reid, en dos.—El hijo de Artagnán y Eugenia Grandet, en uno.—El oro sangriento, Flor de Alegría y la La señorita de Montecristo, en uno.—Los Mohicanos y Las lobas de Machecul, en tres.—Don Juan Tenorio, en uno.—La maldición de Dios, en uno.—Diego Corriente, en uno.—El alcalde Ronquillo, en uno.—Los Girondinos, en dos. *Precio: Una peseta.*—Forman un hermoso tomo de lujo.

Pedidos: MESONERO ROMANOS, 42, y á los correspondientes de la NOVELA ILUSTRADA